



SUMARIO

PRÓLOGO	5
INTRODUCCIÓN	7
CRÉDITOS	13

LINGÜÍSTICA

El español de Norteamérica y las culturas y lenguas amerindias. Fuentes externas e internas para la reconstrucción. 17

Francisco A. Marcos-Marín
The University of Texas at San Antonio

HISTORIA/CULTURA

La región de «canelos» y el referente de la canela en el continente americano. 31

Marcelo Frías Núñez
Universidad Carlos III de Madrid
Andrés Galera Gómez
Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

De Filadelfia a Caracas: El movimiento de las ideas sobre fiebre amarilla en 1800. 53

Susana María Ramírez Martín
Universidad Carlos III de Madrid

LITERATURA

Acercamiento a un subgénero de la narrativa iberoamericana: la novela frutera. 75

Jorge Urrutia
Universidad Carlos III de Madrid

El teatro burlesco en Quebec. 101

Rosa de Diego
Universidad del País Vasco /
Euskal Herriko Unibertsitatea

El poeta colombiano Germán Pardo García a la luz de su epistolario con Leopoldo de Luis.	115	OTROS ENLACES DE INTERÉS	153
<i>Francisco Estévez</i> <i>Università degli studi di Torino</i>		CONTENIDOS DE <i>MIRIADA HISPÁNICA</i>	157
RESEÑAS	139	NORMAS DE ESTILO Y PUBLICACIÓN	161



PRÓLOGO

Miríada Hispánica consolida sus objetivos académicos e investigadores para los que inicialmente fue creada en mayo de 2010. Con este segundo número, «Visiones de América,» dirigido y coordinado por el profesor Jorge Urrutia, Catedrático de Literatura Española de la Universidad Carlos III de Madrid, se ha pretendido ahondar en las relaciones existentes y vigentes del mundo hispánico a ambos lados del Atlántico, enfatizando, en este caso, la relevancia del continente americano en la expansión y desarrollo del hispanismo.

Estructuralmente, se mantienen las áreas de literatura, lengua, e historia como reflejo de la pluralidad de disciplinas que componen el amplio campo de estudio al que tratamos de aproximarnos. Además, como novedad, a partir de esta edición, se añade una sección de reseñas dirigidas a fomentar el perfil crítico de la revista. Es el deseo de M.H. acercarse al mundo de la crítica textual y animar a profesores y estudiantes de posgrado a participar en este nuevo foro de debate que se abre sobre los estudios hispánicos.

Los artículos que presentamos en las siguientes páginas son el fruto del trabajo y el conocimiento de estudiosos como el propio Jorge Urrutia, Francisco Estévez, de la *Università degli studi di Torino*; Francisco A. Marcos-Marín, de la *Universidad de Texas* en San Antonio; Rosa de Diego, de la *Universidad del País Vasco*; Andrés Galera Gómez del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*; y Marcelo Frías Núñez y Susana Ramírez Marín, ambos de la *Universidad Carlos III*. A todos ellos quisiéramos brindar nuestro más sincero agradecimiento. De la misma manera, junto a este elenco de especialistas, hemos de reconocer la presencia y dedicación del equipo

editorial, evaluador y científico que forman nuestra revista. Su atención, entusiasmo y rigor han logrado que

Miríada Hispánica se sitúe como referente en el mundo del hispanismo entre los expertos académicos.

JOSÉ ENRIQUE PELÁEZ MALAGÓN
AGUSTÍN REYES-TORRES
Directores de *Miríada Hispánica*



INTRODUCCIÓN

Max Henríquez Ureña terminaba, en 1930, su ensayo *El retorno de los galeones* diciendo que «en la actualidad el intercambio entre unos y otros países de la América Española, y entre todos éstos y España, se hace cada día más intenso, gracias al conocimiento recíproco y a la simpatía intelectual; con lo cual la producción literaria de habla castellana adquiere cierto carácter de unidad, no obstante las diferencias de ideología y costumbres que en cada pueblo y aun en cada región pueden observarse».

Si hace ya más de ochenta años el erudito dominicano podía asegurar la unidad cultural de los países de lengua española, hoy en día, entrado ya el siglo XXI, la facilidad de las comunicaciones ha elevado dicha integración hasta el punto de que no puede concebirse la escritura literaria a uno u otro lado del océano, o desde el Río Grande –o más allá– hasta Tierra de Fuego, sin el conocimiento de lo que sucede en uno u otro territorio. Nunca como ahora fue tan cierto culturalmente que la lengua es la patria.

Sé bien que no todos compartimos esta manera de pensar y no hace muchos años, ante un lingüista que,

en una reunión científica, negaba la existencia de un español estándar y afirmaba, en cambio, el argentino como lengua propia y caracterizada, agradecí con ironía el esfuerzo que hacía por hablar en un idioma que entendiésemos todos.

No hay espíritu reivindicativo en esa defensa de la unidad de la lengua y la cultura, con todos los matices locales y regionales que se quieran, tampoco espíritu neocolonial alguno, pues sé bien que el futuro de la lengua no está en España, sino en México, el país con mayor número de hablantes de español o, incluso, en los Estados Unidos. Sólo es constancia de una realidad que se comprueba todos

los días en las editoriales, las librerías y las bibliotecas por los lectores de español.

El premio Nobel concedido a Mario Vargas Llosa, como antes el recibido por Gabriel García Márquez, Camilo José Cela o Juan Ramón Jiménez, sin olvidar a Pablo Neruda, Gabriel Mistral, Jacinto Benavente o José Echegaray, demostró una vez más esa multinacional unitaria de la cultura en español y, por los días en que se hizo público, contemplaba yo sus obras, en una librería de Estambul, entre otras de diversos autores argentinos, mexicanos, españoles y chilenos, sin que a ningún comprador se le ocurriese pedir que se distinguiera su nacionalidad administrativa.

Este número de *Miriada Hispánica* viene con ese convencimiento de que la lengua es la base de la cultura, pero también de que el interés cultural en Europa por lo americano, y viceversa, es constante. Hemos buscado, eso sí, puntos de vista y temas novedosos, que ofrezcan a los lectores caminos por donde seguir con un trabajo propio.

Cuando Alvar Núñez Cabeza de Vaca cruzó de Este a Oeste lo que ahora constituye el sur de los Estados Unidos, encontró pueblos que estaban aún en la Edad de Piedra. Desde entonces, las lenguas indias y la española estuvieron en contacto y sus relaciones han sido entrevistas por los antropólogos. El profesor Francisco Marcos Marín, de amplia trayectoria profesional y hoy en la Universidad

de Texas, traza un panorama metodológico desde la lingüística, pero sin olvidar otros acercamientos, para el estudio de los hispanismos en las lenguas prehispánicas norteamericanas.

Nuestros poetas del siglo XVIII supieron elogiar a los científicos médicos que llevaron a América las vacunas. Marcelo Frías, Andrés Galera y Susana Ramírez Martín, profesores e investigadores de historia de la ciencia, nos aproximan al mítico mundo de la canela (que últimamente ha dado pie a una novela del colombiano William Ospina) y de la medicina.

La máxima especialista española en la literatura americana de lengua francesa, la catedrática de la Universidad del País Vasco Rosa de Diego, se ocupa del teatro en Quebec. En el Canadá francés el teatro cobró una importancia especialísima porque sirvió para asegurar la lengua y cierto sentido de nacionalidad. En España y la América de lengua española es poco conocido, salvo nombres ya del espectáculo internacional, como Lepage, por lo que entendemos este artículo como una aportación importante.

Y no podíamos dejar de lado la literatura. Francisco Estévez pasea su espíritu crítico y erudito por las cartas que el poeta colombiano residente en México envió al poeta español, luego Premio Nacional de la Letras, Leopoldo de Luis. A través de esa correspondencia descubrimos a un perso-

naje sorprendente y aventurero, casi maldito, que no merece el olvido en que parece ahora sumirse.

Por último, intentamos delimitar un interés temático de la literatura hispanoamericana del que poco se habla y que, sin embargo, responde a las preocupaciones que pone en evidencia, tanto en Europa como en América, los efectos ideológicos de la primera guerra mundial y la dialéctica entre literatura de vanguardia y literatura de compromiso: la novela sobre las plantaciones de fruta en Centro América.

Quisiéramos que este número de la revista despertase intereses e, incluso, si fuera posible, vocaciones. Pero sobre todo, pretendemos insistir en el convencimiento de que el océano Atlántico no es sino una vía de intercambio cultural por el que, como viera Henríques Ureña, las caravelas y los galeones van en uno u otro sentido¹.

JORGE URRUTIA
Editor invitado

¹ Tengo que agradecer su trabajo en la coordinación de este número al prof. Francisco Estévez Regidor, siempre trabajador y atento.



INFORMACIÓN

- PVP 20€
WEB www.miriadahispanica.com
EDITORES J. Enrique Peláez Malagón
Agustín Reyes-Torres
University of Virginia-Hispanic Studies Program
Calle Ramón gordillo 4. 46010 Valencia, España.
EDITORIAL Devenir / Juan Pastor
Apartado de correos número 4
28991 Torrejón de la Calzada (Madrid)
Correo electrónico: pastorj@telefonica.net
Web: <http://www.devenir.es/>
ISSN 2171-5718
DEPÓSITO LEGAL S. 533-2010
LUGAR DE EDICIÓN Valencia
PERIODICIDAD Semestral
DISEÑO José Ramón Ballesteros de Diego
PRODUCCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Enrique Celma Marín
AVISO LEGAL *Se permite la reproducción parcial de los contenidos para uso didáctico*



DIRECTORES DE LA REVISTA

J. Enrique Peláez Malagón
Agustín Reyes-Torres
Hispanic Studies Program
University of Virginia

EDITOR INVITADO

del presente número
Jorge Urrutia
(con la colaboración de
Francisco estevez)

SECRETARIO

Sergio Arlandis
Hispanic Studies Program
University of Virginia

COORDINADORES

M.^a Pilar Guitart
Universidad Católica de Valencia

Jesús Peris
Universitat de València

Mabel Richart
Universitat de València

José Eliseo Valle
Universitat de València

CRÉDITOS

ASISTENTES A LA COORDINACIÓN

María del Puig Andrés
Universidad Católica de Valencia

Tamara Bjelland
University of Virginia (EEUU)

Anna Chover
Hispanic Studies Program - University of Virginia

COMITE EDITORIAL

Carlos Cabrera
Universidad de Salamanca
Daniel Chornet Roses
Saint Louis University - Madrid
Julia Cuervo Hewit
Penn State University
Andrés Fisher
Appalachian State University
Aurora Hermida-Ruiz
University of Richmond
María Mabrey
University of South Carolina

Matthew Marr
Penn State University
Esperanza Roman-Mendoza
George Mason University
Fernando Tejedo-Herrero
University of Wisconsin-Madison
Javier Torre
University of Denver
David Vassar
Rice University
Susan Walter
University of Denver

COMITÉ EVALUADOR Y CIENTÍFICO

Marta Albelda
Universitat de València
Juan Antonio Ardila
University of Edimburgh
Andrew Anderson
University of Virginia
Joaquín Azagra Ros
Universitat de València
Rafael Beltrán
Universitat de València
Teresa Bordón
Universidad Autónoma de Madrid
Herbert Tico Braun
University of Virginia
Susan Carvalho
University of Kentucky
Daniel Chávez
University of Virginia
Luis Correa-Díaz
University of Georgia
Mark P. Del Mastro
College of Charleston
Gianfranco Depretris
Universidad de Turin
Francisco Javier Díez de Revenga
Universidad de Murcia
Irma Emiliozzi
Universidad de Lomas de Zamora, Buenos Aires
Edward Friedman
Vanderbilt University
Jesus G. Maestro
Universidad de Vigo
Miguel Angel Garcia
Universidad de Granada
David Gies
University of Virginia
Manel Lacorte
University of Maryland

Blanca López de Mariscal
Tecnológico de Monterrey
Angel López García
Universitat de València
Kern Lunsford
Lynchburg College
Nancy Marino
Michigan State University
Sonia Mattalía
Universitat de València
Enric Mateu
Universitat de València
Françoise Morcillo
Université d'Orléans
Sylvia Nagy-Zekmi
Villanova University
Rafael Núñez-Cedeño
University of Illinois, Chicago
Ana Ortega
Universidad Católica de Valencia
Brian Owensby
University of Virginia
Ted Peebles
University of Richmond
Evangelina Rodríguez Cuadros
Universitat de València
José Rafael Saborit Viguier
Universitat Politècnica de València
Laura Scarano
Universidad Nacional del Mar de Plata y CONICET
Jacobó Sefamí
University of California en Irvine
Andrea Smith
Shenandoah University
Eduardo Urbina
University of Texas in Austin
Mary Vázquez
Davidson College



LINGÜÍSTICA



FRANCISCO A. MARCOS-MARÍN¹

The University of Texas at San Antonio - fmarcosmarin@satx.rr.com

Artículo recibido: 17/11/2010 - aceptado: 25/11/2010

EL ESPAÑOL DE NORTEAMÉRICA Y LAS CULTURAS Y LENGUAS AMERINDIAS. FUENTES EXTERNAS E INTERNAS PARA LA RECONSTRUCCIÓN

RESUMEN

Este estudio de diacronía lingüística utiliza dos fuentes de información, *externas* e *internas*. Las *fuentes externas* son independientes de la estructura lingüística. El estudio del *arte rupestre* como fuente externa constituye una aportación semiológica de notable interés, dada la calidad del arte rupestre del suroeste de los Estados Unidos. Las pinturas rupestres admiten una interpretación etnolingüística y sirven para deshacer la madeja de la compleja relación genética entre las lenguas amerindias y su fragmentación, mucho antes de la llegada de los castellanos, así como la que se establece después entre las lenguas amerindias y las lenguas indoeuropeas. Las *fuentes internas* son las de las estructuras lingüísticas de las lenguas y los datos obtenidos por su análisis. Las fuentes internas son metalingüísticas: el análisis y categorización de los elementos lingüísticos no son procesos naturales, sino artificiales.

PALABRAS CLAVE: Arte rupestre, préstamos, Tejas, Etnolingüística, amerindio.

ABSTRACT

Studying linguistic diachrony demands two types of sources, external and internal. External sources are independent of linguistic structures. The study of rock art as an external source constitutes a valid semiotic contribution to language history. Furthermore, the aesthetic quality of the Rock Art of the Southwest enhances its interest. Rock paintings contribute concepts and suggest interpretations to other sciences, although their contribution is particularly relevant in the case of Ethnolinguistics. They help unwind the ball of the complex genetic relationship among the Amerindian languages and their fragmentation before the arrival of the Europeans, and among all sorts of languages afterwards. Internal sources are based on the linguistic structures of languages and the data provided by their

¹ Francisco A. Marcos-Marín es Professor of Hispanic Linguistics en la University of Texas at San Antonio. Ha sido Professore ordinario per chiara fama de la Università degli Studi di Roma «La Sapienza» y Catedrático de Lingüística General de la Universidad Autónoma de Madrid. Premio Humboldt de Investigación (2004). Autor de más de veinticinco libros impresos y más de trescientos artículos y reseñas críticas.

analysis. Internal sources are metalinguistic: linguistic elements are analyzed and categorized through artificial processes involving the languages described.

KEY WORDS: *Rock Art*, loanwords, Texas, Ethnolinguistics, Native American.

América es el continente que el ser humano pobló en último lugar. Hace menos de 30000 años se produjeron las primeras migraciones, desde el nordeste asiático (Santos *et al.* 1999). Desde entonces, el flujo no ha cesado. Hace unos 13000 años subió el nivel del mar, lo que era un istmo pasó a ser el estrecho de Bering y cesó el paso directo desde Asia (Ruddiman 2003); pero en 1492 se abrió la nueva entrada de hombres, esta vez indoeuropeos y por mar. La conquista de América por los europeos se debió a sus ventajas técnicas y a su organización social, en la cual la dignidad del hombre desempeñaba un papel relevante. La Ley, como instrumento supremo de control social, aunque fuese aplicada imperfectamente, aventajaba a los sistemas previos, que dependían de la voluntad del poderoso (Sánchez Bella 1999). Las sociedades amerindias carecían de ese principio de regulación independiente, que garantizaba unos derechos mínimos. Los nuevos modelos de estructura social se expresaban en lenguas desconocidas en el continente americano, que influyeron mucho en las lenguas amerindias y que cambiaron por completo el panorama de América.

La situación lingüística americana ofrece un doble plano. En un nivel se sitúan las lenguas indoeuropeas, unificadoras: español, inglés, portugués, francés y holandés. La primera de ellas es la que abarca más territorio y tiene mayor penetración social: puede recorrerse el continente de norte a sur sin necesidad de usar más lengua que el español; en todas partes se encontrarán gentes que hablen o, al menos, entiendan, esta lengua. Este fenómeno no sólo es consecuencia de la conquista y asimilación lingüística de enormes territorios, sino también de los movimientos de población que se produjeron más tarde y que afectan al continente completo. En otro nivel se sitúan centenares de lenguas y dialectos amerindios, algunos desaparecidos, otros en vías de desaparición y otros con fuerza suficiente como para plantear reivindicaciones para recuperar un cierto uso oficial (Boas 1920; Greenberg 1987, 1989; Campbell 1997; Mithun 1999; Moreno Cabrera 2003). Muy pocas de esas lenguas tienen un estatuto jurídico que permita su uso en todos los niveles, aunque la realidad no sea tan equitativa. Es el caso del guaraní en el Paraguay, por ejemplo (De Granda 1988).

El final del siglo XIX y el siglo XX han sido testigos de la llegada de millones de inmigrantes, desde una u otra costa y desde los cinco continentes. Este desplazamiento de población ha ido acompañado de cambios en las fronteras y de migraciones en el eje Norte - Sur. Las fronteras de los Estados Unidos o del Brasil abarcan a principios del siglo XXI un territorio mucho más amplio del que abarcaban a principios del siglo XIX. «Nosotros no pasamos la frontera, la frontera nos pasó a nosotros» es una expresión del Suroeste norteamericano que resume perfectamente estas situaciones, que no son privativas de ese país y su frontera sur. Estos movimientos de hombres y de límites han llevado consigo cambios lingüísticos, sociales y culturales, incluidos los artísticos, cuyo estudio basado en los llamados documentos históricos se refiere sólo al período más reciente, menos de 2000 años. Han supuesto gozo, dolor y trabajo.

El acercamiento a la historia de América desde la perspectiva del lingüista es menos común que el que se produce desde las del arqueólogo, el historiador (de las sociedades, las culturas o el arte) o el etnólogo. En general, el lingüista está sobre todo interesado por las estructuras del lenguaje, es decir, por la gramática y el léxico. No suele ocuparse, salvo para confirmar algunas hipótesis, de la mayor parte de lo que las otras ciencias aportan. El autor quiere recuperar el sentido propio de la palabra *filólogo*, mostrando su interés por el concepto, el *logos*, más que por la categoría gramatical, el morfema o el sintagma. Para ello necesita conocer las otras ciencias humanas (y algo de las físicas y naturales, cuando puedan añadir precisiones, muy necesarias). El *logos*, el concepto, nos dice que el hombre es un ser histórico, una de cuyas dimensiones esenciales es el tiempo: es, como dijo el filósofo alemán Heidegger, un ser en el tiempo y es, sobre todo, un ser en sus dimensiones. Espacio, lenguaje, sociedad y tiempo definen los límites del concepto de hombre. Los cuatro se unen en la tarea filológica, pero no de la misma manera.

Con la experiencia, al lingüista le sorprenden muy pocas cosas; pero llama la atención la persistencia en el error biologicista. Es muy probable que fuera Darwin, sin pretenderlo, el originador de esta tendencia interpretativa. En una obra tardía, *The Descent of man* (1871, p. 40), afirmaba que «tienen un curioso paralelo la formación de lenguas diferentes y especies distintas y las pruebas de que ambas se han desarrollado en un proceso gradual». Lo más razonable es pensar que Darwin intuyera una regla general del cambio y nada más, porque las diferencias entre los procesos biológicos y los cambios lingüísticos son enormes.

Las lenguas no son organismos vivos, no viven y mueren, son estructuras mentales usadas por un solo tipo de organismos vivos, los seres humanos. En el momento en el que una lengua está codificada, fijada, puede recuperarse y usarse cuando un grupo humano quiera. Cuando se habla de codificación quiere decirse, en términos sencillos, su fijación, generalmente por escrito, en gramáticas y diccionarios y, más todavía, en textos de diversos tipos, como los literarios o científicos. Por eso se han podido volver a usar el hebreo o el irlandés o se puede seguir usando el latín. Por eso se han revitalizado otras lenguas, que no habían dejado de hablarse; pero que tenían un ámbito de uso mucho más reducido, como puede ser el caso del vascuence. En América esta revitalización afecta a grandes lenguas indoeuropeas, como ocurre con el francés en el Canadá o como está sucediendo con el español en los Estados Unidos y en el Brasil (con diferencias en cada caso). Puede haber un componente de artificialidad en esto, como ocurre en el caso del vascuence y otras lenguas: cuando se re-utiliza una lengua a partir de su codificación, se pierden aquellos aspectos no bien codificados, como los dialectos.

En consecuencia, hablar o dejar de hablar una lengua depende de la libertad humana. Esa libertad puede ejercerse libremente o puede verse sometida a límites, como la libertad de expresión o la de residencia. En la historia abundan los casos de lenguas que se han prohibido; pero son más los casos de lenguas que dejaron de hablar sus usuarios, simplemente porque les interesaba más otra cosa o porque fueron eligiendo entre distintas variantes, cada vez más alejadas de la estructura original: es lo que pasó con el francés o el castellano respecto al latín, un cambio en la selección de estructuras.

Todas las lenguas y dialectos que se hablan en el mundo y que se han hablado proceden de un rasgo común a la especie humana, su capacidad de lenguaje. En el fondo, por tanto, todas las lenguas y dialectos no son sino variantes de una estructura básica, común a todas. Esto no quiere decir, necesariamente, que haya habido una lengua común originaria de la que derivaron sucesivamente todas. La unidad es de carácter estructural. Quizás los primeros miembros de la especie humana tuvieron una lengua, origen de las sucesivas. Lo que está claro es que esa teórica lengua común sería, *de facto*, una lengua muy limitada en cuanto a su léxico, por ejemplo, por la limitación del conocimiento del mundo de sus hablantes. Con todas sus limitaciones en esa lengua concreta (y, en realidad, en todas) recuérdese que la capacidad de lenguaje permite una recursividad continua. Es decir, a partir de una estructura, pueden ampliarse y modificarse esa estructura y sus elementos, indefinidamente. Puede decirse, en términos estructurales, que

todas las lenguas son simplemente variaciones y permutaciones de una única estructura, que no se realiza en ninguna lengua, ni se puede realizar, de manera plena.

Más todavía, las lenguas no están codificadas en el cerebro de manera ni remotamente parecida a cómo las codifican los gramáticos o lingüistas en sus libros. Una gramática no es una representación mental de una lengua, no es sino el resultado de utilizar la lengua para estudiar o, lo que es lo mismo, categorizar la lengua: usar una lengua para hablar de una lengua, la misma u otra. A eso es a lo que se llama «metalingüística»; pero los seres humanos no tienen otra posibilidad, porque su instrumento de categorización y de comunicación es el lenguaje, estructurado en lenguas concretas.

El lingüista tiene que defender profesionalmente la pervivencia de las lenguas, porque lo contrario sería reducir el mercado de trabajo de su profesión. El filólogo, es decir, estudioso del concepto, no tiene más remedio que reconocer que lo que importa es que se hable, es decir, que se categorice el mundo y se comunique en una lengua, porque todas las lenguas son iguales (lo mismo da una estructura que otra), aunque no todas sean igual de útiles.

Cuando una comunidad siente que esa lengua ya no le es útil, simplemente la cambia, y debe ser libre para hacerlo. Otra cosa es tiranía.

Las lenguas no mueren, ni viven; viven y mueren los hablantes, los seres humanos. Hay que dejarse de esas expresiones biologicistas, son patrañas que buscan confundir a la gente.

El hombre puede reflexionar sobre sí mismo y trascender esa reflexión gracias al lenguaje; pero la confusión del lenguaje con la realidad del pensamiento es ilusoria, porque los hombres mueren y las lenguas cambian. Sólo usando el lenguaje para hablar del lenguaje puede el hombre acercarse a la interpretación lingüística y, al hacerlo, crea nuevas categorías. Se trata de la actividad *metalingüística*. La lengua que hablamos no es las categorías que describimos; pero sin categorías que podamos expresar por medio de las lenguas no entendemos el lenguaje, ni el mundo. Joseph Greenberg, uno de los grandes tipólogos y comparatistas modernos, lo captó perfectamente cuando afirmó (1971, p. 119) que «Distinguimos entre la evidencia de la verdad de un hecho y las teorías designadas para dar cuenta de ese hecho».

Así pues, hay una realidad y hay un lenguaje. La primera proporciona un tipo de información, que arranca de algo externo al individuo. El segundo permite un análisis de cómo se conforma internamente esa realidad en estructuras que se llaman lenguas y que se van alterando y redefiniendo en el tiempo. A ese desarrollo y cambio en el tiempo es a lo que se llama *diacronía lingüística*.

Para el estudio de la diacronía lingüística cabe utilizar dos fuentes de información, que suelen llamarse *externa* e *interna*. Las *fuentes externas* son aquellas independientes de la estructura lingüística. Son muchas, la Historia misma, la Historia del Arte, la Arqueología, la Etnografía, la Antropología, el Derecho, la Sociología, entre otras, que tienen el carácter de generales, pues dentro de cada una de ellas puede haber otras fuentes que aclaran aspectos más concretos y que se pueden llamar *específicas*. En este estudio, que se inserta en un marco general, el proceso de la evolución de las lenguas de América, se propone añadir una fuente externa específica, que formaba parte de la arqueología; pero no había recibido una consideración directa por la comunidad lingüística. El estudio del *arte rupestre* como fuente externa constituye una aportación semiológica de notable interés, dada la excepcional calidad del arte rupestre del suroeste de los Estados Unidos. Además de todo lo que aportan a otras ciencias, las pinturas rupestres admiten una interpretación etnolingüística y pueden servir para ayudar a deshacer la madeja de la compleja relación genética entre las lenguas amerindias y su fragmentación, mucho antes de la llegada de los castellanos, así como la no menos compleja relación que se establece entre las lenguas amerindias y las lenguas indoeuropeas, tras la llegada de los conquistadores y pobladores sucesivos a lo largo de los siglos. Se trata de un estudio eminentemente multidisciplinar, en el que un investigador solo no avanza, especialmente si tiene una formación limitada a la lingüista. En 2010 es legítimo aceptar que se dispone de los suficientes datos arqueológicos y etnográficos para tratar de completarlos con la perspectiva lingüística.

Las *fuentes internas* son las de las estructuras lingüísticas de las lenguas y los datos obtenidos por su análisis. Las fuentes internas son, por tanto, metalingüísticas: el análisis y categorización de los elementos lingüísticos no son procesos naturales, sino artificiales. Para ser hablante no hace falta ser gramático, aunque para ser gramático haga falta ser hablante. Las categorías gramaticales no son clases naturales, sino constructos mentales. Por eso hay distintos tipos de gramáticas que intentan explicar el fenómeno natural de que cualquier ser humano normal puede aprender otra lengua, de que las lenguas son intertraducibles y de que la lengua natural es un rasgo específico del ser humano. La lengua forma parte de 1) el proceso de

categorización de la realidad por cada hablante, 2) la comunicación, esa categorización individual se completa y perfila en la comunidad de hablantes. Ningún ser humano aislado es capaz de actualizar su capacidad de lenguaje en una lengua concreta. Además, la lengua es el objeto de estudio de las gramáticas, que emplean procedimientos categoriales, estructurales, puesto que parten del postulado de que una lengua es un sistema de signos. Por ello una lengua es también parte de la ciencia que estudia signos y símbolos 3) la Semiología.

El estudio del contacto entre las lenguas (Weinreich 1953) se beneficia de la capacidad moderna de acceder computacionalmente a la información, que puede estar muy dispersa. Por ella se ponen en relación datos muy pequeños, hasta conseguir un corpus aceptable, que va ofreciendo los medios de entender qué ocurrió en el cambio de mentalidades que se produce por el contacto lingüístico. Añade amplitud a las investigaciones de tipo «tradicional» o «filológico» (Marcos-Marín 2008b, 2008c y la bibliografía allí recogida). El objetivo último puede ser, como en esta investigación, el cambio de mentalidades que se produjo tras la conquista de América por los castellanos; pero otros objetivos, derivados de otros contactos, pueden ser igualmente alcanzables.

Jurídicamente, la conquista de América fue castellana, no obsta que hubiera extremeños (o portugueses), jurídicamente era Castilla. Conviene ser muy cuidadoso con la terminología, porque los conceptos son esenciales. Los reinos de Aragón y de Valencia no participaron hasta después de los Decretos de Nueva Planta de Felipe V (1707, 1711, 1715). La centralización administrativa de España les fue permitiendo a todos los españoles, a lo largo del siglo XVIII, el comercio con América. La más amplia fue la reforma de 1789. A partir de ese año, desde un amplio número de puertos de España, podían zarpar los barcos con destino a la América ya propiamente española. Entonces sí se puede hablar de españoles en América. Dicho esto, no hay que extrañarse de que los conquistadores y pobladores dependientes de la Corona de Castilla se llamasen a sí mismos *españoles*, como, en la interpretación de la guerra religiosa contra los no-creyentes, se llamasen *cristianos*. *Espanñoles* (con la variante gráfica *hespañoles*) había llamado el gran poeta portugués Luis de Camões también a los portugueses en *Os Lusíadas*, porque ése era el derivado del latín *Hispania*. El sentido moderno de nación se desarrolló más tarde; en el siglo XVI se refería al lugar en el que había nacido cada uno, sin más complicaciones jurídicas.

Es más exacto utilizar los términos de novohispanos (de Nueva España) y de virreinos y virreinal, porque España no tuvo colonias en América. Los reinos de

Indias dependían directamente del Rey, que designaba a un Virrey o a un Capitán General, para representarlo. Los términos de «colonias, colonial» se toman (muy erróneamente) de los anglosajones y no coinciden en absoluto con el valor que tiene para ellos, porque los hispano-americanos siempre tuvieron representantes en el Consejo de Indias, que estaba vinculado, por su origen, al Consejo de Castilla. Aquello de «No taxation without representation», que justificó el inicio de la independencia norteamericana, no puede calcarse para los virreinos hispano-americanos (salvando todas las diferencias, muchas), porque existían algún tipo de representación y un organismo específico.

Américo Castro (1971, p. 19) estableció una diferencia fundamental para entender, desde la perspectiva española, el fenómeno y proceso de la conquista, la que existe entre *móviles* y *principios*. Los *móviles*, es decir, los impulsos que movían a los súbditos de Castilla a arriesgar sus vidas en la travesía y en la guerra y a cambiar un mundo por otro fueron la ambición de oro y de poder. Los *principios*, es decir, las bases en las que se apoyaban aquellas gentes desde luego extraordinarias, fueron la gloria de Dios y el profundo respeto al Rey, representante de Dios, no se olvide. Por lo tanto, las bases eran mitos grandiosos, cuya expresión era poética. Los cronistas de Indias relatan hechos que traspasan la imaginación de los lectores y que fueron traducidos y seguidos en Europa como una realidad que superaba la ficción. Unidos a las novedades perceptibles contribuyeron a dar a lo español en Europa una dimensión literaria nueva y también un nuevo planteamiento jurídico, el derecho de gentes. Los europeos tenían ante sí nuevos seres humanos, nuevas sociedades diferentes de todo lo conocido, nuevas flores y frutos, nuevas riquezas (Marcos-Marín 2008a, 2009a).

Las relaciones entre el nuevo señor y sus súbditos americanos eran completamente diferentes de las que se establecieron entre los anglos y los holandeses con los indios en el Norte. Los españoles del Centro y Norte de América se convirtieron en novohispanos porque se integraron inmediatamente en una sociedad interracial, se formó un pueblo mestizo de un modo impensable en el mundo indoeuropeo germánico (anglosajón y holandés principalmente, en Norteamérica), en el que los matrimonios mixtos fueron excepcionales. John Ford (1961) supo plasmar esa actitud del norteamericano blanco en una obra cinematográfica dedicada al problema de la adaptación de los niños blancos a la sociedad de sus raptos, los comanches en este caso, y la reacción de la sociedad anglosajona y germánica (las familias y su entorno) ante esos niños rescatados como hombres y mujeres años después. *Two Rode Together*, dentro de las convenciones comerciales del género, aclara mucho más de lo que explicita, que es, de todos

modos, bastante. No fue un éxito comercial en los Estados Unidos; pero sí en otros países, como en España, con el título de *Dos cabalgan juntos*. Muy poco antes se había roto el estereotipo de la actriz mexicana sólo para papeles étnicos secundarios, cuando Stanley Kubrick seleccionó a Pina Pellicer junto a Karl Malden y Katy Jurado para dar respuesta a Marlon Brando en la película *One-Eyed Jacks* (en el mundo hispánico *El rostro impenetrable*), que expresaba un mensaje de tolerancia a la integración racial en el Suroeste norteamericano. Tampoco esta cinta (que al final tuvo que ser dirigida por Brando) fue un gran éxito comercial en los Estados Unidos, aunque sí en Europa: en 1961 obtuvo la Concha de Oro en el Festival Internacional de Cine de San Sebastián, en el cual Pina Pellicer fue elegida la mejor actriz.

El ser una sociedad integradora de los resultados de la unión de razas no significa que la sociedad virreinal fuera racialmente simple, al contrario. Cada uno tenía perfectamente clara su cuota de sangre de Castilla, como todavía ocurre hoy (sustituyendo «castellana» por «europea»), aunque no se pueda decir. Es una manifestación de una diferente forma interna de vida, en la que concuerdan Iberoamérica y la Península Ibérica, como señaló también Castro (1971, p. 23): «Ambas son espontáneamente de una manera, y necesitan vivir de otra».

Puesto que lo que importa en estas páginas es lo que tiene relación con la reconstrucción lingüística, basta con señalar algunas líneas generales referentes a los grandes modelos de relación con la población amerindia (y sus lenguas), advirtiendo también de la importancia que tuvo (y sigue teniendo en muchos lugares) la población negra. En los territorios del Sureste norteamericano la población negra, sin embargo, no tuvo la importancia que en otras zonas (De Granda 1978) y, lingüísticamente, durante la época de orígenes del español de los Estados Unidos, su incidencia puede considerarse nula.

De manera esquemática, pueden establecerse tres tipos principales de amerindios en relación con los recién llegados: a) los indios de las misiones, defendidos por los misioneros que, al mismo tiempo, procuraban el abandono de sus prácticas religiosas paganas y, por lo tanto, los introducían en lo que hoy se llamaría un proceso de aculturación, que provocó reacciones que a veces llegaron al martirio de los misioneros; b) los indios de las encomiendas, sometidos al sistema de trabajo de los siervos o, quizás con un paralelismo más inmediato, los moriscos castellanos, aunque con la ventaja sobre estos de las Leyes de Indias y la vigilancia de misioneros y oficiales del Rey; c) los indios designados como «salvajes», perseguidos, rechazados y, en ocasiones, esclavizados, pese a las prohibiciones

legales. La exposición de estos tres tipos a la lengua española (y a la lengua latina de la liturgia) era muy diferente y explica las distintas actitudes respecto al préstamo y el calco lingüísticos.

En Tejas y el Suroeste de los Estados Unidos de América o, si se prefiere, en Coahuila y Tejas y el Noroeste de la Nueva España la situación era, en este particular, más simple, por no tener aplicación el sistema de encomiendas, que no se concretó en estos territorios. Los contactos, en consecuencia, fueron de tres tipos: a) con los misioneros, b) con los soldados y elementos militares y c) con los cazadores de esclavos. Esta distinción se refleja en la presencia clara de las dos primeras categorías en el arte rupestre histórico e Tejas y el Suroeste. Sabemos de la existencia de la tercera categoría, que explica la «invisibilidad» de los indios para los exploradores novohispanos que cruzaron el territorio en los siglos XVI, avanzado, y XVII. Es posible que un mejor análisis del arte rupestre histórico permita encontrar algunos elementos del contacto con las ilegales expediciones esclavistas. La relación de los indios con los establecimientos misioneros, que los protegían de las incursiones de apaches y comanches, y con los escasos presidios tejanos tuvo que influir en sus lenguas y en otras facetas de sus vidas.

Se propone que el investigador pueda recurrir a los dos tipos de fuentes de información señaladas, cuando limita su objeto de estudio a un aspecto lingüístico concreto de la diacronía lingüística en el continente americano. Si se trata del contacto del español con las lenguas amerindias, empleará, como *fuentes externas*, la relación entre elementos semiológicos de la cultura española, las lenguas indias y las pinturas rupestres *históricas* de los indios del Suroeste (Turpin 1984, 1986, 1989, 1994, 1995, Turpin y Eling 2002; Boyd 2003, 2010; Marcos-Marín 2010 en prensa, 2010VA en prensa). El estudio del arte rupestre, por tanto, es previo. La *fuentes internas*, estrictamente lingüística, es la que se refleja en las alteraciones del español y de las lenguas amerindias por el contacto directo o indirecto entre ellas (Enguita 2004; Marcos-Marín 2010Holtus en prensa). Esas alteraciones no sólo afectan al léxico, también a la semántica, lo que hace su estudio más arduo. Se trata de aprovechar los datos de otras ciencias y utilizarlos para resolver los problemas de los contactos lingüísticos. Las fuentes no lingüísticas y las lingüísticas se complementan.

BIBLIOGRAFÍA

- Boas, Franz: «The Classification of American Indian Languages». *The American Anthropologist* 22 (1920) 367-376.
- Boyd, Carolyn E.: *Rock Art of the Lower Pecos*. College Station Texas: Texas A&M University Press, 2003.
- Revista Iberoamericana de Lingüística*. 2010 En prensa
- Campbell, Lyle: *American Indian languages: The historical linguistics of Native America*. New York: Oxford University Press, 1997.
- Castro, Américo: *Iberoamérica. Su historia y su cultura*. New York: Holt Rinehart and Winston, 1971, 1ª ed. 1941.
- Darwin, Charles: *The Descent of Man*. J. Londres: Murray, 1871.
- De Granda, Germán: *Estudios lingüísticos hispánicos, afrobispánicos y criollos*. Madrid: Gredos, 1978.
- *Sociedad, historia y lengua en el Paraguay*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1988.
- Enguita Utrilla, José María. *Para la historia de los americanismos léxicos*. Frankfurt: Peter Lang, 2004.
- Ford, John: 1961 *Two Rode together* <http://www.imdb.com/title/tt0055558/> (consultada el 4 de julio de 2010).
- Greenberg, Joseph H.: *Language, Culture, and Communication*. Stanford, California: Stanford University Press, 1971.
- *Language in the Americas*. Stanford, California: Stanford University Press, 1987.
- «Classification of American Indian languages: A reply to Campbell». *Language* 65, 1 (1989): 107–114.
- Marcos-Marín, Francisco: «La traducción en la frontera: tres criterios». Actas del III Congreso *El español, lengua de traducción*, 12 a 14 de julio, 2006 Puebla (México); coordinación: Luis González / Pollux Hernández, Bruselas: ESLETRA, 2008a. 35-54.
- «Marco histórico, base lingüística y recursos textuales para la investigación del español del suroeste». *Language Problems & Language Planning*, 32, 2 (2008b): 113-132.
- «La investigación del español del suroeste. Problemas y métodos», *Language Problems & Language Planning*. 32, 3, (2008c): 237-252.
- «Palabras americanas en la ciencia europea del XVI». *Léxico español actual II*, ed. Luis Luque Toro. Venezia: Libreria Editrice Cafoscarina, 2009a. 145-154.

- «El siglo XVI en la historia lingüística de Tejas». *«Recuerde el alma dormida»: Medieval and Early Modern Spanish Essays in Honor of Frank A. Domínguez*, ed. John K. Moore, Jr. & Adriano Duque, Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 2009b. 197- 215.
 - «El arte rupestre del Suroeste como fuente para el estudio de contactos lingüísticos», México: Actas del Coloquio de Oaxaca, UNAM, 2010. En prensa.
 - «Arte rupestre y lingüística amerindia. Estilos y conceptos». *Revista Iberoamericana de Lingüística*. 2010. En prensa.
 - Los préstamos del español a las lenguas indígenas de Norteamérica». *Mélanges Günther Holtus*. 2010. En prensa.
- Mithun, Marianne: *The Languages of Native North America*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.
- Moreno Cabrera, Juan Carlos: *El universo de las lenguas. Clasificación, denominación, situación, tipología, historia y bibliografía de las lenguas*. Madrid: Castalia, 2003.
- Ruddiman, William E.: «The Anthropogenic Greenhouse Era Began Thousands of Years Ago», *Climatic Change* 61 (2003): 261-293.
- Sánchez Bella, Ismael (compilador) *Textos Clásicos de Literatura Jurídica Indiana*. Madrid: Fundación Histórica Tavera, Digibis. Publicaciones Digitales, 1999 (Colección Clásicos Tavera. Serie II, v. 15. Temáticas para la Historia de Iberoamérica) [CD-Rom], 1999.
- Santos, F. R., A. Pandya, C. Tyler-Smith, S.D. Pena, M. Schanfield, W.R. Leonard, L. Osipova *et al.*: «The Central Siberian Origin for Native American Y Chromosomes». *American Journal of Human Genetics* 64 (1999): 619-628.
- Turpin, Solveig A.: «Pictographs of the Red Monochrome Style in the Lower Pecos River Region, Texas». *Bulletin of the Texas Archeological Society*, 55 (1986 for 1984): 123-144.
- «The Meyers Springs and Bailando Shelters: Iconographic Parallels». *La Tierra*, 13 1 (1986): 5-8.
 - «The Iconography of Contact: Spanish Influences in the Rock Art of Middle Rio Grande». Ed. David H. Thomas, *Columbian Consequences: Archaeological and Historical Perspectives on the Spanish Borderlands West*, Washington, D.C.: Smithsonian Press, 1989. 277-299.
 - «Lower Pecos prehistory: the view from the caves». *The Caves and Karst of Texas*, ed. W. R. Elliott and G. Veni. Alabama: National Speleological Society, Huntsville, 1994. 69-84.
 - «The Lower Pecos River Region of Texas and Northern Mexico». *Bulletin of the Texas Archaeological Society* 66 (1995): 541-560.
- Turpin, Solveig A. y Eling, Jr., Herbert H.: «Body or Soul: The Diffusion of Rock Art Imagery in Prehistoric Coahuila and Texas». *Boundaries and Territories: Prehistory of the U.S. Southwest and Northern Mexico*, M. Elisa Villalpando, ed. *Arizona State University Anthropological Research Papers*, Tempe, Arizona: Arizona State University 54 (2002): 37- 48.
- Weinreich, Uriel: *Languages in Contact: Findings and Problems*, with a preface by Andre Martinet. New York: Linguistic Circle, 1953.



HISTORIA
Y
CULTURA



MARCELO FRÍAS NÚÑEZ¹

Universidad Carlos III de Madrid - mfrias@hum.uc3m.es

ANDRÉS GALERA GÓMEZ²

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

andres.galera@cchs.csic.es

Artículo recibido: 21/01/2011 - aceptado: 31/01/2011

LA REGIÓN DE «CANELOS» Y EL REFERENTE DE LA CANELA EN EL CONTINENTE AMERICANO

RESUMEN

La canela se convirtió en un argumento de debate en el siglo XVIII, en la nueva conquista llevada a cabo por la monarquía española en el continente americano. Más allá del interés tradicional en la minas, encontramos ahora una detallada atención por los beneficios que se podían obtener del mundo natural. Así, se planteará una controversia, de componentes económicos y científicos, donde la propuesta de la región de «canelos» aporta interesantes elementos para la comprensión del proyecto colonial español.

PALABRAS CLAVE: Canela, especias, siglo XVIII, exploraciones, América

ABSTRACT

«The «Canelos» region and cinnamon on the American continent». Cinnamon became an argument of debate in the 18th century, in the context of the new conquest carried out by the Spanish monarchy in the Americas. Going beyond the traditional interest in mines, there

¹ Marcelo Frías Núñez es Profesor Titular de Historia Contemporánea en la Universidad Carlos III de Madrid. Con anterioridad trabajó en el Centre Alexandre Koyré, EHESS, CNRS, MNHN, Paris, en el CSIC, Madrid, en la Universidad de Paris X, Nanterre y en la Universidad de Nancy-2. Sus trabajos de investigación abordan temas como Ciencia y sociedad, Viajes y expediciones científicas, La salud y el mundo contemporáneo. Entre sus publicaciones destacan: *Enfermedad y sociedad en la crisis colonial del Antiguo Régimen*, Madrid 1992; *Tras El Dorado Vegetal*, Sevilla, 1994; *La ruta de la canela americana* (en colaboración con Andrés Galera), Madrid, 2002.

² Andrés Galera Gómez es Investigador Científico del CSIC. Ha sido responsable del departamento de Historia de la Ciencia (CSIC) en el período 2002-2006. Miembro fundacional del Grupo de Estudios Americanos (GEA). Su trabajo de investigación se desarrollado en dos áreas temáticas: Las expediciones científicas en el siglo XVIII, y Teoría del pensamiento evolucionista. Entre sus publicaciones más recientes destacan: *La ruta de la canela americana* (en colaboración con Marcelo Frías), Madrid, Dustin, 2002; *Ciencia a la sombra del Vesubio. Ensayo sobre el conocimiento de la naturaleza*, Madrid, 2003; *Las corbetas del Rey*, Madrid, 2010.

is a growing interest in the big profits that could be derived from the natural world. A new scientific, and economic controversy will emerge, in which the proposal of the region of «Canelos» provides interesting elements for understanding the Spanish colonial project.

KEY WORDS: *Cinnamon*, Spices, 18th century, Explorations, America

PRESENTACIÓN³

Las referencias de la canela en la ruta que partía de Ambato, pasaba por Baños y culminaba en la población de Canelos, nos presentan un nuevo intento de la corona española por rentabilizar la naturaleza americana. El ejemplo y provecho que los holandeses mostraban con la reconocida canela de Ceilán era seguido muy de cerca por los gobernantes españoles, que pretendían encontrar en esta corteza un nuevo ramo de comercio, al igual que lo intentaron con la quina (Frías Núñez 1993) o con el denominado «té de Bogotá» (Frías Núñez 1993, p. 211-222).

En el caso de la canela, un intento –finalmente fallido– se había llevado a cabo en el Nuevo Reino de Granada, en las regiones que componen la actual Colombia (Frías Núñez 1993, p. 231-244). Más al sur, dentro de las demarcaciones correspondientes a la Audiencia de Quito, se produjo un nuevo intento, que finalmente tampoco tuvo el éxito esperado, pero cuyos trabajos y diligencias nos permiten abordar desde una nueva perspectiva el interés de los gobernantes españoles en el aprovechamiento de las posibles riquezas americanas. Las misiones que tuvieron lugar con el objetivo último de trabajar y acopiar la corteza de los árboles canelos también sirvieron para el estudio del ordenamiento social y natural de aquellas regiones, y como planteamiento general para conocer las necesidades de aquellos territorios americanos.

EL IMAGINARIO DE LA CANELA

Para obtener la canela, los árabes, –relata Heródoto en su *Historia*–, «a excepción de los ojos, se envuelven con pieles de buey y de otros animales todo el

³ El artículo se enmarca dentro del proyecto «Los espacios públicos de saber en el siglo XIX: Proyectos y discursos para la construcción de la sociedad liberal» [HAR2009-12418/HIST, MICINN] y del proyecto Consolider «Circunnavigation Expedition Malaspina 2010: Global Change and Biodiversity Exploration of the Global Ocean» [CSD008-00077, MICINN].

cuerpo, incluido el rostro; y acto seguido, parten en busca de la canela. Este producto crece en un lago poco profundo, a orillas del cual, así como en su superficie, viven cierto tipo de animales alados, muy parecidos a los murciélagos, que emiten unos estridentes chillidos y que oponen una enconada resistencia. A esos animales hay que mantenerlos alejados de los ojos para poder coger la canela» (Frías Núñez 1993, p. 207-208). Este relato fantástico nos deja en evidencia la importancia económica de la canela en el área comercial de Oriente. Pero también señala dos tendencias que se perpetuarán posteriormente: de un lado se quiere ocultar su origen y por otro, se arguyen los grandes peligros que acechan a quienes pretendieran acercarse a este negocio. Los temerarios recolectores deberán hacer frente con su vida, por tanto, al peligro de esas alimañas que defienden con tanto ahínco su preciado tesoro.

El «lago poco profundo» referido por Heródoto, resultó ser la isla de Sri Lanka-Ceilán, descubierta para Europa en 1498 por el portugués Vasco de Gama tras bordear el cabo de Buena Esperanza. Lisboa se había convertido en el centro del comercio de especias, al que los españoles llegarían tarde, incluso en su precipitada y perdida apuesta, ya iniciado el siglo XVI, con la escuadra de Magallanes y las islas Malucas, como señala en su relato Antonio Pigafetta (Cabrero Fernández 2002). El viaje de Magallanes sería, sin embargo, ejemplificador de la futura actitud mantenida por la corona española en su intento de participar en el comercio de especies, particularmente en el de la canela: aspiración hegemónica como poseedora de una importante región productora, y papel secundario tras el protagonismo comercial portugués.

Y junto al elemento geográfico –a la distribución espacial del objeto–, el viaje de Magallanes –y la descripción ofrecida por Antonio Pigafetta–, nos sitúa en un debate científico sobre la diversidad específica del canelo que alcanzó hasta el siglo XVIII. Las descripciones recogidas en las *Crónicas* americanas revelan, asimismo, argumentos de un utilitarismo farmacológico que mantuvo unidos saberes como la botánica y la medicina durante siglos, ámbito del conocimiento donde la canela americana⁴ tuvo particular acomodo manifestándose en descripciones cuyo fin es desvelar una realidad hasta entonces ignorada. La discusión es iniciática, el principio, pretende sólo dar a conocer un nuevo componente

⁴ Para Gonzalo Fernández de Oviedo son «árboles tan altos como olivos, e la hoja como de laurel, algo más ancha. La color de la hoja algo más verde que la del olivo, e vuelve sobre color amarilla», (Fernández de Oviedo 301); para Francisco López de Gómara, «el árbol es grande y tiene la hoja de laurel, y unos capullos como de bellotas de alcornoque» (López de Gómara 73); y según Nicolás Monardes, «son los árboles que la llevan de mediana grandeza, llevan la hoja como de laurel, están todo el año verdes que nunca pierden la hoja, que es cosa común en todos los árboles de las Indias» (Monardes 241).

botánico describiéndolo. La discusión sobre la identidad de las especies arbóreas habitantes de Asia y América -unidas por la semejanza del producto obtenido y diferenciadas tanto por la morfología del árbol como en el origen y calidad de la canela que producen- vendrá después. Por el momento es suficiente con desplegar sobre la naturaleza una mirada utilitarista que, para la canela, se traduce en la obtención de una sustancia aromática que reúne propiedades tanto gastronómicas y medicinales⁵.

LA CANELA AMERICANA

Más allá de la avidez de minerales preciosos que estaba tras el espíritu de conquista de españoles y portugueses en el continente americano, la búsqueda de nuevas riquezas afectaba también al mundo animal y vegetal. Así se presenta la llegada en el siglo XVI de Gonzalo Pizarro al país de los Canelos, en el virreinato del Perú, con las noticias aportadas por Díaz de Pineda⁶. Éstas dieron lugar al encargo que Francisco Pizarro hizo a su hermano Gonzalo, gobernador de Quito, de buscar la canela americana⁷. La empresa botánica implicaba un factor económico determinante pues no era suficiente encontrar el tesoro vegetal sino también explotarlo convenientemente para rentabilizar la secuencia comercial y poder competir con la producción de canela de Ceilán, puesto que el escaso beneficio generado por los árboles en estado natural limitaba su comercio a un nivel secundario.

Las expediciones promovidas en el siglo Ilustrado por la Corona española en el continente americano iban a recoger el interés de la canela como objeto co-

⁵ Según Monardes «conforta el estómago, resuelve ventosidades, quita el mal olor de la boca, es para dolor de estómago importante remedio, es cordial. hace buen color de rostro. En los guisados y manjares se echa y usa como canela porque hace el mismo efecto que ella. Tomado el polvo de este fruto con vino o agua apropiada, provoca la purgación de las mujeres. Es caliente en tercer grado y seco en el primero, pero con notable confortación por las partes estípticas que tiene» (Monardes 243).

⁶ Como relata Antonio de Ulloa, «el primero que entró en aquél país de Quixos, haciendo su descubrimiento y reconociéndolo, fue Gonzalo Díaz de Pineda en el año de 1536, el cual, con el motivo de haber enviado Sebastián de Benalcázar desde Popayán a investigar la salida del río grande de la Magdalena y adquirir noticias de los países confinantes a el que estaba conquistado, fue elegido para ir por aquella parte y, habiéndolo examinado todo, satisfecho de ser abundante de oro y de haber en él árboles de canela, se retiró a el campo de los suyos dando los informes de lo que había reconocido o podido instruirse en su viaje» (Saumell Lladó p. 447). Ver también Fernández de Oviedo (p. 301).

⁷ «...quien salió de Quito en busca de la canela con doscientos españoles y ciento cincuenta caballos, y habiendo descubierto los montes della pasó adelante al descubrimiento del río Marañón» (López de Velasco p. 227). Aunque Velasco concluyó el texto en 1574, estuvo inédito hasta finales del siglo XIX.

mercial, encargándose los distintos viajeros y expedicionarios de indagar sobre su identidad, calidad y técnicas de cultivo, que darían lugar a su identificación como especie y género diferente de la de Ceilán⁸. La canela americana, por tanto, volvió a ser un argumento de debate para la monarquía en el siglo XVIII en una nueva conquista del continente. La naturaleza era ahora el principal objetivo y se presentaba en términos científicos más que bélicos. Las expediciones promovidas por la monarquía española a partir de la segunda mitad del siglo XVIII abordaron de esta forma un ramo del comercio que, durante cinco décadas, representó intereses políticos, económicos y científicos. Así, encontramos presente la canela en la expedición geodésica hispano-francesa al virreinato del Perú (Ulloa 242-245 reproducido en Lafuente, A. y Mazuecos A. 1897 y en Ramos 1991), en la expedición de José Iturriaga al Orinoco (Ramos Pérez 1946, Lucena Giraldo 1991) en la expedición botánica de Ruiz y Pavón al virreinato de Perú y Chile o en la expedición botánica del Nuevo Reino de Granada (Frías Núñez p. 231-244) con intentos, incluso, de constituir un estanco de ella, al igual que se había propuesto aplicar a otros ramos productivos⁹, con la finalidad de administrar unos recursos naturales que ofrecían rentabilidad incluso en el limitado mercado interior. Las directrices estaban claras desde las instituciones metropolitanas como el madrileño Real Jardín Botánico: hacer del cultivo de la canela una industria nacional para eliminar el yugo de los holandeses¹⁰.

⁸ Así, el «canelo americano» se convertía en el *Laurus cinnamomum*, especie y género diferentes al *Cinnamomum ceylanicum* y del *Cinnamomum cassia*, canela de Ceilán y canela de China, respectivamente, pero vinculados por su pertenencia a la familia de las laureáceas, como predecían las crónicas del siglo XVI.

⁹ Así quedaba patente en la década de los años 60 en las reflexiones sobre el estanco de la canela propuesto por el Oidor Juan Romualdo Navarro, que advertía de su necesidad para corregir el abandono en el que se encontraba el cultivo de los canelos, para mejorar la cualidad de la canela con la práctica agrícola, y para activar el comercio que la monarquía dejaba pasar a manos holandesas «tomando con tan incesantes ganancias un formidable poder por mar y tierra para hostilizar nuestra nación en tiempo de guerra». *Idea del Reino de Quito*, por el Oidor Juan Romualdo Navarro, seguida de un proyecto para fomento del país y construcción de fortalezas en Guayaquil y de reflexiones sobre los estancos, y en general sobre las rentas reales (1761-1764). Sevilla: Archivo General de Indias, (A.G.I.), Sección: Audiencia de Quito, legajo: 223 (126-1-15) (Reproducido en Rumazo p. 473).

¹⁰ «...que nos venden en rigor a peso de oro el aceite destilado de su canela que en el Real Laboratorio de Química podemos sacar de la nuestra a poquísima costa». Informe de Casimiro Gómez Ortega al duque de Losada, sobre las muestras de canela y clavo de Quito, de fecha 15 de Enero de 1777 (Reproducido en Puerto Sarmiento p. 153 y 154).

La zona oriental de la Audiencia de Quito había sido un territorio tradicionalmente de referencia en los intentos de beneficiar el árbol de la canela. Intentos que finalmente no habían tenido una concreción práctica ni habían dado lugar al establecimiento de la industria y la estructura necesarias para su explotación. La región de Canelos y Copataza parecía propicia para adelantar la empresa e industria de la canela. Pedro Fernández de Cevallos¹¹, al frente de una Comisión por aquellos territorios, se había dejado llevar por la propia denominación de «Canelos» en los años 1775 y 1776. Cevallos había sido comisionado por la Real Audiencia en 1775 para proceder al reconocimiento de las tribus indias situadas en las riveras del río Pastaza, siendo uno de los capítulos de su *instrucción* que averiguase si los árboles canelos abundaban en esos territorios. Fernández de Cevallos había pensado que aquella población debía el nombre a la abundancia de árboles de canela. Sin embargo, cuando llegó por aquella región, apenas localizó un árbol que, a pesar de estar semiescondido en la espesura del monte, identificó como de semilla de los de Copataza –que eran considerados los mejores–. Alejados de la población sí se encontraban muchos ejemplares, esparcidos por la montaña y entretejidos muchas veces con otros de varias especies. Esta dispersión y la cantidad de maleza que los rodeaba eran un contratiempo para su buen desarrollo. Un cultivo adecuado tendría que haber pasado por limpiar de «breñas y sombríos» aquellos parajes y plantar anualmente semillas manteniendo una distancia proporcionada. Además, los árboles necesitarían también de una purga, para «sangrarles» del bálsamo que recibían de las constantes lluvias y que no lograban soltar por la falta del calor solar necesario. Sin duda, así se podría obtener esa canela tan dulce, aromática y buena, como era considerada la de Ceilán (Fernández de Cevallos 1776, el expediente completo se puede consultar en la edición de Frías y Galera 2002).

La conveniencia de verificar e identificar las propiedades de la canela americana continuó poniéndose de manifiesto tras la comisión de Fernández de Cevallos. En febrero de 1777 el fiscal Antonio Moreno y Escandón consideraba necesario, «por el interés universal del Estado», que se examinaran con «solidez y prolijidad». Con ello pretendía evitar falsas expectativas de futuro, en el peor de los casos, pero, al mismo tiempo, que se pudieran aprovechar las ventajas de este árbol,

¹¹ Pedro Fernández Cevallos, vecino de Ambato, en la Audiencia de Quito, fue cadete del Batallón Fijo de Cartagena y desempeñó diversas comisiones, entre ellas el reconocimiento de la ribera del río Pastaza y la conversión de indios gentiles conferidas por el presidente José Diguja. En 1777 alcanzó el empleo de Intendente de las provincias de Jaén de Bracamoros, Luya y Chillaos, para la expedición militar del río Marañón.

si, como todo parecía predecir, el resultado fuera positivo. Moreno se hacía eco de los informes que la consideraban igual de buena que la Ceilán, y que tenían como base la canela recogida en la comisión de Francisco González Ebia. Las buenas referencias se recogían en la representación presentada pero era partidario de que alguien con solvencia científica y de confianza política pudiera examinarla. Con ello se lograría, de un lado «asegurar el concepto», y de otro evitar cualquier tipo de duda. Se instruía asimismo a Francisco González Ebia a que estuviese presente en el examen de la canela, con la promesa de guardar cualquier posible secreto que hubiera, hasta que se premiase su descubrimiento. Una de las personas propuestas por el fiscal era Pedro Fernández de Cevallos, al que consideraba idóneo para el trabajo, pues había sido –como señalamos anteriormente– comisionado por la Real Audiencia, en 1775, para recorrer estos territorios. Precisamente Moreno contemplaba que también se verificase la posible abundancia o no de los canelos y las posibles dificultades en el acopio de sus cortezas –entre ellas, la distancia en que se encontraban-. Asimismo, abordaba la cuestión del posible cultivo, estableciendo los medios para su logro emplazándose el Oidor de la Real Audiencia de Quito– don Nicolás Vélez de Guevara y Suescun a practicar las diligencias para su cumplimiento (González Ebia 1777).

Requerido por el Oidor de la Audiencia, Pedro Fernández de Cevallos presentó su informe a finales de abril del año 1777, recogiendo parte de las experiencias durante su comisión y ratificándose en algunas de sus apreciaciones (Fernández Cevallos, 1777). Confirmaba que en las inmediaciones de Canelos solo se había localizado un árbol –el de la semilla de Copetaza– pero que a dos jornadas por tierra –en el sitio conocido como el Villano– y a una y media –en el de Guito– bajando por el río Bobonaza, se encontraban muchos ejemplares esparcidos por la montaña, junto con otros de especies diferentes. Los naturales de aquellas regiones también le habían aportado sus propias experiencias, pues ellos eran los que trabajaban esta canela y los que la ponían en venta en las poblaciones de Baños y Riobamba. (Al precio de dos y medio o tres reales) o las cambiaban por algún efecto que necesitasen. Estos trabajos con la canela habían permitido en 1759 y 1760 obtener de seis a siete mil libras, gracias a los trabajos de José de Basabe y marqués de Selva-Alegre y su relación con el comerciante de Cartagena, Juan de Arechederreta, que hizo de intermediario hacia Europa. Las selvas del Copetaza, con pequeños bosques de canela separados, eran las que ofrecían una mayor provisión.

La dificultad mayor que se presentaba era la falta de gente para los acopios y los trabajos. Fernández de Cevallos señala en 119 la población de los indios de

Canelos y, de ellos solo 17 ó 19 parecían útiles, con el agravante de que nunca se podían utilizar todos al mismo tiempo, pues dejarían su labor habitual en las chacras, con las consiguientes consecuencias negativas para su subsistencia. Caso similar se presentaba en el pueblo de Baños, «que además de ser muy pocos, son absolutamente precisos y necesarios para las entradas y salidas de los padres misioneros». Estos naturales de la región eran los únicos realmente prácticos para los caminos, pues estaban acostumbrados a cargar personas y provisiones en la espalda –que era la mejor forma para sortear con fortuna la multitud de precipicios, ríos y conjuntos de maleza de aquellos territorios-. Para estos servicios, y para el transporte de la corteza recogida en Canelos hacia Baños, era para lo que básicamente se contaba con ellos. Normalmente, el pago era de tres pesos por dos arrobas para la corteza acopiada en el Villano y el Guito. La de Copetaza se pagaba un poco más, por la mayor distancia en que se encontraba.

Ante esta falta de mano de obra, la única solución clara que se ofrecía era aumentar la población, un incremento del número de familias que condujera, a su vez, a la proliferación del cultivo de la canela y a una mejora de los trabajos. Con una aplicación constante, junto con la diferenciación de terrenos y tiempos para la siembra de semillas, se podrían obtener mejores resultados. En los árboles más tempraneros, a los dos o tres años ya se podría empezar a recoger. En cuanto al momento de plantar los árboles también se debía tener en cuenta lo que se hacía en Ceilán. Los meses de junio, julio y agosto, aparecían como los más indicados para la cosecha. Los terrenos más propicios eran los que tenían menos humedad, insistiendo en la conveniencia de que estuvieran en parajes libres de espesura y sin sombra. La exposición directa al calor del sol era beneficiosa para la purgación del bálsamo que los indios llamaban «baba», y que era consecuencia de las abundantes lluvias.

Siguiendo este tipo de precauciones se calculaba que tardarían entre cinco y ocho años en madurar, lo que permitiría competir, también en tiempo, con la canela de Ceilán. Como comparaba de forma entusiasta Fernández de Cevallos, «sería un nuevo *Colón* acreedor a los elogios de aquel por las muchas ventajas que daría a la Corona» (Fernández Cevallos, 1777). A la Audiencia se envió un pequeño cajón de la canela raspada del Copetaza para que se pudiera conformar de manera más precisa el parecer de Nicolás Vélez de Guevara, acompañado de algunas hojas de los árboles¹², con la recomendación de tener presentes las observaciones del doctor francés Garcin. Éste había sido miembro de la londinense

¹² Que Fernández de Cevallos consideraba semejantes a las de los árboles de las dos especies identificadas como «canela buena» de entre las diez conocidas. Las hojas se utilizaban para distinguir las especies.

Royal Society y había servido en la *Compañía Holandesa de las Indias Orientales*¹³.

No debió tener demasiado éxito la recomendación de Fernández de Cevallos, pues dos años después seguía insistiendo, desde Quito, en la apertura de un camino que, recorriendo las poblaciones de Baños y de Canelos, se dirigiese al río Marañón posibilitando la explotación de la canela. Con esta intención, en 1779 se dirigió al Presidente regente y Visitador, José García de León y Pizarro, aludiendo a la abundancia de árboles de canela (Fernández de Cevallos 1779). García de León vio pertinente la propuesta disponiendo que se llevase a cabo bajo la dirección del subteniente Antonio Fernández Juárez, secretario en la Comisión del Marañón¹⁴. Fernández de Cevallos quedaba encargado de proporcionar los auxilios necesarios para verificar el proyecto (García de León 18 de enero de 1780.) y autorizado a nombrar algún asociado al subteniente Juárez (García de León 12 de enero de 1780).

Las discrepancias surgidas entre los Fernández, Cevallos y Juárez, sobre la idoneidad del camino propuesto por el primero –abrir paso desde Baños a Canelos- no iban a ayudar tampoco en principio a los trabajos de la canela, vease Fernández de Cevallos y Fernández de Juárez 1780). Sin embargo, la ruta se consolidó. Lo demuestra el informe realizado en 1790 por Juárez sobre el derrotero de su expedición. Además de reivindicar estas tierras como «unos terrenos excelentes para formalizar algunos pueblos y haciendas de ganado y plantíos», también aludía a la idoneidad de la canela explicando que el beneficio daría por sí solo satisfacción a todo el proyecto. Resultado que, consideraba, estaría a la altura de lo conseguido en Ceilán (Fernández Juárez 1790). Mientras, entre los inconvenientes a solventar, seguía presente la necesidad de procurar espacios apropiados para que las plantas recibieran el calor solar necesario.

Sin embargo, la realidad contravenía las buenas palabras de los interesados. El más criticado era Fernández de Cevallos, quien en agosto de 1790 había recibido un oficio del presidente de la Real Audiencia, Juan Antonio Mon y Velarde (Mon 1790) donde, recordando a Cevallos su propuesta, décadas atrás, a Nicolás Vélez, se pedían explicaciones por la ausencia de adelantos en cuanto al cultivo de la

¹³ La *Compañía holandesa de las indias orientales*, que se formó en 1602, era una estructura comercial, que contaba con un vasto capital, basado en suscripciones de acciones, para su objetivo comercial en Oriente. Este modelo sirvió de base a las que franceses e ingleses crearon en la colonización mercantil de América.

¹⁴ Expedición española de límites que tuvo lugar entre 1778 y 1804 (Lucena Giraldo 1993, p. 21-39).

canela: «sin que hasta ahora se haya hecho el uso que parece debía hacerse de tan apreciable específico, nada inferior, según V. considera, al que los holandeses conducen de la isla de Ceilán y hace un opulento ramo de comercio de aquella nación, de que todas las demás son tributarias».

Aparentemente, el presidente no quería entrar en las causas que habían motivado que el descubrimiento de la canela «no se mirase con todo el empeño que parece demandan sus grandes ventajas». Pero no olvidaba que sería injusto mirar el tema con indiferencia, especialmente por el mayor fomento y prosperidad de aquellas provincias, solicitando a Fernández de Cevallos que aclarase la situación a través de un detallado cuestionario.

En primer lugar, se preguntaba acerca del motivo por el cual se seguía ignorando la distancia de los montes de Canelos y Copataza a las poblaciones, y cuántos días de camino serían necesarios para cubrir la ruta. Tampoco se conocía si ésta se podía cubrir a pie o con caballerías. Los ríos eran otra de las incógnitas, particularmente las cuestiones relativas a la navegabilidad. Igualmente se desconocía si existía algún tipo de asentamientos en el tránsito de esas poblaciones, la identidad de sus habitantes, si eran indios o no, y el consiguiente número de ellos. Así mismo, debería conocerse la capacidad de los terrenos para producir cultivos habituales y necesarios, maíz, plátanos o yucas; y se echaba en falta un conocimiento del clima, especialmente si era «malsano», circunstancia que podría deberse a no haber *desmontado* la zona. El cuestionario se interesaba por conocer la fauna y flora: si en los ríos se crían peces y de qué tipo, si hay caza de monte, si abundan las frutas silvestres, los insectos y demás producciones vegetales y animales. No faltaban preguntas relativas al reino mineral –sí había minas, de qué metales y de qué calidad- pues la cuestión metalífera vertebraba la explotación territorial.

En línea con estas cuestiones, Mon y Velarde se interesaba por la variación poblacional desde mediados de la década de los años 70 y, en el caso negativo, por el motivo de la decadencia. Igualmente, se planteaba cuestiones sobre las actividades comerciales y la gobernabilidad de los habitantes de la zona. Del tema productivo, además de la minería, interesaba conocer si había manufacturas de algodón o palma. El aspecto gubernativo atendía tanto a cuestiones políticas como religiosas, y a la relación de aquellos habitantes con grupos de regiones próximas. La canela era un componente, característico e importante, del organigrama socio-político de la zona cuya producción no era ajena a cierta práctica ilegal, sospechándose de algunos grupos indígenas del entorno del Pará que

estarían comerciando con los portugueses. Esta posibilidad obligaba a conocer el perfil de estos indios: si pertenecían a las reducciones o aún eran *infieles*, y la posibilidad de *civilizarlos* e instruirlos en la religión cristiana.

Pormenorizando en el tema de la canela, se cuestionaba si las poblaciones inmediatas conocían el uso de la canela, su beneficio y quiénes estaban detrás de dicha actividad: los padres jesuitas o los indios. El presidente de la Audiencia confiaba en Fernández de Cevallos instándole redactar las providencias necesarias para que el proyecto de la canela saliese adelante convirtiéndose en un importante ramo de comercio, como sucedía en el caso holandés.

Impulsado por la Audiencia, durante el tramo final del año 1790 Cevallos procedió a analizar la situación con el apoyo de dos ayudantes originarios de Baños y la colaboración del misionero fray Santiago Riofrío y de Mariano Villalobos, dedicado desde hacía años al acopio de canela¹⁵. Las diligencias se alargaron entre septiembre y diciembre de 1790. Finalizando el año el informe solicitado había sido elaborado. En un minucioso memorándum, Fernández de Cevallos daba cumplida respuesta a las dudas y peticiones manifestadas por el Presidente de la Audiencia, componiendo un preciso documento sobre el estado de la región y del ramo comercial de la canela.

En un primer momento se aborda la situación de Canelos y los condicionantes orográficos que presentaba aquella región¹⁶. Ambato se encontraba a ocho leguas de Baños, distancia que se podía recorrer en un día atravesando dos ríos -el Pachanlica y el Patate-, que no ofrecían grandes dificultades a través de unos puentes seguros y bien conservados por los vecinos. Desde Baños a Canelos, con carga, la distancia se cubría normalmente en ocho o nueve días. Los mozos que hacían el transporte de una a otra población cargaban hasta dos arrobas, cobrando tres pesos. La carga se acondicionaba en una especie de canastas colocada en la espalda. El grupo de Cevallos necesitó, sin embargo, hasta trece días para aquel recorrido, por el menor conocimiento que tenían de aquellos montes y por la dimensión que adquirió la comisión: cargueros con bastimentos, estriberos, curas misioneros, criados, agregados de confianza..., componían un grupo de más de ciento treinta personas.

¹⁵ Y al que de forma recurrente se le viene señalando como el descubridor de la canela (véase, por ejemplo, Paladines p. 74).

¹⁶ Sobre las dificultades de la apertura de caminos en la Audiencia de Quito encontramos buen reflejo también en el lado occidental, con el camino de Malbucho (Ramírez Martín p. 369-388)

La ruta solo se podía emprender a caballo hasta la catarata de los ríos Patate y Chambo, cuya confluencia se dejaba al pie del volcán Tunguragua. La catarata se encontraba a dos leguas de Baños resultando obligatorio dejar las caballerías y proseguir a pie. Esta zona era considerada la «puerta de la montaña». Más adelante, antes de llegar a Canelos, se pasaban los ríos Ulba y Agoyan –luego unificados en el Pastaza–, ninguno navegable. En todo el recorrido no había ninguna otra población. Desde Canelos se necesitaban tres días por tierra y dos y medio más por canoa, embarcándose aguas abajo por el río Copataza, hasta alcanzar el lugar donde se realizaba el acopio. Transcurrían, por tanto, quince días desde Ambato hasta el terreno de los canelos.

Dado que no había poblaciones, parecía pertinente fijar las zonas, siempre sin alejarse de la ruta, en las que más propiciamente se podían formar alguna de ellas¹⁷. Además de las habituales y conocidas ventajas que la formación de poblaciones conlleva como referentes territoriales, se valoraba también su incidencia en la propia comunicación de las personas de la región, así como en su aportación y beneficio en el trabajo, internamiento y conocimiento de los montes, ríos y diferentes territorios. En cuanto al elemento poblacional se dejaba totalmente de lado la posibilidad de utilizar delincuentes y vagabundos, apostando por colonos modestos, sencillos, «ajenos de lujo y enemigos del ocio». Con ello se pretendía que se convirtieran en población estable, que formaran familias, y que criaran a sus hijos que les heredaran su «aplicación e inocencia»¹⁸.

Dos lugares parecían especialmente recomendables para el establecimiento de poblaciones: Mapoto y Barrancas. La primera abarcaba un extenso llano de amplias proporciones, donde los jesuitas habían intentado instalar una hacienda. El clima era templado y agradable, contando con agua en abundancia proveniente de dos riachuelos que cruzaban el terreno a la entrada y mediado el llano. Otros dos ríos, denominados «Margaritas» se encontraban en el camino hacia Canelos. Los riachuelos eran cauces de agua si vida piscícola pero no sucedía lo mismo en el Pastaza a su paso por la zona, poblado por especies de pequeño tamaño parecidas a las sardinas. Otro inconveniente era la falta de frutas silvestres, que

¹⁷ La conveniencia, incluso *necesidad*, de establecer algún tipo de población quedaba reflejada nítidamente en el informe de Fernández de Cevallos: «Las poblaciones de que tanto necesita esta provincia han sido siempre el grande objeto de los políticos por lo que interesan a todos. Las tierras son el patrimonio de los hombres, que, adelantando la especie, multiplican el número de sus cultivadores». (Fernández de Cevallos 1790).

¹⁸ «...por si las selvas, por una metamorfosis debido al buen gobierno, llegan a verse liceos o academias prácticas de aquella educación popular, que tanto honor hace a la sociedad. Pasto, y los pastos son muy propios, plánteles para sacar de allí, ocho o diez familias para cada una...», *Correspondencia* p. 35.

condicionaba la presencia de aves y mamíferos limitando la caza. Ello hacía que los indios procedentes de Canelos dejaran sus *bodoqueras*¹⁹, pues desde esta zona hasta Baños no las iban a necesitar. Existía también la posibilidad de encontrar minas en las vertientes y quebradas de los riachuelos que desembocaban en el Pastaza, aunque hasta el momento no se había hallado ninguna. La ausencia de plantaciones abría la puerta al establecimiento de diferentes cultivos. Las opciones eran numerosas: caña dulce, cacao, algodón, maíz, plátanos, yucas, batatas, que favorecerían el tránsito de viajeros por la ruta.

El conocido como «sitio de Barrancas» era la segunda alternativa territorial apropiada para establecer una población. La región era aún más llana que Mapote e, igualmente, contaba con abundancia de agua. Al igual que en Mapote, en Barrancas el clima era suave pero un poco más cálido, abundando la caza. Barrancas era terreno de tórtolas, pavas, paugies, perdices, loros, papagayos, cerdos negros –denominados *anomados*–, grandes liebres –llamadas *punchanas*–, cuyes –roedores–, monos, tapires, venados, capiguaras o armadillos, que servían de grato alimento. Abundaban los frutales silvestres y la pesca era generosa en las aguas del Pastaza a su paso por la zona. Recursos naturales ciertamente ventajosos aunque poco aprovechados por los indios, salvo cuando se les terminaba la habitual provisión de plátanos y yucas que cargaban para el trayecto.

Baños era la única población localizada entre Ambato y Canelos. El pueblo recibía su nombre de los baños de aguas termales propios de la zona, que, sin embargo, eran poco frecuentados a pesar de sus propiedades medicinales. El número de habitantes parecía mantenerse, e incluso haber aumentado, especialmente desde finales de la década de los 70. El menor consumo de aguardiente era una de los argumentos esgrimidos en esta mejora de la población, dado que estaba admitido que esta bebida afectaba negativamente a los hombres. El estrago que hacía, particularmente, entre la población indígena es bien conocido: en ocasiones causaba la muerte y, por lo general, los inhabilitaba para el trabajo, traducándose en una considerable disminución de la *mano de obra*²⁰.

De los indios de Baños dependía la correspondencia con la misión de Canelos. Como mencionamos anteriormente, estos nativos tenían predilección por los

¹⁹ Cerbatanas.

²⁰ El tema del control y prohibición del alcohol, que toma protagonismo en la primera mitad del siglo XX, ya había sido puesto de manifiesto en el siglo XVIII en Europa. En 1736, se había aprobado en Inglaterra la ley de la ginebra -The Gin Act- que impuso un impuesto alto sobre la ginebra producida, *haciendo la licencia prácticamente prohibitiva*. Las altas licencias fueron revocadas en 1742, aunque posteriormente el estado británico fue reasumiendo el control sobre ella (Lecky).

plátanos y la yuca, por lo que no se aplicaban a otro tipo de cultivos, ni practicaban la caza ni a la pesca. Su indolencia afectaba también la forma de vestir, mostrándose medio desnudos y desaseados. «Porquería» y «desidia» son dos términos empleados por Fernández de Cevallos a la hora de caracterizarlos. Su actitud contrastaba con la «aplicación de la gente de Baños, toda laboriosa, dada a la industria que alcanzan y a la continua ocupación en el cultivo de la caña, algunas frutas y raíces que venden en el pueblo de Patate».

En el plano político ambas poblaciones pertenecían al distrito de la Real Audiencia de Quito. Baños poseía un teniente pedáneo para el auxilio de las rentas. Canelos, por su parte, tenía un alcalde anual y un gobernador perpetuo –nombrado por los mismos indios, con el acuerdo del sacerdote misionero–.

La presencia religiosa era escasa, especialmente en el caso de Canelos²¹. Hecho que parecía deberse a la mala elección de los misioneros que se destinaban en la región que, «faltos de vocación y espíritu», solo atendían como predicadores generales, esperando consumir los tres años que debían servir allí. La forma de remediar la situación convergía en implicar a los religiosos con la población atendida. Así, en el informe que venimos aludiendo de Fernández de Cevallos, se proponía que no se pagase la pensión que tenían estipulada a aquellos religiosos que no presentaran cada año un padrón. Éste debía contener información puntual con distinción de sexos, matrimonios, muertos, viudas, párvulos, y serviría en años posteriores para los cálculos o cambios en el gobierno. También se contemplaba que el corregidor de Ambato certificara su residencia con informe del teniente de Baños sobre las entradas y salidas de los misioneros para evitar cualquier tipo de malversación en su misión.

En la práctica los misioneros cumplirían funciones de agentes del gobierno teniendo que informar no sólo de sus actuaciones en el terreno espiritual, también de las costumbres y tratos de los indios. Obligaciones que se extendían a las producciones del campo: todo tipo de semillas y frutos que pudieran cultivarse. Esta preocupación manifestada por Fernández de Cevallos por el tema misionero venía motivada por el descuido en que había encontrado esta misión. Desde 1785, la actitud de los religiosos que evangelizaban aquellas poblaciones –Santo Domingo y Palma– había mejorado un poco, pero no lo suficiente, gracias a la

²¹ «...que regularmente se han pasado temporadas de dos y tres años sin que hayan tenido alguna asistencia en los espiritual aquellos neófitos, que así se deben considerar, que se me quejaron muy expresivos, aún a presencia de los mismos reverendos misioneros que me acompañaban, y me lo persuadió el estado de barbaridad en que los hallé, que me causó el más vivo dolor» (Fernández de Cevallos 1790).

particular labor de dos reverendos: fray Sebastián Godoy, que se mantuvo en la zona hasta 1788, y fray Santiago Riofrío, que se quedó tras la marcha del primero, al cargo de las dos poblaciones. Riofrío era considerado «sujeto de virtud, prudencia y juicio», y se encontraba al frente de una escuela donde se enseñaba a leer y rezar y también a escribir. «Formaba iglesia», como se decía en la época, ocupándose de un trabajo doble pero percibiendo solo un salario.

Una tercera persona había sido recomendada por Cevallos: Mariano Villalobos, habitante desde hacía años el pueblo de Canelos ocupado en el laboreo de los canelos. El resultado de su trabajo se traducía en constantes y abundantes acopios de la corteza de estos árboles demostrando que su explotación no era tan difícil como se pensaba. Su mérito aumentaba si se tenía en cuenta la escasa ayuda con la que contaba y los pocos indios que en la práctica podía emplear²². A pesar de que algunos informes cuestionaban su idoneidad para esta tarea²³, los indios eran, finalmente, quienes realizaban los trabajos de acopios. Cualquier proyecto debía contemplar la necesidad de incrementar el número de recolectores y el consiguiente aumento de la población indígena. Para lograrlo se recomendaba atraer a los indios proporcionándoles todo tipo de herramientas y baratijas. Hachas, machetes, cuchillos, cascabeles, agujas, anzuelos, sortijas, espejos, lienzos, y cintas, componían el listado de los objetos que Fernández de Cevallos consideraba un «cebo» seguro para atraer a los indios a las misiones y, por tanto, poder emplearlos en los trabajos de acopio.

Fernández de Cevallos envió junto con su informe varios paquetes de canela. Esta provenía, en pequeña proporción, de los terrenos de la población de Canelos e incluía, en mayor cantidad, de Villano, de Guito y de Capotaza. Junto a ellos también incluyó un paquete de canela que llevaba más de un año recogida y que había mantenido sobre una mesa, presentándolo como ejemplo de las buenas propiedades, que se mantenían, de la canela. El tema de la identificación de la verdadera canela parecía quedar de lado, al considerarse únicamente diferenciar entre dos tipos, «buena» y «mala», atendiendo a la glutinosidad o baba que presen-

²² Menos de una veintena de indios de Canelos, como ya señalamos anteriormente.

²³ El beneficio de los canelos silvestres, necesario para conseguir un producto análogo al de Ceilán, implicaba numerosa mano de obra que no podía obtenerse de la población autóctona: por ser los montes de aquellas regiones «sumamente cálidos, la naturaleza de los indios es contraria a ellos y a propósito para los negros, los cuales son muy escasos por el estudio con que los escasean por encarecerlos los asentistas» (Sánchez de Orellana 1778).

tasen. Más atención se daba a la cuestión de la siembra, para lo que se aconsejaba desmontar los bosques y aclararlos para el buen crecimiento de las plantas²⁴.

EL DESENLACE

La propuesta de Fernández de Cevallos fue muy bien recibida por Juan Antonio Mon. A principios de 1791 el presidente de la Real Audiencia remitía el material recibido, junto con su positiva valoración, al ministro Antonio Porlier²⁵. Mon estaba convencido de la existencia de muchos árboles de canela en la región aunque no con tanta abundancia como se había venido proclamando. Admitía, igualmente, que los había de mejor y peor calidad, incluso *ínfima*, pero estaba convencido de la idoneidad del territorio para su cultivo y, por consiguiente, su propagación tenía fundamento. El establecimiento de poblaciones parecía consolidarse como la propuesta más deseada, ya que ello permitiría desarrollar nuevos cultivos para abastecer a los que trabajaban en la apertura de la ruta y en los acopios. El proyecto requería financiación y para obtenerla el presidente Mon había pensado en el establecimiento de una lotería similar a la que se celebraba en Nueva España desde 1770. Administrativamente, el proyecto se vinculaba a la creación de un corregimiento en la demarcación de Ambato, al frente del cual se pensaba poner a Fernández de Cevallos.

Desde la Península se dio buena acogida al informe pero también se continuaron apoyando los trabajos privados que ya estaban en marcha con Mariano Villalobos, Juan José Boniche, Francisco Javier Sánchez de la Flor y Antonio Pastor. A partir de estos momentos se entrará en una dinámica de enfrentamiento entre este grupo –identificado con el cultivo particular de la canela– y Fernández de Cevallos –que representaba la opción alternativa a cargo del Estado–. Así, mientras este último informaba de los poco adelantados que iban los trabajos de los

²⁴ La aparente confianza en la similitud de aquella canela con la Ceilán quedaba en contradicho cuando el propio Fernández de Cevallos proponía la manera de conseguir la canela «fina» de oriente, que comerciaban los holandeses. Tarea que se presentaba ciertamente difícil, pues los holandeses tenían controlados todos las posibles vías de salida de su canela. Una opción que se barajó fue la de los españoles que frecuentaban Batavia. La capital de los dominios holandeses de Malasia, situada en el norte de la isla de Java estaba constituyendo a lo largo del siglo XVIII un floreciente y activo foco de comercio con una oferta amplísima además de la canela.

²⁵ (Mon 1790, Mon 1791). Antonio Porlier se había ocupado de las cuestiones de Gracia y Justicia de la Secretaría de Indias, tras la reestructuración de la administración de Indias que se había hecho a la muerte de José de Gálvez en 1787. En 1790, tras la desaparición de la Secretaría de Indias, Porlier se convirtió en ministro de Gracia y Justicia.

primeros, éstos insistían en la conveniencia de su *modelo*, que era mucho más económico para el real erario. A finales de 1792 Fernández de Cevallos señalaba que apenas se había hecho nada en cuanto al adelanto de los trabajos (Fernández de Cevallos 1792). En marzo de 1793, desde la península se instaba a verificar los trabajos del equipo de Villalobos, amenazando con trasladar todas las competencias a Fernández de Cevallos²⁶. En otoño de 1793, desde la corona se insistía en el envío de remesas de canela desde América hacia la península (Muñoz de Guzmán 1793), constatando el propio Fernández de Cevallos el mínimo adelantamiento en los acopios (Fernández de Cevallos 1793).

Boniche, Sánchez de la Flor y Pastor admitieron que se crease el corregimiento de Ambato, lo que suponía que Canelos quedara desmembrado del gobierno de Quijos, proponiéndose el propio Pastor para ocupar el cargo de corregidor y asegurando la contribución de este último a los gastos de la empresa. Finalmente, las opciones de Fernández de Cevallos se desvanecían frente a esta propuesta que aseguraba una mejor financiación y, en noviembre de 1794, Antonio Pastor era nombrado corregidor²⁷. Luis Muñoz de Guzmán instaba a Pastor para que contara con el auxilio de Fernández de Cevallos e informara de todos sus trabajos a José Celestino Mutis, director de la Real Expedición Botánica, que se encontraba en Santa Fé donde había hecho grandes adelantos sobre la canela de aquella región (Frías Núñez 1993, p. 231-244). En 1794 la compañía de Boniche y Sánchez de la Flor había conseguido la exención tributaria además de hacerse con el corregimiento de Ambato. No obstante, el presidente Muñoz de Guzmán seguía pensando en una gran empresa que permitiera suplir las remesas de canela que llegaban de Ceilán (Muñoz de Guzmán 1794 en Rumazo p. 244-246). Proyecto de la monarquía española que finalmente, al igual que otros similares planteados para el territorio americano, no llegaría a tener lugar. El conglomerado de intereses políticos, económicos y científicos y el complejo entramado administrativo iban a ser los grandes impedimentos. Terminaba el siglo XVIII, momento en el que el imperio español comenzaba a firmar el finiquito. La «canela americana» parecía quedar olvidada en los círculos científicos del siglo XIX, ocupando prácticamente una situación testimonial. En el caso español, encontramos, por ejemplo, en el *Tratado* de Antonio Malla, una selección de las «canelas verdaderas que pertenecen a la familia de las *Laurineas*» destacando las más importantes en el comercio: la de Ceilán, China y Sumatra, junto a la canela Mate y la de la Cayena. En el caso de ésta última se manejaban dos especies de corteza. Una

²⁶ *Real Orden*. Aranjuez: Archivo Real Jardín Botánico, 30 de marzo de 1793.

²⁷ *Auto de nombramiento de Corregidor de Ambato a don Antonio Pastor*, Quito, Archivo Real Jardín Botánico, III, Correspondencia, 356 de noviembre de 1794.

era más delgada, de tonalidades rubias, de olor y sabor similar a la de Ceilán pero de tubos más cortos, no uniformes y del grosor aproximado de un dedo. La otra variedad, más gruesa, era de tono rojizo y fibrosa. Pero tanto una como otra eran variedades procedentes del canelero de Ceilá (Mallo y Sánchez p. 382 ss.). La «canela americana» había pasado a ser otro cuento inacabado de la historia de España allende los mares.

BIBLIOGRAFÍA

- Cabrero Fernández, L.: *Antonio Pigafetta, Primer viaje alrededor del mundo*. Madrid: Dastin, 2002.
- Fernández de Cevallos, Pedro Fernández: *Informe de Pedro Fernández de Cevallos a José Diguja, presidente de la Real Audiencia de Quito, Ambato*, 7 de febrero de 1776, Madrid: Archivo del Real Jardín Botánico, División III, Correspondencia, doc 35, 7 de febrero de 1776,
- Pedro Fernández: *Informe de Pedro Fernández de Cevallos a Nicolás Vélez de Guevara y Suescum, Ambato* Madrid: Archivo del Real Jardín Botánico, 29 de Abril de 1777.
 - *Papel o Proyecto sobre la apertura del camino de Canelos, puesto al Sr. Presidente Regente y Visitador Don José García de León y Pizarro. Quito*. Madrid: Archivo del Real Jardín Botánico, III, Correspondencia, 35, 19 de junio de 1779.
 - *Oficio de Pedro Fernández de Cevallos a Antonio Fernández de Juárez y respuesta de Antonio Fernández de Juárez a Pedro Fernández de Cevallos*, las dos en Ambato, Archivo del Real Jardín Botánico, Correspondencia, 35, 4 de marzo de 1780.
 - *Informe de Pedro Fernández de Cevallos, Ambato* Madrid: Archivo del Real Jardín Botánico, III, Correspondencia, 35, 5 de Diciembre 1790.
 - *Informe de Pedro Fernández de Cevallos al Presidente Luis Muñoz de Guzmán*. Ambato, Correspondencia, 35, 23 de septiembre de 1792.
 - *Informe de Pedro Fernández de Cevallos, Ambato*, Correspondencia, 35, 15 de octubre de 1793.
- Fernández Juárez, Antonio: *Diario y cálculo del camino de Baños a Canelos*. Modo de su apertura y navegación del río Pastaza, hecha el año de 1780 por don Antonio Fernández Juárez, subteniente de la compañía veterana de infantería de Guayaquil, comisionado en Junta General de Tribunales de Quito. Guayaquil, 22 de octubre de 1790, ARJB, Correspondencia, 35.
- Fernández de Oviedo, G. (1535): *Historia general y natural de las Indias*; libro IX, cap. XXXI; en *Biblioteca de Autores Españoles (B.A.E.)*, Madrid: Atlas, tomo CXVII, p. 301.
- Frías Núñez, M. (1993): *Tras el Dorado Vegetal. José Celestino Mutis y la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada (1783-1808)*. Sevilla: Diputación Provincial, 196-206.
- Frías, M. y Galera, A.: *Pedro Fernández de Cevallos. La ruta de la canela americana*, Madrid: Editorial Dastin, 2002.

- García de León y Pizarro, Josef: *Decreto de García de León*. Quito: Archivo del Real Jardín Botánico, Correspondencia, 35, 12 de enero de 1780.
- *Oficio de Josef García de León y Pizarro al Señor Don Pedro Cevallos*, Quito. Madrid: Archivo del Real Jardín Botánico, III, Correspondencia, 35, 18 de enero de 1780.
- González Ebía, Francisco: *Informe al señor don Nicolás Vélez de Guevara y Suescum de orden del Excmo. Señor Virrey, en el año de setenta y siete, sobre la canela que remitió a aquel Superior Gobierno don Francisco González Ebía*. Santa Fe: Francisco Antonio Moreno y Escandón, Archivo del Real Jardín Botánico, III, Correspondencia, 35. 19 de febrero de 1777.
- Heródoto: *Historia*. lib.III. Madrid: Gredos, 1979.
- Lafuente, A. y Mazuecos, A. *Los caballeros del punto fijo. Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispano-francesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*. Barcelona: Serbal/CSIC, 1987.
- Lecky, W. E. H.: *A History of England in the Eighteenth Century*. Vol I, III. Londres: Longmans, Green and Co, 1878.
- López de Gómara, F.: *Historia general de las Indias*, Zaragoza. vol. 2, 1552 La cita por la edición publicada en 1922 por Madrid: Espasa Calpe, 73.
- López de Velasco, Juan: *Geografía y descripción universal de las Indias*; Madrid, Atlas, B.A.E., tomo CCXLVIII, 1971.
- Lucena Giraldo, Manuel: *Laboratorio tropical. La expedición de límites al Orinoco 1750-1757*, Caracas: Monte Ávila Editores-CSIC, 1991.
- «La delimitación hispano-portuguesa y la frontera regional quiteña, 1777-1804», *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, 4, I Semestre, (1993): 21-39.
- Mon, Juan Antonio: *Oficio de Juan Antonio Mon a Pedro Fernández de Cevallos*, Quito, 15 de diciembre de 1790.
- *Oficio de Juan Antonio Mon al secretario de Estado Antonio Porlier*, Quito, Madrid: Archivo del Real Jardín Botánico, III, Correspondencia, 35, 18 de enero de de 1791,
- Monardes, N. (1574): *Primera y segunda y tercera partes de la Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales*, Sevilla. Cita por la edición de Denot, E. y N. Satanowsky. *N. Monardes. Herbolaria de Indias*. México: Turner, 1990.
- Moreno y Escandón, Francisco Antonio: *Informe al señor don Nicolás Vélez de Guevara y Suescum de orden del Excmo. Señor Virrey, en el año de setenta y siete, sobre la canela que remitió a aquel Superior Gobierno don Francisco González Ebía.*, Santa Fe, Archivo del Real Jardín Botánico, III, Correspondencia, 35. 19 de febrero de 1777.
- Muñoz de Guzmán Luis: *Oficio de Luis Muñoz de Guzmán a Pedro Fernández de Cevallos*, Quito, Correspondencia, 35, 7 de octubre de 1793.
- *Oficio de Luis Muñoz de Guzmán al ministro Eugenio Llaguano*, Quito: AGI, Sección: Audiencia de Quito, lg. 40, 21 de noviembre de 1794.
- Paladines, Carlos: «La conformación del estado-nacional desde la perspectiva del pensamiento ilustrado y romántico ecuatoriano» *Procesos, revista ecuatoriana de historia* 6 (1994): 74.
- Puerto Sarmiento, F. J.: *Ciencia de Cámara. Casimiro Gómez Ortega (1741-1818) el científico cortesano*. Madrid: CSIC, 1992.

- Ramírez Martín, S. M. «El camino de Malbucho». *Actas del VI Congreso Internacional de Caminería hispánica*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Consumo, (2004): 369-388.
- Ramos, L. J (ed.): *Jorge Juan Santacilia y Antonio de Ulloa «Noticias secretas de América»*. Madrid: Historia 16, 1991.
- Ramos Pérez, D.: *El tratado de Límites de 1750 y la expedición de Iturriaga al Orinoco*. Madrid: CSIC, 1946.
- Rumazo, J.: *Documentos para la historia de la audiencia de Quito*, Madrid: Afrodisio Aguado, S. A., t. VIII, (1950): 396-555.
- Saumell Lladó, Andrés (ed.): *Antonio de Ulloa. Viaje a la América meridional*. Madrid: Historia 16, vol. 1, 1990.
- Sánchez de Orellana, Jacinto: *Informe de Jacinto Sánchez de Orellana a la Real Sociedad Económica Matritense sobre el cultivo de una raicilla tintórea y la canela del reino del Perú*. Madrid: Biblioteca de Palacio, papeles varios, vol. V, 2512, doc. 24. 7 de Marzo de 1778.
- Ulloa, Juan, J. y A.: *Relacion Historica del Viage a la America Meridional*. Madrid. Impreso de Orden del Rey Nuestro Señor. Por Antonio Marín. Año MDCCXLVIII. Parte I. Pag XI. Parte I. Pag XIII. Parte I. Libro VI. Cap. VIII. (1748): 242-245.



SUSANA MARÍA RAMÍREZ MARTÍN¹

Universidad Carlos III de Madrid - smrmarti@bib.uc3m.es

Artículo recibido: 21/01/2011 - aceptado: 02/02/2011

DE FILADELFIA A CARACAS: EL MOVIMIENTO DE LAS IDEAS SOBRE FIEBRE AMARILLA EN 1800

RESUMEN

Las epidemias de fiebre amarilla causaban terror, destrucción de la economía y muchas muertes. Los médicos de Caracas ven en los de Filadelfia el referente de conocimientos científicos y médicos para luchar contra estas epidemias. Este trabajo presenta la llegada del libro del doctor Benjamín Rush a Caracas, el impacto que tienen sus ideas médicas sobre la fiebre amarilla en el doctor José Domingo Díaz y la necesidad de difundir ese conocimiento en el ámbito hispano traduciendo esta obra.

PALABRAS CLAVE: Benjamín Rush, José Domingo Díaz, Filadelfia, Caracas, Fiebre amarilla.

ABSTRACT

«From Philadelphia to Caracas: the movement of ideas about yellow fever in 1800». Yellow fever epidemics caused horror, destruction of the economy and many deaths. Doctors from Caracas found in their Philadelphia colleagues the scientific and medical references to fight these epidemics. This work presents the arrival of the book by MD Benjamin Rush in Caracas, the impact of his medical ideas about yellow fever in MD José Domingo Díaz, and the need to divulgate that work within the Hispanic milieu with a translation.

KEY WORDS: Benjamín Rush, José Domingo Díaz, Filadelfia, Caracas, Yellow Fever

A lo largo de la época colonial se dio un movimiento de ideas científicas desde Norteamérica a la América Hispana y viceversa. El estudio² se estructura en tres

¹ Susana María RAMÍREZ MARTÍN es doctora en Historia de América por la Universidad Complutense de Madrid y profesora asociada del Departamento de Biblioteconomía y Documentación de la Universidad Carlos III de Madrid.

² Este artículo se enmarca dentro del proyecto «Los espacios públicos de saber en el siglo XIX: Proyectos y discursos para la construcción de la sociedad liberal» [HAR2009-12418/HIST, MICINN] y del

partes claramente definidas. La primera analiza la elaboración del libro en lengua inglesa; analiza el proceso de creación de este libro médico, las causas que le motivaron y su autor, Benjamín Rush. La segunda analiza la llegada del libro de Rush a Caracas y el impacto que provoca en las ideas científicas sobre la fiebre amarilla en este territorio; la personalidad científica del traductor del libro. La tercera analiza la difusión de la traducción de la obra de Rush y la difusión de su saber médico entre los médicos hispanos, tanto peninsulares como ultramarinos.

1. DE FILADELFIA: EL LIBRO EN LENGUA INGLESA

1.1. *El autor: Benjamín Rush*³

Benjamín Rush⁴ está considerado como el «padre de la medicina norteamericana» además de ser «uno de los médicos más populares y conocidos de su tiempo» (Barton p. 8 y 68).

Benjamín es el cuarto de los siete hijos de John y Susana Rush. Nació en una pequeña granja de la colonia de Filadelfia el 24 de diciembre de 1745⁵. El 26 de julio de 1751, cuando Benjamín tenía seis años, su padre murió. Toda la familia se va a la ciudad de Filadelfia. La madre, ante la imposibilidad de cuidar de todos los hijos, lo envió a Nottingham (Maryland) con un tío, el reverendo Samuel Finley. De 1760 a 1766 estudió medicina en el Colegio de Filadelfia. Recibió una formación académica muy buena, de la mano del doctor John Redman (1722-1808) y del doctor John Morgan (1735-1789).

El 31 de agosto de 1766 se embarca desde Filadelfia con dirección a Escocia. Llega en noviembre con el fin de estudiar la carrera de medicina en la Universidad de Edimburgo. En junio de 1768, se gradúa como doctor en Edimburgo. Después de doctorarse en medicina, se traslada a Londres. Allí trabaja en los

proyecto Consolider «Circumnavigation Expedition Malaspina 2010: Global Change and Biodiversity Exploration of the Global Ocean» [CSD008-00077, MICINN].

³ Para elaborar la biografía del autor, he tomado como referencia la obra de David Barton (p. 9-35).

⁴ Benjamín Rush es «una figura controvertida a quién se acusa de graves errores terapéuticos, a pesar de lo cual tuvo gran influencia en el acontecer médico de su tiempo y es reconocido como el padre de la Cirugía Estadounidense» (Febres Cordero p. 449).

⁵ En algunas publicaciones aparece como fecha de nacimiento el día 4 de enero de 1746. Las dos fechas son exactas. El 24 de diciembre de 1745, en el calendario gregoriano, corresponde al día 14 de enero de 1746.

hospitales londinenses hasta mayo del año siguiente. De regreso a Norteamérica, el doctor Rush, en compañía de Benjamín Franklin, pasa por Francia para entrar en contacto con los últimos avances médicos.

Regresa a Filadelfia en julio de 1769. Ya en su Filadelfia natal, se inicia en la práctica médica. En el nuevo curso escolar, se le elige como profesor de química en el Colegio de Medicina de Filadelfia. Ese mismo año es nombrado miembro de la Sociedad Americana de Filosofía.

El 11 de enero de 1776, se casa con Julia Stockton en la ciudad de Princeton. Poco tiempo después, comienza a trabajar *como uno de los padres fundadores de la patria* (Brodsky p. 136). El 18 de febrero de ese año, es elegido para formar parte del Comité de Inspección y Observación de Filadelfia. En junio de ese mismo año es miembro del Congreso Provincial de Pennsylvania. El 5 de julio es elegido como delegado para asistir al Congreso Continental y el 2 de agosto de 1776 firma la declaración de Independencia. Con esta declaración se inicia la guerra contra el Reino Unido y el doctor Rush participa en ella como médico en el ejército de George Washington. Esta nueva situación le hace preocuparse por la salud de los soldados. El ejército norteamericano soportó con éxito la campaña bélica gracias a la «*sistematización de la organización y el conocimiento de la gestión del departamento médico*» (Brodsky p. 173) en el que el doctor Rush participó activamente. En 1778, su experiencia y sus investigaciones le sirven para elaborar una publicación con el título *Directions for Preserving the Health of Soldiers* (Barton p. 23).

Terminada la guerra, el 21 de junio de 1778, Rush y su familia regresan a Filadelfia. Es el momento de volver a la vida cotidiana como médico civil, trabajando en el Hospital de la ciudad con un sueldo de 900 libras (Brodsky p. 102). A partir de 1780 comienza a alternar la práctica médica hospitalaria con la medicina académica en la Universidad del Estado de Pennsylvania. En octubre de 1782, la buena estrella de Rush sigue en ascenso cuando el Estado le elige para formar parte de la Asamblea de los Republicanos. A partir de esta elección, sin querer, el doctor Rush vuelve a la política activa. En noviembre de ese mismo año, Rush es uno de los nueve firmantes de la petición de Independencia⁶.

Con la paz, Filadelfia se sumerge en una etapa de prosperidad económica. El doctor Rush, su esposa y sus hijos se establecen en esta ciudad, en la casa que

⁶ «El Tratado de Paz se firma en París el 30 de noviembre de 1782 y el Congreso de la Unión ratifica este tratado el 19 de abril de 1783» (Brodsky p. 271).

la familia Rush tenía en la *calle del arco* de esa ciudad (Brodsky p. 81). Es un período muy fructífero desde el punto de vista profesional y personal. En enero de 1787, funda el colegio de médicos de la ciudad de Filadelfia. En diciembre de ese mismo año, fue uno de los que ratificaron la Convención del Estado⁷.

Como culmen de esta labor asistencial, en 1789 es nombrado profesor de teoría y práctica médica en el Colegio de Medicina de Filadelfia. Desde su puesto como profesor, se dedica a la institucionalización de la medicina en el recién nacido Estado. Se encarga de la reorganización del Colegio de Medicina de Filadelfia y de la Universidad del Estado de Pennsylvania. A partir de ese momento, el doctor Rush cada vez se dedica más a la política. Participa activamente en la administración de los presidentes Thomas Jefferson (1801-1809) y James Madison (1809-1817).

En 1793, el doctor Rush publica el *Plan of a Peace-Office for the United States*. Poco le dura al médico la serenidad. En el verano de ese año se desencadena una epidemia de fiebre amarilla en la ciudad de Filadelfia (Brodsky p. 323). La epidemia de fiebre amarilla no es la única, pero sí es de las más importantes. *Los viejos cuáqueros la denominaron la divina venganza para los hijos que habían abandonado la patria* (Brodsky p. 323). En lo personal, Rush pasa por malos momentos. Está solo. Para evitar el contagio, su mujer y sus nueve hijos⁸ abandonan la ciudad y se trasladan a Morven (Brodsky p. 324) con el fin de que no les afecte la epidemia de lleno. Además tienen mucho trabajo. La epidemia es «altamente contagiosa y mortal. Entre el 8 y el 15 de septiembre de 1793 es la semana en la que la epidemia está en su momento más álgido. Se contagiaron entre 100 y 120 pacientes al día y mueren entre 20 y 30 de los contagiados». Como consecuencia de esta epidemia, además de fallecer tres de sus ayudantes y muchos amigos, muere su hermana Rebeca⁹. El 12 de noviembre del año de la fiebre amarilla toda la familia se reencuentra de nuevo en Filadelfia.

La epidemia de fiebre amarilla volvió a manifestarse al año siguiente. Ante el temor de que tuviese los mismos efectos que en el año anterior, el doctor Rush publica un libro en el que intenta sistematizar el conocimiento sobre esta enfer-

⁷ «El doctor Rush alcanza el culmen como médico práctico al mismo tiempo que la nueva nación se crea» (Brodsky p. 259).

⁸ Del matrimonio del doctor Rush con Julia nacieron trece hijos. Cuatro de ellos murieron durante la infancia.

⁹ Rebeca fallece en la primera semana de octubre de 1793 (Cf. Brodsky p. 329).

medad y describe con mucha precisión los síntomas y tratamientos. El libro que se publica en 1794, se titula *An Account of the Bilious Remitting Yellow Fever*.

En 1796, por su buena actuación y por su reconocimiento personal y profesional, asume por obligación la cátedra de Teoría y Práctica de la medicina en la Universidad de Pennsylvania. manteniéndose en este puesto hasta el año 1805. Ese mismo año, se desencadena una nueva epidemia de fiebre amarilla. No es tan mortal como la del año 93, pero el doctor Rush pierde en ella a su hermana Raquel y a su madre (Brodsky p. 332). El dolor de esta pérdida provoca un distanciamiento de la medicina práctica. El 27 de noviembre de 1797, el presidente John Adams le elige como Tesorero de la Hacienda Pública de la Unión con un sueldo de 1.200 dólares. El doctor Rush comenzó su pleito contra las difamaciones que había creado William Cobbett. Este médico critica la terapéutica utilizada por Rush. Finalmente todo se terminó en diciembre de 1799. Este enfrentamiento profesional se plasma en una obra titulada *A report o fan action for a livel, reovour of Dr. Benjamin Rush against William Cobbett. In the Supreme Court of Pennsylvania, December term 1799, for certain defamatory publications in a news-paper, entitled Percupine's Gazette, of which the said*, que fue publicado por Cobbett en Filadelfia en 1800.

El doctor Rush no fue un médico progresista, sino un sanitario de su tiempo. Era un humanista con una gran dimensión pedagógica y ante la desgracia, tanto ajena como propia, se refugia en la religión. Dejó una treintena de libros e innumerables artículos de revista¹⁰ sobre temas médicos. Con el nuevo siglo, el doctor Rush abandona la vida activa y se dedica a la reflexión. Comienza sus memorias y es solicitado para dar conferencias en numerosas asociaciones tanto científicas, como teológicas y filosóficas. En 1801, dicta una conferencia que analiza la situación de la medicina en ese momento, que se titula *Los vicios y virtudes de los médicos*. Tanto el rey de Prusia (1805) como la reina de Etruria (1807) y el emperador de Rusia (1811) le reconocen y premian su vida profesional.

La enfermedad mental de uno de sus hermanos le motivó a preocuparse por los temas de carácter psicológico. En los últimos años de su vida ayuda a fundar la Sociedad Bíblica de Filadelfia (1808) y favorece la reconciliación entre John Adams y Thomas Jefferson.

¹⁰ El doctor Rush publica en la Gazette of the United Status, en Porcupine's Gazette, que se imprimía en Nueva York y en American Daily Advertiser (Brodsky p. 338).

Desde 1811 su salud comenzó a quebrarse. Sufrió «constantes ataques de tos» (Brodsky p. 363) que no impidieron que siguiera trabajando hasta marzo de 1813, pero el severo invierno agravó el cuadro clínico que padecía y en la tarde del lunes 19 de abril de 1813 el doctor Rush murió a los 68 años de edad. Su mujer, Julia, le sobrevivirá treinta y cinco años.

1.2. *El contenido de la obra: la epidemia de fiebre amarilla de Filadelfia en 1793*

La epidemia de fiebre amarilla de 1793 fue espantosa y los ciudadanos de Filadelfia estaban aterrados¹¹. La plaga irrumpió cuando nadie la esperaba y afectó ferozmente a toda la ciudad. Miles de personas fueron víctimas de ello. Con la llegada del brote, Rush empezó a buscar fuentes escritas con el fin de aprender las pautas de la asistencia a los enfermos y solamente encontró un trabajo suyo que había escrito en 1762, mientras que era estudiante (Cf. Barton p. 81). Pero la realidad superaba los registros anteriores. La epidemia afectó con mayor intensidad a la población infantil. Muchos médicos y sus pacientes, presos del pánico, abandonaban la ciudad. La mortalidad como consecuencia de la fiebre amarilla se sitúa en torno a las 6.000 personas (Barton p. 83). En la última semana de octubre, el doctor Rush escribe a su esposa comunicándole el fallecimiento de su hermana Rebeca y cuantifica los muertos durante esta epidemia en 4.044 personas, un 10 % de la población (Brodsky p. 332).

El doctor Rush defiende la sangría¹², como práctica para remediar los efectos del contagio. «Esa práctica le valió el apodo de doctor Vampiro» (Brodsky p. 323). Inmediatamente surgieron los críticos¹³, pero el tiempo reconoció su actuación. El doctor Rush deja constancia de esa epidemia en una publicación titulada *An Account of the Bilious Remitting Yellow Fever, as it Appeared in the city of Philadelphia in the year 1793*, publicada en 1794 y traducida al castellano en 1804.

¹¹ Sobre la actividad médica de Rush en esta epidemia de 1793, (véase Eisenberg p. 552-555).

¹² Sobre las sangrías y la purga como terapia para mitigar los efectos de la fiebre amarilla, véase el artículo de Kopperman (p. 539-574). http://muse.jhu.edu/journals/bulletin_of_the_history_of_medicine/v078/78.3kopperman.html [Consultado en diciembre de 2010].

¹³ «En los primeros momentos de la epidemia, muchos médicos que criticaban a Rush por el uso excesivo de la purga y de la sangría, poco a poco, fueron valorando sus remedios como adecuados» (Brodsky p. 331).

2. A CARACAS: EL LIBRO EN CASTELLANO

2.1. *La fiebre amarilla en el Caracas colonial*

Desde la creación del Virreinato neogranadino a mediados del siglo XVIII, la región de Caracas se había consolidado en importancia económica y estrategia política dentro de la Nueva Granada. En 1777, se la designa Capitanía General. En 1786, se establece en Caracas la Real Audiencia. La consolidación económica llega en 1793 con la creación del Real Consulado. Se complementa la identidad regional con la erección en Caracas de la silla arzobispal en 1804. Esta singularización otorgaba a la capital de la Provincia de Venezuela un estatus considerable en los inicios del siglo XIX.

Con esta organización política también se intenta estructurar una organización sanitaria. El territorio venezolano estaba expuesto a las enfermedades epidémicas. El puerto de La Guaira será el agente de contagio. Los barcos, además de venir cargados de mercancías, traían virus que se propagaban rápidamente entre la población. De este modo llegó la fiebre amarilla al territorio caraqueño, que desarrolló la epidemia de fiebre amarilla que duró más de veinte años: de 1782 a 1802.

Se pone fin en 1802 porque en ese año se crea el cargo de médico de la ciudad, que se encargaría de la policía sanitaria. Las funciones de este cargo son muy claras. Primera, atender gratuitamente a los enfermos pobres de solemnidad, a los enfermos de la Casa de la Misericordia, y a todo los que estuviesen internos en hospitales como consecuencia de sufrir enfermedades contagiosas. Segunda, al médico se le autorizaba a entrar en las casas donde se padezcan enfermedades epidémicas, a través del derecho de policía sanitaria. Tercero, tenía como principal ocupación la lucha contra las epidemias. Cuarto, trimestralmente tenía que elaborar y entregar a las autoridades políticas un informe del estado sanitario de la ciudad.

2.2. *El traductor: José Domingo Díaz*

José Domingo Díaz nació en 1772 en Caracas. Sus progenitores, de los que nada se sabe, le abandonaron en el hospicio de la ciudad. Fue adoptado por dos hermanos, sacerdotes caraqueños, Domingo y Juan Antonio Díaz Argote, quienes

le dieron su apellido y una amplísima cultura. En la sociedad colonial, la naturaleza de expósito condicionaba el ascenso social¹⁴, el desarrollo profesional y la aversión de sus colegas contemporáneos, que subestimaron sus actitudes y sus aptitudes. José Domingo logró superar y trascender esta realidad y aprovechó las oportunidades que la vida le ofrecía.

No sabemos con certeza su origen, ni su color de piel¹⁵. Juan Vicente González le describe con estas palabras: *«era alto y flaco, de rostro largo y enjuto, huesudo, de ojos verdosos, inquieto, de una actividad turbulenta y febril»*. Y un autor anónimo en la Gaceta de Caracas le describe macilento, cara aplomada, ojos azules... (Archila p. 6). Por esta imagen deducimos que José Domingo tenía ascendientes peninsulares, no era mestizo.

Los sacerdotes que le adoptaron le facilitaron siempre la posibilidad del estudio reglado. Su familia adoptiva le procuró el ingreso en la Universidad de Caracas. Con trece años, en 1785, comienza los estudios de Filosofía en la Universidad de Caracas. En 1788, inició sus estudios de Medicina. En 1794 se licencia como médico y se presenta al examen del Tribunal del Protomedicato el día 7 de noviembre de 1794 para poder ejercer libremente la medicina. Culmina su carrera académica el 12 de abril de 1795, día en el que se gradúa como doctor en medicina, cuando tenía 23 años de edad. Además de una magnífica formación, tenemos que valorar su vocación, su espíritu científico y su sensibilidad social.

Nada más doctorarse y ser examinado por el Protomedicato, el doctor Díaz descubre y ensaya un tratamiento contra la lepra en el Hospital de San Lázaro. El Cabildo lo nombra médico único de la Casa de Misericordia de la ciudad de Caracas. Ante la constante amenaza de invasión inglesa, es nombrado primer médico de los hospitales de campaña.

En 1797, es el médico interino de los hospitales de Caridad de San Pablo, del Militar y de San Lázaro. En 1800, desempeñó la Fiscalía del Protomedicato. Pero no sólo se formó, sino que se le permitió la concesión de los títulos menores (bachiller) y mayores (licenciado y doctor). Esto supone que junto con la formación académica tenía una situación económica solvente que financiaba estos títulos. Fue uno de los primeros expósitos al que se concedió esta gracia, al menos en la

¹⁴ El doctor Díaz sufrió una de sus mayores ofensas en la Gazeta de Caracas el día 15 de noviembre de 1813. Ese día, en una carta de autor anónimo, se afirma que José Domingo era hijo natural del curandero Juan José Castro, más conocido como Juancho Castro, de dudosa cualificación.

¹⁵ Algunos autores afirman que José Domingo era mulato (Briceño-Iragorri p. 188).

carrera de Medicina. Durante sus estudios fue discípulo de Felipe Tamariz. Todos sus profesores valoraron muy positivamente su trabajo y su aprovechamiento¹⁶. José Domingo Díaz fue el primer médico de la ciudad de Caracas. El 26 de agosto de 1802, este puesto fue creado con el fin de cubrir las necesidades de asistencia de sanidad pública en la ciudad (Febres Cordero p. 430).

Además de ser un eminente médico, en el inicio del siglo XIX, formaba parte de la intelectualidad caraqueña. El doctor Díaz era uno de los incondicionales en las tertulias literarias de los hermanos Ustáriz. Su afición a la literatura¹⁷ es criticada burlonamente por sus compañeros de profesión; Vicente Salías fue su mayor crítico. Ejemplo de eso es su obra titulada *La Medicomaquia* (Briceño-Iragorry p. 175). Conoce los idiomas inglés y francés. Además de gustar de las letras, disfrutaba con la música. Hombre culto y cultivado tanto de las artes como de las ciencias. Era un trabajador incansable. Además de formarse profesionalmente, José Domingo no descuidó su formación artística y espiritual.

Su gran mentor fue el Capitán General Manuel de Guevara Vasconcelos. José Domingo Díaz estuvo agradecido a este gobernador hasta su muerte¹⁸.

Además de ser su salvoconducto en la Colonia, también será su mentor en la Metrópoli. Vasconcelos se encargará de presentar a Díaz en la Península. El motivo es el envío para la publicación en la imprenta real de la traducción de la obra de Benjamín Rush.

Cuando el Consejo de Indias recibe la obra enviada por Vasconcelos, el Consejo la remite a la Academia para que esta institución médica dictamine acerca de la publicación de la traducción realizada por el doctor Díaz. El Vicepresidente de la Academia de la Medicina pide un informe (Moreno 1803). En 1803, se encargan de elaborarlo los médicos Santiago García y Casimiro Gómez Ortega (García y Gómez Ortega 1803). Ignacio María Ruiz de Luzuriaga remite el informe a Joaquín de Parias (Ruiz 1803).

¹⁶ El doctor Tamariz afirma: «se cuenta entre los catorce estudiantes de la Cátedra de Medicina por uno de los más aprovechados» (Archila p. 10).

¹⁷ Sabemos que publicó dos obras: *Inés* y *Monólogo de Luis XVI*.

¹⁸ «Por desgracia de aquella provincia el Capitán General Don Manuel de Guevara murió precipitadamente en octubre de 1807, con general sentimiento de todos los hombres de bien, y con una criminal alegría de aquellos jóvenes ignorantes y turbulentos que aun insultaron en su tumba sus veneradas cenizas. Su muerte formó la época más calamitosa de Caracas» (Díaz p. 7).

Fue secretario de la Junta de Vacuna de Caracas, que se constituyó el 28 de abril de 1804, después de la llegada de la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna (Febres Cordero p. 379-382). En esta institución, el doctor Díaz desarrolló una actividad incansable y encomiable. José Domingo Díaz y Vicente Salías fueron compañeros en la Universidad caraqueña. Desde sus tiempos estudiantiles compartieron una gran amistad y mucho trabajo. Pero el tiempo y la política olvidaron lo vivido y el odio se sembró entre ellos¹⁹.

En 1805, realizó una estadística sobre la provincia de Caracas. Esta encomienda le permitió conocer profundamente el territorio²⁰. Ese mismo año, solicita el nombramiento de médico de la Real Cámara de Fernando VII, pero no se le concede. Cuando recibe la noticia no se desanima, en 1808 comienza los trámites para ser admitido como socio en la Real Academia (Díaz 1808). Además de un currículum presenta una obra titulada *Historia de la escarlatina anginosa de Venezuela*. Se encargan de evaluar su trabajo los académicos José Mociño y Ramón López Mateos (Mociño y López Mateos 1808).

El 9 de abril de 1808, José Domingo Díaz se embarca en la Guayra rumbo a la Península. Llegó a Bilbao el 26 de mayo de ese mismo año. Inmediatamente se dirige a la capital, donde llega el 1 de junio. En Madrid recuperó la salud que había perdido en la travesía. Durante un viaje a España, José Domingo Díaz se casa en Madrid. Su esposa, María Teresa Torre, pertenece a una familia no cortesana aunque honorable de la capital. Los acontecimientos bélicos cambian los planes de la nueva pareja. Vivieron en esta ciudad hasta el 16 de mayo de 1809, en que huyendo de la invasión de Bonaparte se trasladaron a Sevilla, donde llegaron el 20 de julio²¹. En esta ciudad encontró el apoyo en el Marqués de Casa León que le tenía en gran estima²². La Junta Suprema del Reino le concede por Real Orden el título de Ministro Honorario de la Real Hacienda, pero su situación no mejoró.

¹⁹ «José Domingo Díaz y Vicente Salías estudiaron conjuntamente el arte de curar en la Real y Pontificia Universidad bajo la experta dirección de Tamariz y de nuevo anduvieron juntos cuando se estableció el servicio de vacunación como fruto de la famosa expedición de Balmis» (Briceño-Iragorri p. 174).

²⁰ «Yo fui encargado en 1805 por aquel Gobierno e Intendencia de formar la estadística de la provincia, y a mi disposición estuvieron para ellos todos los archivos de un siglo» (Díaz 1829, p. 4).

²¹ «Huí sin pasaporte y en clase de criado, tres ó cuatro horas antes que la policía francesa estuviese en mi casa solicitándome quizá para fusilarme; y después de haber atravesado a pie y en el espacio de sesenta y cinco días la Alcarria, la provincia de Cuenca, y los reinos de Valencia, Murcia y Granada, llegué a Sevilla el 20 de julio» (Díaz 1829, p. 8).

²² «No es mala la amistad de este magro y mordaz mulato en cuya lengua se deslían con rapidez las mejores reputaciones» (Briceño-Iragorri p. 149).

En ese momento, el doctor Díaz se plantea la vuelta a casa²³. El 22 de marzo de 1810 se embarcan en Cádiz con dirección a la Guaira en la Capitanía General de Caracas, a bordo de la goleta «Favorita»²⁴. El barco llegó al puerto de La Guayra a las tres de la tarde del 26 de abril de 1810.

El matrimonio tuvo cuatro hijos. La primogénita fue una niña que nació en 1812. El segundo fue José María, que nació en julio de 1813. El tercero fue otro niño, que nació en 1814. El cuarto nació en 1818²⁵.

Cuando llega a Caracas, está establecida una República de criollos que le impresionó fuertemente²⁶. El doctor Díaz e con malos ojos la rebelión y se convierte en el más apasionado defensor del bando realista²⁷. Díaz era un hombre agradecido. Esa puede ser la causa de su radicalidad política. El origen de esta gratitud, por un lado, está en el trato recibido del Capitán General Guevara Vasconcelos y, por otro lado, radica en la maravillosa estancia en la Península. *El 30 de abril de 1810 presentó al gobierno que regía Caracas su despacho de Inspector General de los Hospitales de Caracas, que la Junta Central Gubernativa del Reino le había concedido*, pero los gobernantes rebeldes no aceptaron el nombramiento (Díaz 1829, p. 24). Solo se le reconoció este nombramiento el 30 de julio de 1812.

El doctor Díaz fue un lector voraz. Encontró en el periodismo científico una dimensión pedagógica para la formación y la educación de los pueblos. El periodismo era su canal de comunicación rápido y directo. Esa utilización del periodismo se radicaliza cuando pasa de la ciencia a la política. En ese momento se convierte *en un corifeo de la causa realista* (Briceño Iragorry p. 207). Sus

²³ «Me embarqué en la Guayra el 9 de abril de 1808, y llegué a Bilbao el 26 de mayo y a esta capital del reino el 1º de junio. Debí a su clima el total restablecimiento de mi salud perdida, permaneciendo en él hasta el 16 de mayo de 1809» (Díaz 1829, p. 8).

²⁴ Archivo General de Indias, Arribadas, p. 441, nº84.

²⁵ La mitad de sus hijos murieron en América con corta edad. «Me he separado para siempre de mi patria; pero mis recuerdos están en ella. No me es posible olvidar mi pais natal, el pais mas hermoso del universo entero: en donde pasaron las mejores edades de mi vida; y en donde reposan para siempre los restos mortales de la mayor parte de mi familia, de mis amigos y de mis más queridos condiscípulos» (Díaz 1829, p. 406).

²⁶ «Yo no tengo un idioma con que espresar devidamente el asombro que me escito la noticia. El estupor que causa un terremoto no me parece comparable» (Díaz 1829, p. 23).

²⁷ «Una rebelión hecha en los momentos menos esperados, cuando la madre que nos dio el ser necesitaba más de nuestro apoyo en sus desgracias: rebelión baja, degradante, ignominiosa. Una rebelión que iba a sepultarnos en males incalculables, no solo por su insensatez, sino que los hombres que la habían tramado y ejecutado, y por los que gobernaban las provincias: rebelión brutal, estúpida, insensata» (Díaz 1829, p. 24).

contemporáneos le consideran un *libelista de pluma emponzoñada*, (Briceño Iragorry 174).periodista polémico y combativo a sueldo del Capitán General²⁸.

Fundador y redactor único junto con el licenciado Miguel José Sanz de El Semanario de Caracas (1810-1811), al mismo tiempo que dirigió la Gaceta de Caracas desde 1812 hasta 1821, escribió asiduamente en esa publicación²⁹.

Con las interrupciones motivadas por la amenaza de las tropas independentistas, cuando ya el doctor había adoptado una postura abiertamente contraria a dicho movimiento y se había convertido en uno de los máximos defensores de la causa española (González Subías 2004, p. 34-35).

Cuando esta publicación es imbuida de los nuevos tiempos políticos que corren, el doctor Díaz y su amigo Sanz se desmarcan de ella y fundan el Semanario de Caracas.

El doctor Díaz no comprendía la situación que vivía Caracas, ya que al estar fuera del territorio caraqueño, no vivió de primera mano los acontecimientos cruciales que se desarrollaron en la ciudad durante el mes de abril de 1810³⁰. Esta primera República venezolana fracasa. En los inicios de 1812, el ejército realista inicia la reconquista de la ciudad de Caracas, con el fin de que las provincias rebeldes retornen al régimen realista. Díaz ve pronto el fin de la experiencia revolucionaria. Caracas estaba en plena contienda, cuando el 26 de marzo, el jueves santo de 1812 a las cuatro de la tarde tuvo lugar el temblor. El seísmo incrementaba la destrucción de la revuelta³¹. Como consecuencia del terremoto quedan inútiles todos los hospitales caraqueños: el Hospital de San Lázaro resul-

²⁸ «José Domingo Díaz, escritor a sueldo del Capitán General y de quién Heredia dice que se siente como un escritor compulsivo irrefrenable al estilo de los malos imitadores [está poseído del insanable *vulnus scribendi cacoethis*], es invitado a escribir unos sonetos alusivos a la generosidad de Monteverde» (Briceño-Iragorry p. 414-415).

²⁹ «Cuando di principio a la redacción gratuita de la Gaceta de Caracas, periódico que en muchos años que estubo exclusivamente a mi cargo sin el menor interés, no fue una compilación de noticias, sino un medio de presentar al mundo el error y los principios de la rebelión de aquellos países» (Díaz 1829, p. 489).

³⁰ «La Revolución se equivocó con él, no lo pesó en su valor combativo; lo tuvo en poco, y Díaz, amparado en aquellos momentos difíciles para él, con el pobre concepto en que se le tenía, se resignó al papel que se le destinaba, reservando su desquite y su venganza para la hora oportuna. Prácticamente, se vio desairado y hasta despreciado por sus viejos amigos en el nuevo orden de cosas, lo cual se tradujo en un complejo de resentimiento» (Archila p. 8).

³¹ «Las condiciones críticas que la guerra, las ruinas y las migraciones impusieron inmediatamente, contribuirían a la pérdida irremediable de información: archivos destruidos en el colapso de los edificios, saqueos de ambos bandos, la utilización del papel para fogatas que protegieran del frío nocturno en la in-

ta totalmente destruido y *murieron sepultados entre sus cascotes muchos enfermos*³² y el *Hospital de la caridad de San Pablo y el nuevo de San Lázaro quedaron reducidos a escombros* (Altez p. 173).

Desde su vuelta a Caracas, es tal la tensión vivida y la represión que sufre, que se exilia en la isla de Curazao³³. El 3 de agosto de 1813, la familia Díaz tiene que abandonar Caracas por la inminente llegada de las tropas de Simón Bolívar³⁴. Bolívar le intitula como *el enemigo n°1 del Libertador y de la causa emancipadora* (Archila p. 4).

Desde la isla caribeña en la que se exilia, envía cartas a sus compatriotas firmadas por él y fechadas en Curazao³⁵. Estas cartas se publican en *El Telégrafo de Curazao*. El exilio fue largo, duró hasta el día 26 de julio de 1814³⁶. Ese día, los exiliados recibieron una carta del General Boves en la que les decía: *Los rebeldes enemigos de la humanidad han sido derrotados completamente en la Puerta al mando de los titulados Generales Bolívar y Mariño*³⁷. Los Caraqueños, llenos de alegría por la victoria se embarcaron rumbo a la Capitanía General. El viaje no fue bueno, tardaron en llegar a puerto 9 días. Finalmente, después de dar muchas vueltas por el Caribe llegaron a Coro el 4 de agosto de 1814 (Domingo Díaz 1829, p. 178). Recién llegado, es nombrado Secretario del Gobierno de Caracas.

Fue tanto el rencor, que en la primera historia de la medicina de Venezuela ni se le nombra (Vargas). Este olvido no fue casual, sino que se mantiene en la historiografía médica de la recién nacida Venezuela durante todo el siglo XIX. (Archila p. 4-5).

temperie y el uso de cualquier papel, también, para apisonar la pólvora de los arcabuces en los combates, producirán la desaparición de la información que el la actualidad llenaría muchos vacíos» (Altez p. 73).

³² *Gaceta de Caracas*, 20 de mayo de 1816.

³³ «Los godos implacables que están refugiados en Curazao, a cuya cabeza se halla nada menos que el furibundo José Domingo Díaz, y los emigrados europeos que residen en Coro y en La Vela, braman contra la justicia del Regente y le obligan a vivir con precaución, temeroso de ser asesinado» (Briceño-Iragorri p. 438).

³⁴ «Viendo ya nuestra suerte decidida volví a mi casa a las tres para abandonar a mi patria con mi familia, compuesta de una esposa y dos hijos, uno de ellos de catorce días nacido» (Díaz 1829, p. 56-57).

³⁵ Conocemos cuatro cartas publicadas en 1813 (30 de septiembre, 15 de octubre, 30 de octubre, 24 de diciembre) y tres en 1814 (20 de enero, 5 de abril, 4 de julio).

³⁶ «El 12 de julio de 1814 recibimos en Curazao la noticia de la ocupación de Caracas, y todos tratábamos de volver a nuestras casas. Yo me hice a la vela el 18 y el 19 de julio arribamos al puerto, yendonos todos a pique por el mal estado del buque. El 26 volvimos a dar vela» (Domingo Díaz 1829 175).

³⁷ En la posdata de la carta fechada el Valencia el 4 de julio de 1814 afirma: «Esto se halla concluido y puede usted venirse para Puerto Cabello» (Díaz 176).

La imprenta de Caracas, dirigida por Don Vicente Salías, mi condiscípulo, hacía los mayores esfuerzos para conseguir la entera ilusión de aquellos pueblos. Audaz y de conocimientos poco comunes, aquella oficina era un volcán que vomitaba todo cuanto es capaz y propio de las revoluciones; la mentira, la calumnia, la impostura, la perfidia y el charlatanismo. (Domingo Díaz 1829, p. 78-79).

En 1816, al doctor Díaz se le otorga la Cruz de Caballero de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, la primera concedida a un habitante de Caracas. En febrero 1818, la familia Díaz vive de nuevo la huída. A esa situación dramática se une la pérdida del menor de sus hijos, en un tumulto provocado por una avalancha en el puerto de La Guaira, al intentar ponerse a salvo de las tropas independentistas (González Subías 2004, p. 30). Pero resultó ser una falsa alarma, rápidamente las tropas realistas tomaron de nuevo la capital de la Capitanía General, y la familia Díaz, volvió a Caracas sin abandonar el continente.

La familia Díaz completa abandonó definitivamente América el 13 de junio de 1821, aunque la mujer y los tres niños habían salido de Caracas un mes antes y se escondían en la casa de un eclesiástico amigo de la familia³⁸. El viaje por tierra fue dramático. El 11 de julio de 1821, toda la familia se embarca en Puerto Cabello en una fragata de guerra llamada «Ligera», que formaba parte de un convoy de 26 buques cargados de exiliados caraqueños rumbo a la isla de Puerto Rico. En el final del trayecto, el 19 de julio, frente a las costas de La Aguadilla, después de días de penosa navegación, la hija mayor del doctor Díaz muere a los nueve años de edad y su cuerpo quedó en las aguas del Caribe. El 26 de julio desembarcan en Puerto Rico llenos de dolor, al exilio se une la pérdida de su primogénita. Solo cuatro días después inicia otro viaje más largo rumbo a la Península. Por fin llegaron al puerto de Cádiz el 26 de agosto de ese mismo año, después de más de dos meses de penosa navegación.

Durante la travesía, el día 25 de junio de 1821, Fernando VII le confirió el cargo de Intendente de la Real Hacienda de Puerto Rico. Deja a su familia en Madrid y él se embarca para ocupar el puesto asignado. El día 30 de mayo del año siguiente llega a la isla de Puerto Rico y se encarga de la Intendencia el 5 de junio

³⁸ «El peligro era inminente, y a las seis yo y toda mi familia, compuesta de una hija de nueve años y dos hijos aun de menor edad, ya caminábamos por la inmensa montaña de la Guayra, sin mas equipage que nuestras personas sobre unos miserables jumentos. Entonces fue cuando entregué al fuego en el patio de mi casa tantos preciosos documentos de aquella época que yo no podía salvar, y para cuyo escrutinio faltaba el tiempo; y entonces igualmente fue cuando vi por la última vez a mi patria, y la consagré algunas lágrimas desde lo alto de la montaña. Allí me despedí para siempre de ella» (Díaz 1829, p. 255).

de 1822 (Domingo Díaz 1829, p. 259). Su trabajo en este puesto es premiado con el Diploma de distinción en el cargo cinco años más tarde.

El 1 de febrero de 1828, a José Domingo Díaz se le concede una jubilación del Estado y recibe una pensión de 40.000 reales³⁹. Regresa de la isla a finales de ese año. Ante la independencia definitiva de su tierra natal y la imposibilidad de volver, comienza a escribir el libro, maldito para el recién nacido Estado venezolano, titulado *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*, que publicó al año siguiente. Esta publicación *fue el golpe de gracia para que su figura quedara definitivamente relegada al olvido por la nueva e independiente nación* (González Subías p. 35).

En el año académico 1829-30, su hijo José María Díaz estudia Filosofía en el Real Colegio de Santo Tomás de Madrid⁴⁰. Este literato romántico estaba muy vinculado afectivamente con su padre. Ejemplo de ello es que utilizó el pseudónimo formado por el segundo nombre y el segundo apellido de su padre: Domingo Argote⁴¹. Además, le dedicó una obra titulada *Un poeta y una mujer*, tanto en la edición de 1838 como en la de 1849. En ella dice: *Al Excmo. Sr. Don José Domingo Díaz*. Con esta dedicatoria quiere rendir un sentido homenaje a su padre poco después de su muerte.

Exactamente, no se sabe la fecha precisa de la muerte del doctor Díaz. Si nos fijamos de los datos que se relatan en la *Guía de Forasteros de Madrid*⁴², el nombre de José Domingo Díaz aparece en la lista de los Intendentes honorarios de provincia desde los años 1839 a 1842. En el años 1843 ya no aparece su nombre en la Guía, de lo que podemos deducir que en ese o en el año anterior debió fallecer.

3. PROCESO DE PUBLICACIÓN Y DIFUSIÓN DE LA OBRA

La obra de Rush, traducida o no, fue conocida por Humboldt en Nueva España y por Hipólito Unanue en el Perú (Unánue 177).

³⁹ *Nota de algunas pensiones concedidas por el Gobierno se digne que a José Domingo Díaz se le concede una pensión de 40.000 reales desde el 1 de febrero de 1828*. Revista Española: Mensajero de las Cortes, nº33, sábado 4 de abril de 1836, p. 2.

⁴⁰ Archivo Histórico Nacional, Universidades, 579.

⁴¹ «Es seudónimo con que José María Díaz firmó en 1854, uno de los numerosos dramas históricos que presentó a la escena española, titulado *El justicia de Aragón*» (González Subías 206).

⁴² <http://hemerotecadigital.bne.es/cgi-bin/Pandora.exe>

El título del libro en castellano es bastante explícito: *Relación de la Calentura Biliosa, remitente amarilla, que se manifestó en Filadelfia en el año de 1793 por el Doctor Benjamín Rush profesor de instituciones y de medicina clínica en la Universidad de Pensilvania. Traducida de la Segunda edición publicada en Filadelfia en 1794 con varias notas críticas de otros autores que pueden ilustrar la obra del autor, y se añaden varias observaciones de la Historia de la misma calentura que se manifestó en dicha ciudad en 1794 y en 1798, y el origen de la calentura maligna, biliosa o amarilla de Filadelfia, con los medios de preservarla; y la segunda exhortación a los ciudadanos de Filadelfia, que contiene nuevas pruebas del origen doméstico de la calentura maligna, biliosa o amarilla, con algunas observaciones dirigidas a manifestar que el dar crédito a esta opinión disminuirá la mortalidad de la enfermedad y precaverá su repetición*. Se publica en la Imprenta Real de Madrid en dos tomos muy voluminosos, cada uno de ellos supera las cuatrocientas páginas⁴³. La obra está pensada en dos tomos.

El primer tomo tiene cuatro partes claramente diferenciadas.

La primera parte es un prólogo del autor que hace una historia de la enfermedad llamada *del vómito negro o prieto o la calentura amarilla o pajiza en América*, estableciendo una comparación de lo que pasa en la América Hispana con lo que ocurre en los Estados Unidos y en la parte sur de la Península Ibérica (sobre la fiebre amarilla y la región andaluza española, véase Marcelo Frías Núñez p. 54-66). Elabora un inventario de las manifestaciones de esta enfermedad en los territorios hispanos circunvecinos al Caribe y las regiones costeras del Mediterráneo.

En la segunda parte se plasma un catálogo de las obras que el traductor conoce sobre la fiebre amarilla. El catálogo está dividido en función de la procedencia de las obras. Las obras que se publican en España y Portugal (p. I-VI), las obras de autores ingleses, holandeses y de los Estados del norte de América (p. VI-XLVII) y las obras publicadas en Francia (p. XLVII-XLIX). Si tenemos en cuenta el espacio dedicado, en el catálogo son más abundantes las obras que están escritas en inglés. Además de por la cantidad, que es evidente, en el caso del catálogo de las obras inglesas existen muchas referencias a artículos de revista; esto hace que

⁴³ La Biblioteca Nacional de España custodia dos ejemplares de esta obra. Las firmas son: 7/15690-1 y HA/11243-4. Ejemplares de esta obra también se conservan en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid, «Marqués de Valdecilla». La firma es: BH MED 14610-11. El primer tomo está digitalizado y se puede consultar en la página: <http://books.google.com/books/ucm%20vid=UCM5320319642&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false>

la referencia bibliográfica sea más amplia para poder precisar la publicación y la procedencia; en consecuencia, ocupa un mayor espacio.

La tercera parte se ocupa del estudio del Estado de Filadelfia en el tiempo en el que se desarrolla esta epidemia. La procedencia de esta información es una obra de Mateo Carey.

Y finalmente en la cuarta parte del tomo primero comienza la Relación de la Calentura biliosa, remitente amarilla, que se manifestó en Filadelfia en 1793 por el doctor Benjamín Rush.

El segundo tomo tampoco es unitario. También tiene cuatro partes perfectamente definidas. Una primera parte titulada *Del método curativo*, que es muy grande (p. 3-276). Una segunda parte titulada *Método que deben emplear los particulares para preservarse de la fiebre amarilla en los lugares en que reyna* (p. 277-340). Una tercera parte se titula *Observaciones sobre el origen de la fiebre maligna biliosa o amarilla de Filadelfia, y sobre los medios de precaverla: dedicadas a los ciudadanos de Filadelfia por el doctor Benjamín Rush y publicadas en el año de 1799* (p. 341-374). Este apartado es el que está dedicado a evitar el contagio, se ocupa de la salubridad y de interrogarse acerca de las causas que han favorecido que esta enfermedad se manifieste con tanta frecuencia.

La cuarta parte del tomo segundo es una exhortación titulada *Segunda exhortación a los ciudadanos de Filadelfia que contiene pruebas a cerca del origen doméstico de la calentura maligna biliosa o amarilla; a la que se agregan algunas observaciones con la mira de manifestar que dar asenso a esta opinión, conduce a minorar los estragos de la enfermedad, y a precaver su repetición. Por el doctor Benjamín Rush. En Filadelfia año de 1799* (p. 375-415).

La autoría de la traducción nunca se relacionó con el doctor Díaz. En los primeros cuarenta años del siglo XIX, en la historiografía médica se mantuvo un error, al identificar el autor de la traducción con Ignacio María Ruiz de Luzuriaga. Pensamos que el primero que propagó este error fue Alejandro de Humboldt durante su viaje al territorio novohispano, cuando afirma que la Calentura Biliosa era una traducción de la obra de Benjamín Rush aumentada con notas de Luzuriaga (Humboldt p. 65). El mismo error aparece en el discurso inaugural de la apertura del año académico de 1833 del Real Colegio de Medicina y Cirugía de Barcelona (Domingo Díaz 1804, p. 37) que versaba sobre la historiografía médica española.

BIBLIOGRAFÍA

- Altez, Rogelio: «El terremoto de 1812 en la ciudad de Caracas: un intento de microzonificación histórica», *Revista Geográfica Venezolana*, 2005, número especial, p. 185.
- Archila, Ricardo: *El médico José Domingo Díaz contemplado por otro médico en el año sesenta del siglo XX*. Caracas: Italgráfica, 1970.
- Barton, David: *Benjamin Rush. Signer of the Declaration of Independence*. Aledo, Texas: Wall Builders Press, 1999.
- Briceño Iragorry, Mario: *Biografías Históricas*, Ediciones del Congreso de la República, Caracas, vol. 3, 1989.
- Brodsky, Alyn: *Benjamin Rush, Patriot and Physician*. Nueva York: Truman Talley Books, St. Martin's Press, 2004.
- Cobbett, William: *A report o fan action for a livel, reovour of doctor Benjamin Rush against William Cobbett. In the Supreme Court of Pennsylvania, December term 1799, for certain defamatory publications in a news-paper, entitled Percupine's Gazette, of which the said*. Philadelphia: Printed by W. W. Woodward, 1800.
- Díaz, José Domingo: *Carta de José Domingo Díaz a la Academia presentando una relación de sus servicios y adjuntando la memoria Sobre la fiebre escarlatina para ser admitido como socio*. Madrid: Real Academia de la Medicina de Madrid, leg. 15, doc. 879. Fechada en Madrid el 6 de julio de 1808.
- Relación de la Calentura Biliosa, remitente amarilla, que se manifestó en Filadelfia en el año de 1793 por el Doctor Benjamín Rush profesor de instituciones y de medicina clínica en la Universidad de Pensilvania*. Madrid: Imp. Real, 2 tomos, 1804.
- Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas*. Madrid: Imp. de León Amarita, 1829.
- Eisenberg, Leon: «Furor therapeuticus: Benjamin Rush and the Philadelphia yellow fever epidemic of 1793», en *The American Journal of Psychiatry*, abril 2007, vol. 164, (2007): 552-555.
- Febres Cordero, Foción: *Historia de la medicina en Venezuela y América*. Caracas: Consejo de Profesores Universitarios Jubilados UCV, tomo I, 1987.
- Frías Núñez, Marcelo: «Fiebres y epidemias en Andalucía en el tránsito del siglo XVIII al XIX: visión francesa de la fiebre amarilla de Cádiz en 1800», *Andalucía. Historia Contemporánea*. Córdoba: Editorial Cajasur, 2004, 54-66.
- García, Santiago y Gómez Ortega, Casimiro: *Informe de Santiago García y Casimiro Gómez Ortega acerca de la traducción de José Domingo Díaz de la Historia de la ca-*

- lentura biliosa remitente amarilla de Benjamín Rush*. Madrid: Real Academia de la Medicina de Madrid, leg. 14, doc. 800. Fechado en Madrid el 13 de octubre de 1803
- Gómez, Argenis: «Vicente Salías como periodista 1813-1814», *Ensayos Históricos, Anuario del instituto de estudios hispanoamericanos*, Caracas: Universidad Central de Venezuela, 9 (1997): 21-42.
- «José Domingo Díaz: médico de la ciudad (1804-1806)», *Ensayos Históricos, Anuario del instituto de estudios hispanoamericanos*. Caracas Universidad Central de Venezuela, n° 18, (1997): 139-154.
- González Subías, José Luis: *Un dramaturgo romántico olvidado: José María Díaz*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2004.
- «Acerca de la paternidad del doctor José Domingo Díaz sobre el dramaturgo romántico español José María Díaz», en *Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: «Las dos orillas»*, Ed. Fondo de Cultura Económica, vol. 3, (2007), 203-211.
- Humboldt, Alejandro de: *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. París: Librería de Lecointe, 4 tomos, 1836.
- Kopperman, Paul E: «Venerate the lancet: Benjamin Rush's Yellow Fever Therapy in Context», en *Bulletin of the History of Medicine*, (2004):539-574. http://muse.jhu.edu/journals/bulletin_of_the_history_of_medicine/v078/78.3kopperman.html.
- Mociño, José Mariano y López Mateos, Ramón: *Dictamen de José Mariano Mociño y Ramón López Mateos, acerca de la obra de José Domingo Díaz sobre la Historia de la escarlatina anginosa de Venezuela*. Real Academia de la Medicina de Madrid, leg. 23, doc. 1413. Fechado en Madrid el 19 de agosto de 1808.
- Moreno, José Eustaquio: *Carta de José Eustaquio Moreno al vicepresidente de la Academia para que se dictamine sobre la traducción al castellano de la obra de Benjamín Rush, Sobre la calentura biliosa intermitente amarilla*. Madrid: Real Academia de la Medicina de Madrid, leg. 18, doc. 1014. Fechada en Madrid el 5 de septiembre de 1803.
- Rodríguez Cárdenas, Manuel: «José Domingo Díaz», *Crónica de Caracas*, n° 58, noviembre-diciembre, (1963): 540-543.
- Ruiz de Luzuriaga Ignacio María: *Carta de Ignacio María Ruiz de Luzuriaga a Joaquín de Parias acerca de la publicación de una obra de Benjamín Rush sobre la fiebre amarilla*. Madrid: Real Academia de la Medicina de Madrid, leg. 11, doc. 671. Fechada en Madrid el 29 de diciembre de 1803
- Unánue, Hipólito: *Observaciones sobre el clima de Lima, y sus influencias en los seres organizados, en especial por el Hombre*. Madrid: Imp. Sancha, 1815.
- Vargas, José María: *Obras completas*, Caracas: Tall. Tip. El Globo, tomo III y IV, 1958.



LITERATURA



JORGE URRUTIA¹

Universidad Carlos III de Madrid - jorge.urrutia@hum.uc3m.es

Artículo recibido: 30/12/2010 - aceptado: 17/01/2011

ACERCAMIENTO A UN SUBGÉNERO DE LA NARRATIVA IBEROAMERICANA: LA NOVELA FRUTERA

RESUMEN

Es posible trazar el panorama global de una narrativa que busca presentarse como testimonio del trabajo en campos de caña de azúcar, de cacao, de mate, de arroz, de frutas –el plátano, sobre todo–, de café, o incluso del esfuerzo en los manglares o en la extracción del caucho. Además de su coincidencia temática, estas obras podrían compartir algunos caracteres formales que permitirían considerarlas como serie literaria y no como documentos históricos o sociológicos y, por lo tanto, importar desde la historia de las representaciones.

PALABRAS CLAVE: Narrativa latinoamericana, literatura social y proletaria, vanguardia.

ABSTRACT

It is possible to trace out the global panorama of a fiction that tries to present itself as a witness of the work in sugar cane, cacao, *mate*, rice, fruits –banana, especially– and coffee fields, or the extraction of the caoutchouc. Other than their concurrence of themes, these works could share some formal characteristics that would allow to consider them as a literary series and not as a historical or sociological documents and so they would be important as far as the history of representations is concerned.

KEY WORDS: Latinoamerican fiction, social and proletarian literature, modernism.

Nuestra apreciación de los textos literarios ha bailado históricamente desde la biografía del autor a la consideración de los recortes formales, sin olvidar el reflejo de sociedades y hechos en el argumento de la obra. Durante los últimos años,

¹ Jorge Urrutia es Catedrático de Literatura de la Universidad Carlos III de Madrid. Entre sus libros: *Reflexión de la literatura* (1983), *Semió(p)tica. Sobre el sentido de lo visible* (1985), *El tejido cervantino* (1992), *Lectura de lo oscuro. Una semiótica de África* (2000), *La pasión del desánimo. La renovación narrativa de 1902* (2002), *Las luces del crepúsculo. El origen simbolista de la poesía española* (2004) o *Tecnología de la literatura* (2010).

y escudados tras la argumentación teórica de que se considera literatura todo aquello que, en una época determinada, la sociedad entiende que es literatura (lo que viene a ser tanto como afirmar que la literatura no es nada en sí misma), parapetados tras esa afirmación –digo– y olvidados de la filología, sumergen algunos las obras literarias en el pozo textual ilimitado e impreciso que nutre los llamados Estudios Culturales, o bien en un territorio impreciso que gobierna la sociología.

Si a esto añadimos que, desde el Romanticismo (lo que en el caso americano viene a querer decir desde el principio político), acecha a los estudios humanísticos el peligro del nacionalismo, entendemos que la comprensión de los fenómenos de la literatura se ve, si no extremadamente dificultada, sí, al menos, marginada.

Suele ser habitual, cuando leemos trabajos de historia o crítica de la literatura hispanoamericana, encontrar expresiones como «nuestros novelistas buscaron construir una narrativa nacional», «el esfuerzo por crear una nación y una cultura, es decir una nueva ecuatorianidad», «el movimiento nacional popular», u otras del mismo tenor que buscan delimitar caracteres exclusivamente nacionales a una literatura cuya grandeza, precisamente, radica en que sabe estar por encima de las nacionalidades, e incluso, de los continentes, al extraer con sabiduría su valor de una lengua compartida y de unos caracteres comunes.

En un trabajo anterior² me detuve en una serie de novelas dominicanas que han merecido por parte de la crítica de su país un interés especial. Son las que constituyen el ciclo novelesco denominado de la caña. Bruno Rosario Candelier, en su ensayo «Tendencias, ciclos y valores de la novela dominicana», afirma que lo integran obras como *Cañas y bueyes* (1936), de Francisco Moscoso Puello, *Over* (1939), de Ramón Marrero Aristy, y *El terrateniente* (1970, aunque parece que fue escrita diez años antes), de Manuel Antonio Amiana³.

² Me refiero a mi discurso de ingreso en la Academia Dominicana de la Lengua como miembro Corresponsiente, que se publicará en el Boletín de dicha Academia y lleva por título «Testimonio y ficción: la novela frutera americana». Este trabajo es un desarrollo y ampliación de dicho discurso.

³ Frank Moya Pons, en su *Bibliografía de la literatura dominicana 1820-1990*, registra como primeras ediciones de estas novelas las siguientes: Santo Domingo: La Nación, 1953, 420 pp. (*Cañas y bueyes*), Ciudad Trujillo: Imprenta La opinión, 1939, 243 pp. (*Over*) y Santo Domingo: Imprenta Arte y cine, 1970, 179 pp. (*El terrateniente*). Sin embargo, la primera edición de *Cañas y bueyes* es de 1936 (Santo Domingo: La Nación). Véase José Alcántara Almánzar: *Narrativa y sociedad en Hispanoamérica*. Probablemente el error en la fecha de *Cañas y bueyes* arrastra a alguna confusión a Giovanni Di Pietro en *Las mejores novelas dominicanas*.

Delia Blanco, por su parte, en el artículo en francés «La littérature de la République Dominicaine: foisonnante et singulière», entiende que el ciclo estaría conformado por *Cañas y bueyes*, *Over* y, en lugar de *El terrateniente*, *Jengibre* (1940), de Pedro Pérez Cabral, al que, sorprendentemente, llama Pérez Alfonseca⁴. No creo que fuera error añadir a esos cuatro títulos el de *Los enemigos de la tierra*, de Andrés Francisco Requena, novela de 1936, como ya hizo, en un importante ensayo de 1979, Diógenes Céspedes⁵.

El ciclo parece desarrollarse al principio del régimen del Presidente Trujillo y la descripción que las obras vienen a hacer de la dureza del trabajo en las plantaciones no sería sino «una manera solapada, subrepticia y sutil de denunciar la opresión del sistema de gobierno despótico, arbitrario e injusto», puesto que éste amparaba la terrible situación laboral que se vivía en los campos e ingenios azucareros. La muy posible intención política, pero también histórica, de tales obras justifica que el profesor Candelier asegure que, tanto *Over* como *El terrateniente*, figuran también entre las novelas de las intervenciones, junto a *La vida no tiene nombre* (1965), de Marcio Veloz Maggiolo, *Cuando amaban las tierras comuneras* (1978), de Pedro Mir, y *Balance de tres* (2002), de Manuel Salvador Gautier, aspecto éste en el que no voy a detenerme.

En un libro de origen universitario, *La novela de la caña: estética e ideología*, Berta Graciano pretende hacer el estudio, si no unitario sí al menos conjunto, de las tres novelas primeramente citadas que constituirían el ciclo de la caña. Un prólogo de Bruno Rosario Candelier explica que: «Para 1930, año en que sube Rafael Leónidas Trujillo al poder del Gobierno Dominicano, casi todos los ingenios de caña estaban en manos extranjeras: una parte pertenecía a una familia de inmigrantes italianos, los Vicini, y la gran mayoría estaba bajo el control de los Estados Unidos. Trujillo, en aras de una supuesta economía nacionalista, comienza a tomar posesión de los pequeños ingenios [...]. En poco más de una década el dictador poseía más del 75% de todos los ingenios del país», lo que se facilitó porque, debido al descenso del precio del azúcar en los mercados internacionales, las compañías propietarias estaban deseosas de vender. Esa política nacionalista acabaría ocasionándole a la República Dominicana un evidente menoscabo

⁴ En *La revue en ligne des littératures du sud*. Confunde, pues, a Pedro Pérez Cabral con el también escritor Ricardo Pérez Alfonseca. La primera edición de *Jengibre* es de Caracas, Impresores Unidos, en 1940, 166 pp.

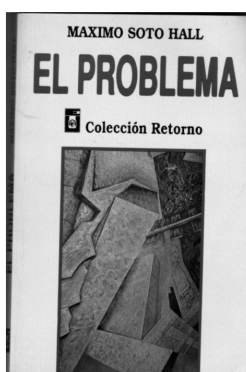
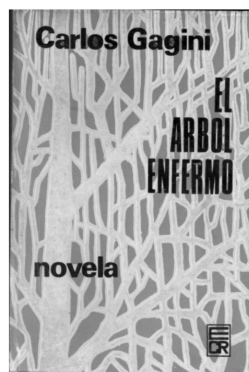
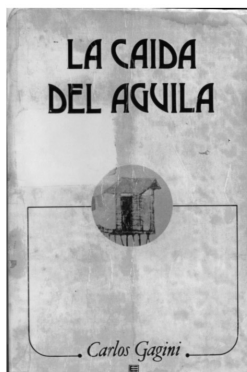
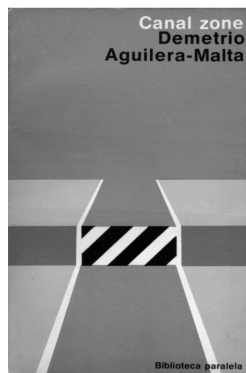
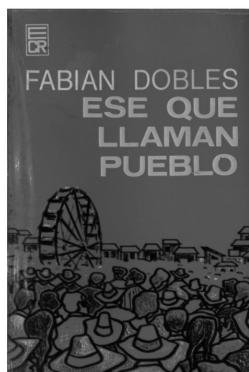
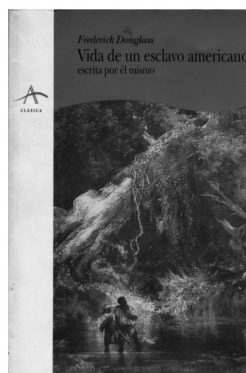
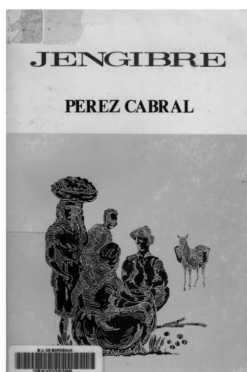
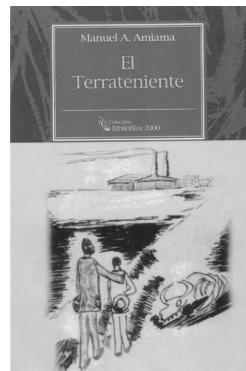
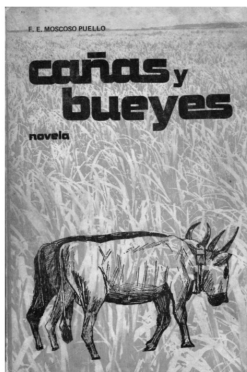
⁵ Andrés Francisco Requena: *Los enemigos de la tierra*; Ciudad Trujillo: Editorial La Nación, 1936, 236 pp. El ensayo de Diógenes Céspedes al que me refiero es «El sentido de la responsabilidad social frente a la estructura: Un estudio de *Jengibre*»; se trata de una revisión del prólogo a una nueva edición de la novela, Santo Domingo: Alfa y Omega, 1978.

económico pero, sin duda, repercute en la defensa que de lo autóctono hacen los personajes novelescos.

El cultivo y explotación de la caña de azúcar en los distintos países del Caribe fue motivo de migraciones cuyo detalle puede seguirse en *Historia del Caribe. Azúcar y plantaciones en el mundo Atlántico*, de Frank Moya Pons, entre otros estudios. A esas migraciones les cabe ser objeto de atención sociológica y, desde luego, lo han constituido, así como se estudiaron sus condiciones de trabajo que, al fin y cabo, no se distancian tanto de la situación obrera en otros tipos de plantaciones y labores agrarias en los distintos países, y no sólo en los centro-americanos y del Caribe. Por lo tanto, debemos suponer que un ciclo novelesco de la caña de azúcar, o de otros productos similares de la tierra, pudiera haberse también dado en países distintos. De hecho, si Fernando Ortiz en un libro famoso, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, opuso ambos cultivos y ambas explotaciones, desde la consideración literaria pudiera hacerse algo parecido: contemplar una serie de novelas agrarias americanas en virtud, no ya sólo del contenido, sino también del tipo de plantación a la que se refieren y de la nación en que transcurren.

Sería posible, por lo tanto, más allá tanto de la historia política y social, como de la nacionalidad de cada novela, trazar el panorama global de una narrativa que busca presentarse como testimonio del trabajo en campos de caña de azúcar, de cacao, de mate, de arroz, de frutas —el plátano, sobre todo—, de café, o incluso del esfuerzo en los manglares o en la extracción del caucho. Además de su coincidencia temática, estas obras podrían compartir algunos caracteres formales que permitirían considerarlas como serie literaria y no como documentos históricos o sociológicos y, por lo tanto, importar desde la historia de las representaciones.

Por lo que se refiere al ambiente del trabajo o al trato que sufren los obreros, el antecedente literario de esta serie de novelas está sin duda en la narrativa norteamericana de la plantación, algunos de cuyos títulos se hicieron extraordinariamente famosos, como *La cabaña del Tío Tom* (1852), de Harriet Beecher Stowe, o la autobiografía de Frederick Douglass. Uno de esos esclavos norteamericanos, Henry Bibb, asegura en el prólogo a su narración: «Quise dejar también por escrito mi humilde testimonio contra este sistema destructor del hombre, para que lo lean las generaciones futuras cuando mi cuerpo yazca pudriéndose en el polvo» (citado en la Introducción de Houston A. Baker a la autobiografía de Douglass, p. 13).



Es verdad que las novelas hispanoamericanas se escriben después de la abolición de la esclavitud, pero la relación de violencia entre propietarios, capataces y trabajadores viene a ser similar y el deseo de testimonio resulta evidente por lo que, como veremos, se acude con frecuencia a la narración en primera persona. Se añade, eso sí, cierto sentido épico, sobre todo en los primeros años de la serie, a la historia de unos personajes que se muestran como aventureros. Con la avanzada de *Ecue.Yamba.O* (1933), del cubano Alejo Carpentier, y hasta *El terrateniente* (1970), del dominicano Amiama, una veintena de obras, al menos, podría componer la serie que denomino de la novela frutera.

Suelen incidir estas novelas en la descripción de gentes miserables que buscan cada día cómo vivir; gentes similares a las que llegan al título del costarricense Fabián Dobles: *Ése que llaman pueblo* (1942), lo que hace que, poniendo entre paréntesis características temáticas y formales importantes, se clasifiquen simplemente estas obras como novelas sociales. De todas formas, existe cierta variación y se dan otros tipos de personajes, que a veces ocupan lugar preeminente en la narración, como ingenieros, propietarios, vendedores, representantes, abogados, empleados administrativos, etc. Se constituye una pequeña sociedad que, probablemente porque el modo de producción se organiza de modo similar en los distintos cultivos y en los distintos lugares, ofrece escasas variantes.

Coinciden las novelas fruteras en un elemento argumental e ideológicamente constituyente: el enfrentamiento con el poder, personificado en las empresas, el gobierno o los agentes empresariales y comerciales de los Estados Unidos, salvo tal vez en las novelas dominicanas o en las colombianas, donde basta con referirse a un propietario lejano e impersonal, aunque en el caso de la república Dominicana, la invasión de la isla no deje de estar en un segundo plano. En *Canal zone* (1935), del ecuatoriano Demetrio Aguilera Malta, aunque sea una narración urbana, se matiza y ya no son tanto los Estados Unidos el elemento perverso, como el sistema político y económico. Por eso, un marine puede decir: «No somos culpables. Ni cuando violamos una mujer, ni cuando nos emborrachamos y cometemos atropellos. Ni cuando empuñamos el fusil y barremos a la multitud. Ni cuando apoyamos a un gobierno o el avance de una política nefasta en algún país latinoamericano. Desgraciadamente nos hemos convertido en una máquina» (p. 150).

La influencia de los Estados Unidos, cuyas empresas compran las tierras y hacen grandes negocios a partir de la explotación de los trabajadores, es siempre perniciosa en la literatura. Su presencia resulta negativa, bien directamente

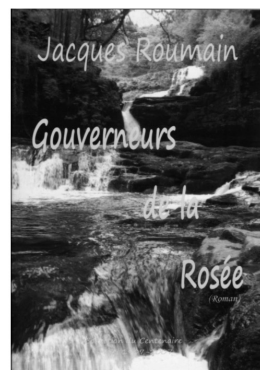
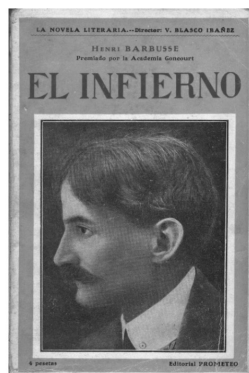
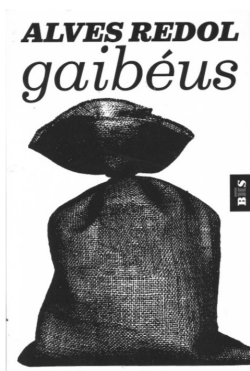
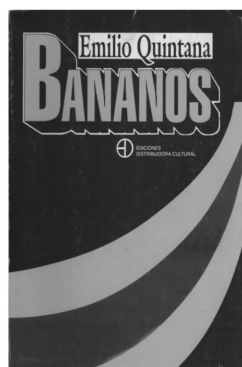
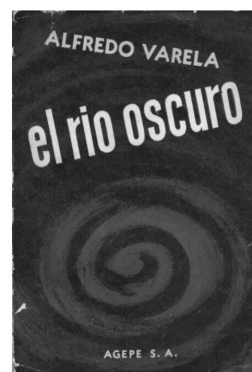
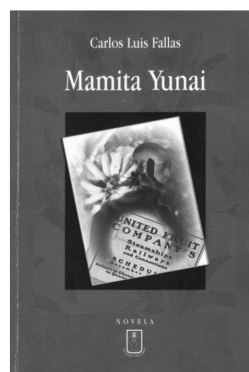
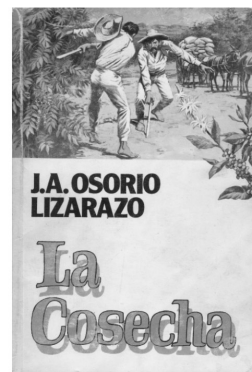
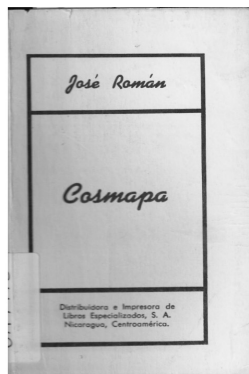
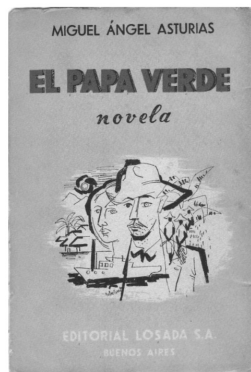
a causa de las relaciones laborales que imponen, bien simbólicamente, como sucede con el embarazo y abandono de Margarita, en *El árbol enfermo* (1918), del costarricense Carlos Gagini quien, en *La caída del águila* (1920), imagina un poderoso contraataque victorioso de la resistencia hispana.

La reacción antinorteamericana es antigua. Suele citarse la novela del cubano José Antonio Ramos, de 1926, *Coaybay*, que describe una isla caribeña, trasunto de Cuba, dominada durante veinte años por Norlandia, un poderoso Estado del norte. Pero me parece importante subrayar que *El problema*, publicada en Costa Rica ya en 1899 por el guatemalteco Máximo Soto Hall, denuncia muy temprano la ocupación sibilina del territorio por parte de un aparentemente amable invasor yanki.

Nada tiene de particular el odio que va fraguándose, porque los personajes de estas novelas (y antes que ellos, en la vida real, los novelistas) han visto los modos y sentidos de la nueva invasión. En *El papa verde* (1954), un personaje, Maker Thompson explica:

El Gobierno actual de ese país nos cedió el derecho de construir, mantener y explotar su ferrocarril al Atlántico, el más importante de la República del que tenían contruidos los cinco primeros tramos; y nos lo ha cedido sin gravamen ni reclamo de ningún género. [...] Se estipula, además, en el contrato [...] que en dicha transferencia se comprenden, sin costo para nosotros: el muelle [...] de su puerto mayor en el Atlántico, las propiedades, material rodante, edificios, líneas telegráficas, terrenos, estaciones, tanques, así como todo el material existente en la capital [...]. Y por si eso fuera poco: el terreno que ocupan todos los estanques, almacenes de depósitos, muelles, manantiales y mil quinientas caballerías en un solo cuerpo, fuera de treinta manzanas en el puerto y una milla de playa de cien yardas de ancho a cada lado del muelle.

A esto responde el presidente de la compañía: «Tenemos muelles, ferrocarriles, tierras, edificios, manantiales [...]; corre el dólar, se habla inglés y se enarbola nuestra bandera. Sólo falta la declaración oficial y de eso nos encargaremos nosotros» (p. 111). Se refiere, claro es, a la declaración oficial de anexión. Pero, en su sencillez, otra frase de esta novela de Miguel Ángel Asturias pareciera resumir gran parte de la problemática sentimental y social que el enfrentamiento entre nacionales y norteamericanos plantea. Cuando Lemus cuenta que «la mamá del *Gringo* vive en Nueva Orleáns y viene a verlo», el *Chito* Mayen le contesta: «Tiene mamá de lujo [...], lo viene a ver de Nueva Orleáns; la mía, cuando me ve, viene



de la cocina» (p. 141). Miguel Ángel Asturias trata el tema de las bananeras en su famosa trilogía, *Viento fuerte* (1950), *El papa verde* (1954), de la que acabo de citar, y *Los ojos de los enterrados* (1960).

Desde el punto de vista social, el panorama de la plantación está completo, pues encontramos, por ejemplo y con los matices que se quieran, la novela del gran propietario (*Cosmapa*, Nicaragua, 1944, de José Román), la del agente norteamericano (*El Papa verde*, Guatemala, 1954, de Miguel Ángel Asturias), la del mediano propietario arruinado (*Cañas y Bueyes*, República Dominicana, 1936, de Francisco Moscoso Puello), la del pequeño propietario (*Los enemigos de la tierra*, República Dominicana, 1936, de Andrés Francisco Requena), la del intermediario (*La cosecha*, Colombia 1935, de J. A. Osorio Lizarazu), la del bodeguero que atiende a los trabajadores (*Over*, República Dominicana, 1939, de Ramón Marrero Arísty), la del trabajador (*Prisión verde*, Honduras 1950, de Ramón Amaya Amador), la del activista (*Mamita Yunai*, Costa Rica 1941, Fallas), la del aventurero (*El río oscuro*, Argentina 1943, de Alfredo Varela), la novela de la fusión mítica con la tierra (*Don Goyo*, Ecuador 1933, Demetrio Aguilera Malta) o la del testigo (*Bananos*, Nicaragua 1942, de Emilio Quintana).

Pero si considerásemos esta serie de novelas con mayor detenimiento y no únicamente por el tema, observaríamos que en su mayoría fueron escritas entre 1930 y mediados de los años cuarenta, por lo que deben responder a las tendencias estéticas que por entonces se desarrollaron. Lo que, de ser así, nos obligará a extraer conclusiones.

El historiador y crítico literario Luis Alberto Sánchez ya advierte en su libro *Panorama de la literatura actual*, de 1934, que, con motivo de la primera conflagración mundial, se escribe un tipo diferente de novela de guerra. Pareciera que al nuevo concepto bélico que, de 1914 a 1919, por vez primera atañe a toda la población y moviliza a millones de hombres, le responde una forma de narrar, distinta de la realista decimonónica, en la que —con palabras del crítico— «la acción carece de episodios, pero se multiplican los diálogos» (p. 140), como es el caso de *El fuego* (1916), del francés Henri Barbusse.

Resulta discutible esa oposición entre episodios y diálogos, aunque debamos entender que Luis Alberto Sánchez pretende llamar la atención sobre una narración fragmentaria que no ofrece la historia continuada y completa, sino una serie de cuadros. Sorprende, en cambio, que no mencione que se narren éstos muchas veces en primera persona, con la clara intención de ofrecerse como testimonio

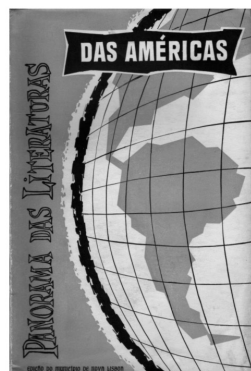
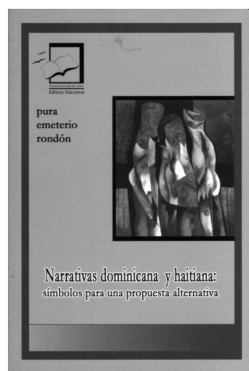
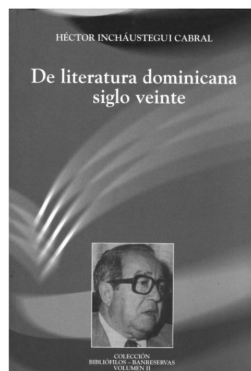
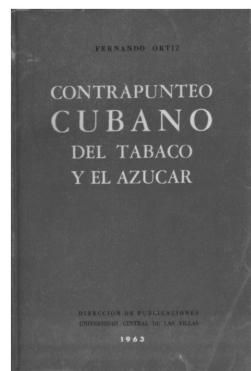
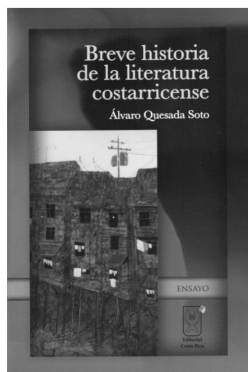
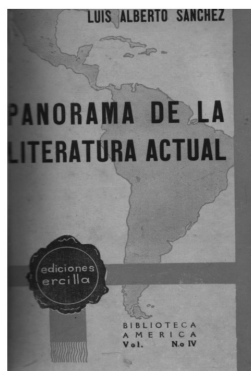
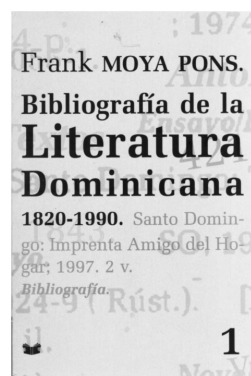
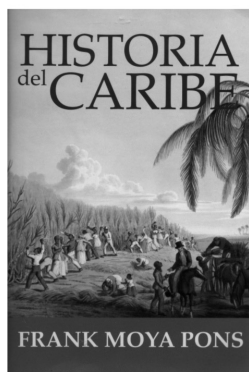
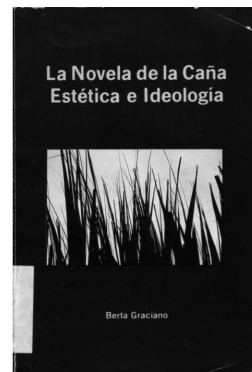
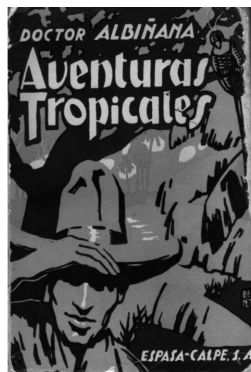
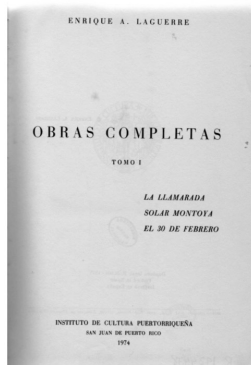
de lo sucedido, lo que justifica, por ejemplo, la dedicatoria del libro de Barbusse: «En memoria de los camaradas caídos junto a mí en Crouy y en la cota 119». O así mismo, entre otros ejemplos, explica la advertencia que escribiera el portugués Alves Redol al inicio de su novela de 1939, *Gaibéus*: «Este romance não pretende ficar na literatura como obra de arte. Quer ser, antes de tudo, um documentário humano fixado no Ribatejo. Depois disso, será o que outros entenderem» (p. 8).

Es verdad que, si se acude a la obra anterior de Barbusse, no puede afirmarse que *El fuego* signifique una novedad narrativa, puesto que *El infierno*, de 1908, también se escribe en primera persona y puede ser descrita por Vicente Blasco Ibáñez, en el prólogo a la edición española de esta forma: «Carece de acción, no hay en ella *argumento*; es el simple relato de un huésped de hotel que mira por un agujero de la pared de su cuarto y cuenta lo que ve en el cuarto inmediato, por donde pasan gentes y gentes cuyo nombre y cuya historia ignora. Nada más: esto es todo. Poca cosa, y sin embargo es la vida entera.» (8). Es decir, que Henri Barbusse plantea el realismo, no ya como la descripción espejada desde el borde del camino, sino como implicación del sujeto narrador en los hechos.

El realismo del siglo XIX trajo consigo la preocupación por las gentes trabajadoras, no ya en cuanto miembros de un más o menos idílico pueblo de concepción romántica, sino de la clase trabajadora. Incluso dio pie a una escritura obrera. Las novelas de Émile Zola, como *Germinal* (1885) o *Trabajo* (1901), significaron ya un paso trascendente por delante de la sentimentalidad de Dickens, y el último decenio del siglo XX llevó incluso a los obreros urbanos a los escenarios, como en *Los tejedores* (1892), de Hauptmann, o *Juan José* (1895), de Dicenta. Pero la primera Guerra Mundial y la universalización del daño que supuso generaron un nuevo concepto de escritura en el que los hechos no se contemplan desde fuera, sino que la voz narrativa se sabe protagonista de los mismos y los cuenta con la finalidad de que se conozcan en toda su crueldad.

La guerra iniciada en 1914 despierta, pues, el interés por el testimonio personal de la experiencia, y los autores, tras la trocha abierta por Barbusse, y ante la imposibilidad de cumplir el deseo de describirlo todo, optan por fragmentar la realidad, con la esperanza de que la suma de los pequeños episodios vividos proporcionen idea de la totalidad del horror.

De ahí el interés de los diarios y, en el caso de la literatura latinoamericana, el que podría haber alcanzado el *Diario íntimo. 12 de septiembre de 1914 – 3 de mayo de 1916*, del peruano José García Calderón, muerto en Verdun el 5 de



mayo de 1916, dos días después de su última anotación, como voluntario encuadrado en el ejército francés, destinado como observador en un globo cautivo que fue derribado por la tormenta en plena batalla. Aunque el texto completo no se publicase hasta 1969, la familia hizo una edición parcial, acompañada de diversos dibujos del mismo autor, en París y en 1917, bajo el título *Reliquias*. Pero el diario de García Calderón se escribió en francés y apenas fue conocido.

La famosa novela de Erich Maria Remarque *Sin novedad en el frente*, de 1929, termina precisamente con una proclamación de la importancia de la primera persona: «La vida que me ha arrastrado estos años aún está presente en mis manos y en mis ojos. ¿Era yo su dueño? Lo ignoro. Pero mientras esté, ella buscará su camino, con o sin el consentimiento de esta fuerza que está en mí y que dice yo».

Esa presencia gramatical que denuncia la construcción autobiográfica y testimonial se encuentra en novelas de la época escritas en distintas lenguas: *Civilisation*, (1918), de Georges Duhamel; *Les croix de bois* (1919), de Roland Dorgelès; *Jahrgang 1902* –Quinta de 1902–, novela de Ernesto Glaeser de 1928 (felizmente traducida al español al año siguiente por Wenceslao Roces como *Los que teníamos 12 años*); *Los generales mueren en la cama* (1928), del canadiense Charles Yale Harrison, o *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway (1929), por no citar sino un puñado de ellas.

El que esa característica no se mantenga en todas las novelas sobre la guerra, como sucede con *El sargento Grisha* (1927), de Arnold Zweig, el número de obras novelescas donde ello se produce no puede dejar de parecernos sintomático. Además, cuando la tercera persona narrativa se utiliza en estas obras pendientes del testimonio, no se trata del mismo concepto de sujeto de la novela decimonónica, que corresponde a un observador desde fuera de la acción que la contempla sin intervenir, sino que se trata de una tercera persona implicada, tal vez como desdoblamiento retórico del yo. Si Flaubert reclamaba la tercera persona como medio para obtener una narración impersonal, a partir de la Primera Guerra Mundial se buscará, por el contrario, una tercera persona integrada en los hechos.

La novela que busque el testimonio insistirá, a partir de finales de los años veinte del siglo pasado, con frecuencia, en el fragmentarismo y en la narración autobiográfica, de lo que puede servir de ejemplo *Judíos sin dinero* (1930), del norteamericano Michael Gold, quien había compartido celda con un militante John Dos Passos, tras la actividad de ambos en defensa de Sacco y Vanzetti. Dos

Passos –al que tendremos que volver más tarde– publicó en 1922 una novela de guerra, *Tres soldados*, pero fue en 1925, con *Manhattan transfer*, cuando cambiaría el rumbo de la novela al fragmentar decididamente la realidad y no sólo una limitada experiencia.

Luis Alberto Sánchez insiste, aunque hayamos visto algunos ejemplos anteriores, en que sólo «a los diez o doce años de concluida la guerra aparecen las grandes y reiteradas novelas guerreras» (p. 140). Es decir, a partir de 1929. Ello es cierto, pero también lo es que narraciones fragmentarias en primera persona sobre la guerra fueron publicándose desde muy pronto, como hemos visto.

En el caso de España, país que no participase en la mundial, el teatro de operaciones se trasladó a la guerra de Marruecos, uniéndose así a las experiencias vanguardistas y pre-fascistas, como prueban *Notas marruecas de un soldado*, de Ernesto Giménez Caballero, en 1923, o *Tras el águila del César*, de Luys Santa Marina, al año siguiente. La repercusión desde el pensamiento izquierdista y pacifista tuvo lugar con novelas más conocidas, como, ya en 1928, *El blocao*, de José Díaz Fernández, y, en 1930, *Imán*, de Ramón J. Sender, ambas novelas sobre la guerra en el norte de África, escritas en primera persona y que buscan, por medio de la narración fragmentaria en cuadros, presentar la totalidad de una experiencia.

Por la misma época, otro país hispánico sufría la dureza de una guerra y buscaba la expresión más adecuada para exponer el testimonio. Era México. Son numerosos los estudios sobre la novela de la Revolución Mexicana, pero a nosotros nos interesan aquellas obras que se escriben durante ese período trascendental para la literatura que fue el que discurrió entre las dos conflagraciones mundiales. Me refiero fundamentalmente a *Cartucho* (1931), de Nellie Campobello, o a las novelas de Gregorio López y Fuentes, más conocido por *El indio* (1935), pero que aquí nos importa por *Campamento*, publicada en Madrid en 1931, *Tierra. La revolución agraria en México*, de 1932, o *Mi general*, de 1934. Todas ellas son novelas fragmentarias, que se quieren testimoniales y que se presentan como relatos en primera persona de un testigo directo de los hechos y, por ello, no deberíamos encontrar en sus páginas sino la verdad de los mismos. Aunque el estilo pudiera no responder siempre al de la lengua cotidiana, quedaríamos, pues, exactamente informados.

Un prólogo que Alejo Carpentier puso a la segunda edición de *Ecue-Yamba-O*, novela de 1933, proporciona algunas claves importantes. Tras destacar la fun-

ción precursora de *La vorágine* y de *Don Segundo Sombra*, advierte: «Pero [...] había que ser vanguardista. La época, las tendencias formadas en manifiestos estrepitosos, la fiebre renovadora [...] nos imponían sus deformaciones, su ecología verbal, sus locas proliferaciones de metáforas, de símiles mecánicos, su lenguaje puesto al ritmo de la estética futurista (porque, lo vemos ahora, todo salía de allí,...) que, al fin y al cabo, estaba engendrando una nueva retórica. [...] Había, pues, que ser *nacionalista*, tratándose a la vez de ser *vanguardista*» (p. 7-8). En novelas plenamente realistas puede apreciarse la influencia vanguardista por la utilización descriptiva de algunas metáforas. Así, en *Los enemigos de la tierra*, de Andrés Francisco Requena, leemos que «las largas hojas de la caña parecían serpientes que se calentaban mecidas por un viento manso y contagiado de la alegría cálida de la mañana» (p. 10).

Con el rápido paso de los años las construcciones vanguardistas irán, claro es, minimizándose, pero enumeraciones que recuerdan la poesía de los años treinta consiguen, en la obra de Carpentier, describir el mundo social de las plantaciones:

Entonces comenzaba la invasión. Trolejes de obreros. Capataces americanos mascando tabaco. El químico francés que maldecía cotidianamente al cocinero de la fonda. El pesador italiano que comía guindillas con pan y aceite. El inevitable viajante judío, enviado por una casa de maquinaria yanqui. Y luego [...] escuadrones de haitianos harapientos, que surgían del horizonte lejano trayendo sus hembras y gallos de pelea, dirigidos por algún condotiero negro con sombrero de guano y machete al cinto. [...] Después llegaban los de Jamaica, con mandíbulas cuadradas y *over-alls* descoloridos, sudando agrio en sus camisas de respiraderos. (p. 16).

Uno de aquellos haitianos que iban a la zafra cubana pudiera ser el protagonista de *Gobernadores del rocío* (1944), la novela más conocida de Jacques Roumain, el novelista de Haití de quien, ese mismo año, se dio a conocer un texto redactado en español, en el que afirma que «el arte del poeta hoy debe ser un arma similar a un manifiesto, un panfleto o un cartel».

Conviene que retengamos algunos datos. Ya durante la Primera Guerra Mundial se empieza a escribir una novela testimonial y fragmentaria en primera persona, o en tercera implicada (distinta, pues, de la persona narrativa decimonónica), que irá matizándose y perfeccionándose en los años siguientes y eclosionará en una serie de obras publicadas entre 1928 y los primeros años treinta del siglo

pasado. Continuará hasta que se manifiesten en la literatura los efectos de la Segunda Guerra Mundial como influencia del pensamiento existencialista, es decir, hasta finales de los años cuarenta.

Además de la influencia europea, que indicaba Alejo Carpentier, la literatura americana de lengua española se había creado una tradición propia que había descubierto la selva como naturaleza peculiar. Es el ambiente que se impone en obras como *Manuela* (1858), de Eugenio Díaz Castro, y *María* (1867) de Jorge Isaacs, y, luego, en *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera. En *Manuela* leemos, por ejemplo, una descripción de las tierras del distrito en el que la acción se desarrolla que podría aplicarse a cualquiera de las obras en las que los personajes se enfrentan con la dura naturaleza americana; son tierras «húmedas, saturadas de sales, nitro, caparrosa y piedra azul de pizarra, y que se ablandan y se deslizan en derrumbes llevándose las estancias y los montes, son buenas para producir mucha caña y mucho plátano; pero no mucha vida» (p. 18). Esta visión de la selva aparecerá una y otra vez. Así en *Canaima* (1935), de Rómulo Gallegos, donde se percibe «la deshumanización hacia el embrutecimiento por la paciencia aletargadora, en el bongo o la falca, días y días ante un panorama obsesionante y siempre igual: agua y monte tupido, agua y bosque trancado. ¡Árboles! ¡Árboles! ¡Árboles!...» (p. 188). Sin embargo, la selva puede tener belleza en su grandiosidad, como sucede en la novela colombiana ya citada, *Manuela*. Claro que aquí la selva tiene mucho de decorado; incluso en eso se convierte cuando los personajes representan una obra musical:

En lugar de las tablas se veía la tersa superficie del pozo [...]. Los costados eran figurados por los troncos de las palmas y guaduas [...]. El techo estaba formado por la trabazón espesa de los cogollos de las guaduas y por las hojas de las palmas de cuesco, enredadas por los bejucos de las nechas y gulupas, de las cuales colgaban las frutas y flores. [...] No creemos que el arte haya superado nunca en los mejores teatros de París o de Roma las decoraciones del que nos ocupa. Solamente la naturaleza silvestre de América puede ofrecer esta clase de adornos materiales. (p. 335).

También esta literatura supo imbricar en el paisaje la psicología, con novelas como *Don Segundo Sombra* (1926), de Ricardo Güiraldes, y que ciertos indios personifican extraordinariamente en las novelas de la selva o de las plantaciones. Además conoció los límites de uso de la lengua popular (procurando incluso escribir la pronunciación figurada), en obras como la famosa de Mariano Azuela *Los de abajo* (1916), y la literatura llamada indigenista, pues sólo se había hecho

antes en la novela regionalista. Este interés lingüístico se hace ahora, no tanto por deseo testimonial como por costumbrismo o por intención nacionalista. Conviene observar que Rafael Damirón, en *De soslayo* (183), libro de artículos publicado en Santo Domingo, entonces Ciudad Trujillo, en 1948, asegura que «existe en todo país un idioma propio, y sobre todo en aquellos en los cuales domina la lengua española», lo que, llevado al extremo, significaría pensar que la lengua pudiera romper su unidad. Es digno de subrayarse a este respecto que las novelas fruteras suelen incorporar al final un diccionario de su léxico peculiar.

Pero del mismo modo que la novela del indio tuvo su origen, no en América, sino en Francia, con *Atala* (1801), de Chateaubriand, la novela de las plantaciones pudiera originarse en la llamada, precisamente, *A selva*, una obra de 1930 del portugués Ferreira de Castro, que narra las difíciles peripecias y los sufrimientos de un trabajador de los árboles del caucho en la selva brasileña; novela que fue uno de los grandes éxitos mundiales de los años treinta y que debe relacionarse con novelas brasileñas que se refieren a la selva.

En *La vorágine* hay páginas extraordinarias dedicadas a la selva, como la famosa «oración» que abre la segunda parte, que comienza. «¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde?» (p. 189-190). Si en ella el narrador la acusa de acabar pareciéndose a un cementerio enorme, unas páginas más adelante la hace culpable de la locura de quien en ella se interna: «La selva trastorna al hombre, desarrollándole los instintos más inhumanos: la crueldad y la codicia. El peón sufre y trabaja con deseo de ser empresario [...] sostenido por la evidencia de que en los montes hay mil esclavos que dan sus vidas por procurarle esos placeres, como él lo hizo para su amo anteriormente» (p. 245). Aunque José Eustasio Rivera se detenga en el trabajo de los caucheros, no es ése el tema central de su novela y no deja de llamar la atención ese convencimiento de que los obreros llevan a cabo ese trabajo con la pretensión de llegar un día a ser propietarios capitalistas. En ninguna de las novelas que podemos considerar realmente de las plantaciones se encuentra esa aspiración. Los trabajadores, como ya insinuamos, son poco más que esclavos.

Claro que, en algunas novelas, los obreros de las plantaciones (en el caso que voy a citar ahora se trata de plataneras) aparecen como gentes peligrosos y próximos a la delincuencia:

Los había de diferentes cataduras, todas terribles y alarmantes: pigmeos de anchas espaldas y rostro plano; gigantones ceceños y tristes, con el pistolón oculto en el cinto y el largo machete recientemente afilado. Unos arribaban a pie, cruzando la selva laberíntica [...], otros llegaron a caballo, procedentes de la serranía lejana. Casi todos eran desecho de los campos petroleros extendido a los márgenes de los ríos Uspanapa y Cpatzacoalcos; gentes peligrosas que los capataces había dado de baja por camorristas y viciosos. Muchos exhibían en todo el cuerpo amplios tatuajes azulados representando las más extrañas y opuestas figuras: imágenes de santos, cruces misteriosas, lagartos, perros, jeroglíficos (p. 341).

Cito de la novela, que se presenta como autobiográfica, del Doctor Albiñana: *Aventuras tropicales*. Se publicó en 1928 y narra la puesta en marcha de una plantación platanera en México por un grupo de empresarios. Albiñana fue uno de los primeros fascistas españoles y su pensamiento, en extremo nacionalista y casi xenófobo, se manifiesta con frecuencia. Es interesante que incluya algunas fotos de las plantaciones y su entorno.

El «lamento» del cauchero que abre la tercera parte de *La vorágine*, aunque pareciera terminar con una llamada a la rebeldía («Y lo que hizo mi mano contra los árboles puede hacerlo contra los hombres!»), no deja de centrar la voluntad del trabajo en el deseo, no sólo de conseguir el sustento imprescindible, como en las otras novelas, sino de salir de la pobreza: «¡Nuestra madrastra fue la pobreza, nuestro tirano, la aspiración!» (p. 228-229).



Fotografía de una plantación platanera que figura en las Aventuras tropicales del Doctor Albiñana

Como digo, aunque en *La vorágine* ya aparezcan referencias a los caucheros y sus trabajos en la selva, no es ése el tema de la novela. Sí centra, en cambio, una obra como *A selva*, de Ferreira de Castro que, además, obtuvo una resonancia internacional. Sin duda, la novela del portugués sigue una preocupación literaria que ya había apuntado en el Brasil, como demuestra *Deserdados* (1921), de Carlos de Vasconcelos, y diez años más tarde, los ciclos denominados «da cana de açúcar», de José Luis do Rego (*Menino de engenho*, 1932; *Doidinho*, 1933; *Bangüê*, 1934 y *Usina*, 1936), y «do cacau», de Jorge Amado (*Cacau*, 1933; *Terras do sim-fim*, 1943; *Sao Jorge dos Ilhéus*, 1944; así como los libros más tardíos *Gabriel*, *cravo e canela*, 1958; *O menino grapiúna*, 1982; y *Tocaia grande*, 1984).



Las cabañas donde viven los trabajadores, según el libro del doctor Albiñana, pero que sirven de ejemplo para todos los casos y tipos de plantaciones donde se desarrollan las novelas fruteras

La novela brasileña de Vasconcelos tiene en ocasiones un tono lírico que no deja de asemejarse a la prosa de los inicios de las distintas partes en *La vorágine*. También escrita en primera persona, *Deserdados* (*Desheredados*) narra la vida de un personaje que «tomba, do sonho e da iluzão, no martírio escruciente do desengano» y vive en la selva cauchera junto a otros trabajadores que «havía anos alí mourejabam, escravizados, cheios de dívidas, siquer sem o conforto fisiolojico que todo o animal desfruta com galhardía, no mundo amazonico, desde o jabotí até os botos, escetuando o homem!», donde, como he sugerido antes, «os maximos heroísmos alí se alternavam com as maiores vilanías!» (p. 12, 264, 273).

En unas páginas prologales posteriores, el portugués autor de *A selva* asegura que debía la escritura del libro (el mismo concepto del deber testimonial y denunciador aparecerá en *Bananos*, del nicaragüense Quintana), «sobretudo, aos anónimos desbravadores, gente humilde, que me antecedeu ou acompanhou na brenha, gente sem crónica definitiva, que à extracção da borracha entrega a sua fome, a sua liberdade e a sua existencia» (p. 17). Por lo tanto, la novela de Ferreira de Castro pretendía ser una *crónica definitiva* del trabajo del caucho en la selva.

La palabra *crónica* me parece altamente significativa. El deseo y la intención de testimonio mueve ya, por los años de la primera Guerra Mundial y los siguientes, a escribir relatos con voluntad exclusivamente informativa, en los que la construcción retórica pretendida fuese mínima. Era el momento de las colaboraciones periodísticas de una serie de escritores que repartieron su esfuerzo entre la crónica de grandes hechos sociales y las novelas. Incluso éstas aparecen trufadas de crónica. Recordemos simplemente algunos nombres famosos norteamericanos que influyeron en todas las literaturas: Upton Sinclair, Ernest Hemingway y John Dos Passos, o el del ruso Ilia Erhenburg.

Sé bien que este tipo de periodista-novelistas ya se dio en la generación anterior, y en la literatura española existe el caso paradigmático de Azorín. Pero si aquellos consideraban el periodismo desde la literatura, éstos hacen justamente lo contrario: miran la literatura desde el periodismo.

La presencia de la crónica resulta evidente en las novelas fruteras por su afán de informar al lector de las condiciones de explotación de las plantaciones y del trato que sufren los trabajadores. Jorge Amado, en una nota del inicio de *Cacao* (1933), escribe: «Intenté contar en este libro, con un mínimo de literatura y un máximo de honestidad, la vida de los trabajadores de las haciendas de cacao del sur de Bahía» (p. 9).

Unas veces, las novelas se dirían informes sociológicos, como en la sistemática presentación de personajes en la primera parte de *Cañas y bueyes*. En otras ocasiones pareciera buscarse exponer un modo de vida, así en *Los enemigos de la tierra*, o el funcionamiento de la explotación, como en *Over*. Sin embargo, un toque estructural o retórico actúa sobre ese primer contenido informativo para convertirlo en novela. Ya sucedía esto en *A selva*, de Ferreira de Castro, cuando un incendio simbólico final cierra la crónica de los trabajadores caucheros. En *Los enemigos de la tierra*, lo novelesco se construye sobre la tradicional oposición

campo/ciudad. En *Over*, es el encuadramiento de la crónica en la biografía del personaje lo que construye la novela.

Cuando los críticos e historiadores de la novela hispanoamericana estiman que la novela iniciadora del testimonio sobre las plantaciones fruteras americanas es *Mamita Yunai*, del costarricense Carlos Luis Fallas, publicada en 1941, hacen una suerte de malabarismo para integrar la serie exclusivamente en la literatura proletaria ligada a las directrices soviéticas de 1932 y 1934. De hecho, Jorge Amado se preguntaba, al final de la nota inicial de *Cacao*, después de advertir cuál fuera su intención escritora: «¿Será una novela proletaria?». No niego la influencia que las resoluciones del famoso congreso de Jarkóv tuvieron sobre los artistas durante los años treinta, ni la generosidad y entrega de tantos militantes, así como la indudable justicia que significaban sus demandas, sino que creo que estas novelas americanas se integran, como la duda de Jorge Amado parece sugerir, en tradición distinta a la llamada literatura proletaria, cuyo modelo histórico había sido *La madre* (1902), de Gorki, con su capacidad ejemplar de formación de luchadores que, a mediados de los años treinta, se convertirá en modelo único.

Creo que la primera vez que el tema frutero aparece en la literatura americana, después del caso ya citado de Ferreira de Castro, es en los cuentos de la costarricense Carmen Lyra, seudónimo de María Isabel Carvajal, publicados en 1931 bajo el título *Bananos y hombres*. En la justificación que la autora hace de ese título está el resumen de lo que sucederá en toda la novela frutera:

Pongo primero BANANOS que HOMBRES porque, en las fincas de banano, la fruta ocupa el primer lugar, o más bien el único. En realidad el HOMBRE es una entidad que en esas regiones tiene un valor mínimo y no está en segundo puesto, sino que en la punta de cola de los valores que allí se cuentan. (*Relatos escogidos*, p. 371)

Dos años más tarde, en 1933, será Alejo Carpentier quien atienda a las plantaciones y los ingenios de caña de azúcar en *Ecue-Yamba-O*.

Carmen Lyra y Alejo Carpentier, cuya adscripción ideológica no es en absoluto dudosa, no escriben siguiendo directrices de la literatura denominada proletaria, porque aún no se habían establecido. Inmersos sin duda en la preocupación social que los lacera, ponen en marcha la novela de las plantaciones de fruta dentro de la corriente testimonial que se había desarrollado a partir de la primera Gran Guerra, mezclada con los movimientos de vanguardia aunque con mayor interés por la construcción de un mundo nuevo que por la destrucción del antiguo. El

prólogo que Manolo Cuadra escribiese para *Bananos*, de Emilio Quintana, ambos nicaragüenses, novela frutera de 1942, no deja de ponerla en relación directa con una novela tan significativa del testimonio de la primera Guerra Mundial como *Sin novedad en el frente*, de Remarque.

Aunque la novela frutera pueda recibir alguna influencia, poco tiene que ver con la novela urbana argentina, o de obras representativas como *El tungsteno* (1931), del peruano César Vallejo, *Canal zone* (1935) del panameño Demetrio Aguilera Malta, *Huasteca* (1939), de López y Fuentes, *El mundo es ancho y ajeno* (1941), de Ciro Alegría, *Las cruces sobre el agua* (1946), del ecuatoriano Joaquín Gallegos Lara, y otras con las que a veces se las relaciona.

Vine a decir antes que una mayoría de las novelas fruteras se habían escrito entre 1931 y 1950, siendo el período crucial el decenio de los años treinta. Me referí también a que no podía hablarse de influencia importante de la literatura proletaria hasta la famosa *Mamita Yunai*, de Carlos Luis Fallas, porque la serie se inscribía en una tradición anterior, netamente americana aunque los primeros ejemplos fueran novelas en lengua portuguesa.

Visto así el panorama, cuatro novelas dominicanas cobran importancia porque conforman el núcleo principal del subgénero: *Los enemigos de la tierra* y *Cañas y bueyes*, de 1936, *Over* de 1939 y *Jengibre*, de 1940.

Antes de ellas habían aparecido los cuentos de Carmen Lyra, de 1931, *Ecue-Yamba-O*, de Carpentier, y *Don Goyo*, de Aguilera Malta, en 1933, *La cosecha*, de Osorio Lizarazu, *El infierno verde*, José Marín Cañas, *Crisol*, de José Isaac Fábrega, y, en prensa, la casi desconocida *La reconquista de Talamanca*, de José Marín Cañas, ambas de 1935. De 1936 es también *La llamarada*, del puertorriqueño Enrique A. Laguerre.

Con posterioridad, entre 1940 y 1950, *Solar Montoya*, de Enrique A. Laguerre, *Mamita Yunai*, *Bananos*, de Quintana, *Juyungo*, de Adalberto Ortiz, y *Nuestro pan*, de Enrique Gil Gilbert, *El río oscuro*, de Varela, *Cosmapa*, de José Román, *San Cristóbal*, del panameño Ramón H. Jurado, *Puerto Limón*, del costarricense Joaquín Gutiérrez, y *Prisión verde*, de Amaya Amador. Ninguna de ellas dominicana y, salvo *Cosmapa*, todas ellas influidas por la estética del realismo socialista. La novela publicada en 1950 por Miguel Ángel Asturias, la primera de su trilogía, *Viento fuerte*, ya pertenece, por su planteamiento y su lenguaje a un género diferente.

Resulta, pues, que las cuatro novelas dominicanas (las cuatro, porque no hay más, aparte de la tardía *El terrateniente*, de Amiama) son las que prácticamente permitirían elaborar las leyes del subgénero. De ahí la importancia que tienen dentro de la historia literaria latinoamericana y que hace, una vez más, inexplicable su habitual ausencia del canon. Son cuatro novelas que plantean en toda su crudeza la dificultad de distinguir entre la crónica y la ficción, un problema que marcó la literatura occidental entre las dos guerras mundiales y que hay que relacionar con la tensión entre masas y élites que, arrastrándose a lo largo de todo el siglo XIX, se centra teóricamente en español sobre los libros *La deshumanización del arte*, publicada por José Ortega y Gasset en 1925, y *El nuevo romanticismo*, libro de José Díaz Fernández, que removió el panorama cultural en 1930. No puedo saber si los cuatro novelistas, Requena, Moscoso Puello, Marrero Arísty y Pérez Cabral, leyeron estos libros teóricos, pero sus novelas se escribieron en la problemática absolutamente moderna que planteaban y en la que se oponían.

La historiografía de la literatura hispanoamericana se suele hacer sobre los países más influyentes y con los nombres más internacionales, ello entorpece la mejor comprensión de los fenómenos y hace aparecer ciertas obras como islotes en un mar escasamente transitado, cuando la realidad es la de un estrecho de abundante navegación. Parece que es necesario ya armar el convoy y emprender la mejor travesía que, sin duda, puede proporcionarnos descubrimientos.

CRONOLOGÍA

1921	Vasconcelos	Desheredados	Brasileño
1928	Albiñana	Aventuras tropicales	Español
1930	Ferreira de Castro	La selva	Portugués
1931	Lyra	Bananos y hombres	Costarricense
1932	Lins do Rego	El niño del ingenio...	Brasileño
1933	Aguilera Malta Amado Carpentier	Don Goyo Cacao Ecue-Yamba-O	Ecuatoriano Brasileño Cubano
1935	Marín Cañas Osorio Lizarazu	El infierno verde La cosecha	Costarricense Colombiano
1936	Fábrega Moscoso Puello Requena	Crisol Cañas y bueyes Los enemigos de la tierra	Panameño Dominicano Dominicano
1939	Marrero Aristy Pérez Cabral	Over JengibreDominicano	Dominicano
1941	Fallas	Mamita Yunai	Costarricense
1942	Gil Gilbert Ortiz Quintana	Nuestro pan Juyungo Bananos	Ecuatoriano Ecuatoriano Nicaragüense
1943	Varela	El río oscuro	Argentino
1944	Román	Cosmapa	Nicaragüense
1947	Jurado	San Cristóbal	Panameño
1950	Amaya Amador Asturias Dobles Gutiérrez	Prisión verde Viento fuerte El sitio de las abras Puerto Limón	Hondureño Guatemalteco Costarricense Costarricense
1954	Asturias	El papa verde	Guatemalteco
1960	Asturias	Los ojos de los enterrados	Guatemalteco
1970	Amiama	El terrateniente	Dominicano

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilera Malta, Demetrio: *Canal Zone*; México: Joaquín Mortiz, 1977.
- Albiñana, Doctor [José María]: *Aventuras tropicales*; Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1928.
- Alcántara Almánzar, José: *Narrativa y sociedad en Hispanoamérica*; Santo Domingo: INTEC, 1984.
- Amado, Jorge. *Cacao*; Madrid: Alianza, 1999.
- Amiama, Manuel A.: *El terrateniente*; Santo Domingo: Sociedad dominicana de bibliófilos, 2000.
- Asturias, Miguel Ángel: *El papa verde*; Buenos Aires. Losada, 1954.
- Barbusse, Henri: *El infierno*; Valencia: Prometeo, 1919.
- *El fuego (Diario de una escuadra)*; Barcelona: Montesinos, 2009.
- Blanco, Delia: «La littérature de la République Dominicaine: foisonnante et singulière». En red: <http://www.culturessud.com/contenu.php?id=182>.
- Campobello, Nellie: *Obra reunida* (Prólogo de Juan Bautista Aguilar); México: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Candelier, Bruno Rosario: «Tendencias, ciclos y valores de la novela dominicana». En red: http://www.academia.org.do/index2.php?option=com_content&dopdf=1&id=438.
- *La ficción montonera. Las novelas de las revoluciones*; Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2000.
- Carpentier, Alejo: *Ecua.Yamba.O*; Barcelona: Bruguera, 1979.
- Céspedes, Diógenes: «El sentido de la responsabilidad social frente a la estructura: Un estudio de *Jengibre*»; *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 5/9 (1979): 33-56.
- Damirón, Rafael: *De soslayo*; Santo Domingo: Alfa & Omega, 1983).
- Di Pietro, Giovanni: *Las mejores novelas dominicanas*; Bayamón, Puerto Rico: Isla negra editores, 1996.
- Díaz Castro, Eugenio: *Manuela*. Medellín: Bedout, s/f.
- Do Rego, José Lins: *El niño del ingenio de azúcar*; Madrid: Letra celeste, 2000.
- Dobles, Fabián: *Ese que llaman pueblo*; San José: Editorial Costa Rica, 1978.
- Dorgelès, Roland: *Les croix de bois*; Paris. Albin Michel, 1919.
- Douglass, Frederick: *Vida de un esclavo americano escrita por él mismo* (prólogo de Houston A. Baker, Jr); Barcelona: Alba, 1995.
- Duhamel, Georges: *Civilisation (1914-1917)*; Paris: Mercure de France, 1993

- Emeterio Rondón, Pura: *Narrativas dominicana y haitiana: símbolos para una propuesta alternativa*; Santo Domingo. Editora Nacional, 2007.
- Fábrega, José Isaac: *Crisol*; Panamá: Star&Herld, Co., 1936.
- Gagini, Carlos: *El árbol enfermo*; San José: Ed. Costa Rica, 1978.
- *La caída del águila*; San José: Editorial Costa Rica, 1984.
- García Calderón, José: *Diario íntimo. 12 de septiembre de 1914 – 3 de mayo de 1916* (edición de Alberto Jochamowitz); Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1969.
- Giménez Caballero, Ernesto: *Notas marruecas de un soldado*; Barcelona: Planeta, 1983.
- Glaeser, Ernst: *Los que teníamos 12 años*; Madrid: Cénit, 1929.
- Gold, Michael: *Judíos sin dinero*; Madrid: Cénit, 1930.
- Graciano, Berta: *La novela de la caña* (Presentación de Bruno Rosario Candelier); Santo Domingo: Alfa & Omega, 1990.
- Harrison, Charles Yale. *Los generales mueren en la cama*; Madrid. Fénix, 1933.
- Inchaústegui Cabral, Héctor. *De literatura dominicana. Siglo XX*. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2007.
- Jurado, Ramón H.: *San Cristóbal*; Panamá: s/e, 1963.
- Klein, L.B.: «Antiimperialismo y literatura en el Caribe (1898-1933)»; *Anales de literatura hispanoamericana* 2-3 (1973-1974): 209-222.
- Laguerre, Enrique A.: *Obras completas*; San Juan de Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974.
- López y Fuentes, Gregorio: *Campamento*; Madrid: Espasa Calpe, 1931.
- *Mi general*; México: Botas, 1934.
- Lyra, Carmen: *Relatos escogidos* (edición de Alfonso Chase); San José: Editorial Costa Rica, 1999.
- Marrero Arísty, Ramón: *Over*; Santo Domingo: Taller, 1998.
- Montezuma de Carvalho, Joaquim: *Panorama das literaturas das Américas*; Município de Nova Lisboa, Angola, 1958 (4 volúmenes).
- Moscoso Puello, Francisco E. : *Cañas y bueyes*; Santo Domingo: s/e, 1975.
- Moya Pons, Frank: *Bibliografía de la literatura dominicana 1820-1990*; Santo Domingo: Comisión Permanente de la Feria del Libro, 1977, 2 volúmenes.
- *Historia del Caribe. Azúcar y plantaciones en el mundo Atlántico*; Santo Domingo: Buho, 2008.
- Ortiz, Adalberto: *Juyungo* (Prólogo de José Carlos Mainer); Barcelona: Salvat, 1982.
- Ortiz, Fernando: *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* (Introducción de Bronislaw Malinowski); Universidad Central de Las Villas, 1963.
- Pérez Cabral, Pedro: *Jengibre* (Prólogo de Diógenes Céspedes); Santo Domingo: Alfa y Omega, 1978.
- Quesada Soto, Álvaro: *Breve historia de la literatura costarricense*; San José: de. Costa Rica, 2008
- Redol, Alves: *Gaibéus*; Alfragide: Leya, S.A., 2009.
- Remarque, Erich-Maria: *À l'Ouest rien de nouveau*; Paris: Stock, 1948.

- Requena, Andrés Francisco: *Los enemigos de la tierra*; Santo Domingo: Editora de Santo Domingo, S.A., 1975.
- Roumain, Jacques: *Les gouverneurs de la rosée*; Port-au-Price (Haïti): Fardin, 2007.
- *Gobernadores del rocío*; Santo Domingo: Secretaría de Estado de Cultura, 2007.
 - *Bois d'ébène*; Port-au-Price (Haïti): Col. L'Intemporel, 2005.
- Sánchez, Luis Alberto: *Panorama de la literatura actual*; Santiago de Chile: Ercilla, 1934.
- Santa Marina, Luys: *Tras el águila del César*; Barcelona: Planeta, 1980.
- Stowe, Harriet Beecher: *La cabaña del tío Tom* (edición de Carmen Manuel); Madrid: Cátedra, 1998.
- Varela, Alfredo: *El río oscuro*; Buenos Aires: Agepe, 1943.
- Vasconcelos, Carlos de: *Deserdados*; Rio de Janeiro: Livraria Leite Ribeiro, 1922 (2ª).
- Zweig, Arnold: *El sargento Grischka*; Madrid: Cénit, 1929, (2ª).



ROSA DE DIEGO¹

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea
rosadediego2@telefonica.net

Artículo recibido: 17/11/2010 - aceptado: 18/12/2010

EL TEATRO BURLESCO EN QUEBEC

RESUMEN

El teatro burlesco tuvo gran éxito en Canadá. Después de haber presentado su estructura, analizaremos sus funciones: la subversión de los valores tradicionales, el uso del lenguaje popular para afirmar la identidad propia de las tierras del Quebec, ni americana, ni francesa, y la transformación del sujeto rural, que se convierte en urbano. El teatro burlesco ya anuncia la revolución teatral que ocurrirá más tarde en Quebec.

PALABRAS CLAVE: Teatro, Burlesco, Quebec, Revolución Tranquila - *joual*

ABSTRACT

Burlesque theatre has had a great success in Canada. After presenting its structure, we analyze its functions: the subversion of traditional values, the utilization of popular language as a way to affirm Quebec land's own identity, neither American nor French, and the transformation of a rural subject which becomes urban. Burlesque theatre announces the later theatrical revolution in Quebec.

KEY WORDS: Theatre- Burlesque - Quebec - Quiet Revolution - *joual*

Resulta sorprendente que una literatura de expresión francesa haya podido desarrollarse en el continente americano. Para ello ha sido imprescindible hacer frente a dos desafíos importantes. El primero de ellos es de índole geográfica y demográfica. Se trata de cómo sobrevivir y consolidarse, siendo una minoría *différente*, en territorio americano. El segundo posee rasgos sociohistóricos, porque

¹ Rosa de Diego es Catedrática de Literatura Francesa en La Universidad del País Vasco. Sus investigaciones se centran en la literatura francesa de los siglos XIX y XX, en la literatura de Quebec, y en el teatro. Entre sus publicaciones, destacan *Les villes de la mémoire*; *Antología de la poesía romántica francesa*; *Teatro de Quebec*; *Camus*. Con Ana González Salvador y Marta Segarra, *Historia de las Literaturas Francófonas. Bélgica, Canadá, Magreb*.

hubiera sido lógico que, tras la Conquista inglesa de 1760, el imaginario inglés se hubiera apropiado de los mitos del Canadá francés. Pero nada de esto ocurrió. Desde sus orígenes, la literatura de expresión francesa en Canadá se ha afianzado y ha mantenido una expresión y una tradición cultural francófonas en América.

Dentro de esta literatura canadiense francófona, denominada Literatura de Quebec, el teatro ha ocupado un lugar primordial, si bien su nacimiento fue tardío. Hasta el siglo XX la sociedad quebequense era rural y estaba dispersa en distintos pueblos. La actividad teatral de las ciudades se desarrollaba principalmente en inglés. Sin embargo, poco a poco, el teatro se va a convertir en un acontecimiento cultural y social de primer orden, estrechamente relacionado con sus condiciones de existencia y con las características sociopolíticas del público al que se dirige. El teatro quebequense ocupa en la actualidad un lugar fundamental no sólo en Canadá, sino también en la escena internacional.

La denominación *commedia dell'arte* puede servir para describir y definir, por sus rasgos fundamentales, una forma de teatro que nace en Italia hacia 1550 y que se prolonga hasta finales del siglo XVIII. Esta expresión, *commedia dell'arte*, subraya el carácter profesional de este teatro de actores, caracterizados con «máscaras»: Arlequín, *Pantalone*, el *Dottore*, la *servetta*; el *Capitano*, parejas de *innamorati*, etc. Estas obras, en tres actos, tenían una trama definida y una serie de personajes arquetípicos y estereotipados. El peso de la obra recaía sin duda sobre el trabajo de los actores, con una gestual enfática, diálogos improvisados e interludios musicales y bromistas. Y al final las desgracias que iban desplomándose sobre los distintos personajes resultaban efímeras, superables, todo terminaba arreglándose y las obras finalizaban siempre bien. La risa ponía el punto final.

Si la improvisación es siempre oportuna y seductora en cualquier espectáculo, en este caso estaba regida por un trabajo sólido y concienzudo de los actores, que conocían además perfectamente las reacciones y los gustos del público. Se trataba de una labor compleja, colectiva, trabajada cada día, y completada con una formación adicional en malabarismo, mimo y acrobacia. Disponían de numerosos esquemas y repertorios, de frases hechas o *canovaccios*, bromas y rutinas corporales o *lazzi*, a partir de los cuales cada cómico construía su papel. Se conseguía así un espectáculo en el que se entremezclaban, de manera sutil, las diferentes competencias y adquisiciones y las distintas innovaciones permitidas.

Además de las ineludibles intrigas, repletas de tópicos, ha de añadirse una fuerte dosis de actualidad cotidiana, todo ello impregnado siempre de humor.

En Europa, la *commedia dell'arte* desaparece prácticamente de los escenarios a partir del siglo XIX. Sin embargo este desenlace oficial no le impide renacer vigorosamente de sus cenizas y continuar presente en el cine y la televisión, o en la comedia moderna, como ocurre por ejemplo en América. Tanto en Estados-Unidos, como poco después en Canadá, proliferan a principios del siglo XX un tipo de performances, en los que hay música, teatro, baile, variedades y *sketches* o *bits*, cortos e improvisados, a partir de un esquema o boceto que, con los años, se irá transmitiendo entre los actores, de generación en generación. Aquellos espectáculos, mezcla de juego y de teatralidad, se pueden relacionar de manera evidente por un lado con la *commedia dell'arte* y por otro con las comedias del cine mudo americano de Chaplin, Laurel o Keaton.

Este género teatral paródico denominado *género burlesco*, constituye una forma de entretenimiento multidisciplinar adaptada a las nuevas formas de vida y al ritmo moderno que impone la ciudad. Es un arte instantáneo, espontáneo, que se caracteriza por la diversidad, la rapidez y la pluralidad de formas reunidas en una misma representación, con mezcla de música, magia, baile, diálogos rápidos, chistes, números de vodevil, atracciones, elementos cómicos y dramáticos, y un tono picante lleno de humor. La estructura no está unificada sino que estalla en distintas partes diferenciadas, durante un tiempo interrumpido. Puede percibirse fácilmente la influencia de una tradición que toma elementos del circo, de las far-sas medievales, de la *commedia dell'arte*, del *music-ball*, del vodevil, del género de variedades o del «minstrel show» americano. En todo caso destaca por acordar mayor importancia al contenido dramático, a algunas historias cortas insertadas durante la representación y, además, por la utilización de una lengua hablada, muy próxima al espectador.

Entre los años 1920 y 1950, el teatro burlesco en Quebec hizo reír a miles de espectadores y obtuvo un éxito increíble. Chantal Hébert, quien ha estudiado este tema en dos obras: *Le burlesque au Québec* y *Le burlesque québécois et américain*, señala que en los años 20 había en Montreal unas doce salas especializadas que podían acoger en torno a 7.500 espectadores. Sin embargo, su valor no

fue únicamente el de entretener a las clases populares. Por ello es preciso analizar sus características, las innovaciones del género y su valor en la trayectoria del teatro de Quebec.

El burlesco ha sido un género tradicionalmente menospreciado por una elite cultural, que únicamente ha percibido su carácter vulgar o grosero. Y por tanto, no suele ser abordado como objeto de estudio, ya que siempre ha sido considerado un género menor, por su aparente facilidad, por la insistencia y repetición de ciertas situaciones y tópicos, por el recurso a temas tabúes que eran garantía de éxito, por su calidad artística dudosa, o por ser espectáculos consumidos por un público calificado a menudo como «medio», menos culto.

Es cierto que estos textos burlescos, denominados *burlesquers*, han abordado temas considerados «vulgares» en virtud de ciertos usos, costumbres y valores consagrados en la sociedad quebequense de principios del siglo XX, una sociedad terriblemente tradicional. Sin embargo su valor es ya indiscutible: han conseguido informar, de la misma forma que cualquier otra manifestación cultural significativa, sobre una parte de la historia de Quebec, ya que si han podido nacer, desarrollarse y prosperar tanto, ha sido porque respondían a las esperanzas, inquietudes y sueños de buen número importante de espectadores quebequenses. Por lo tanto, tras la primera y evidente función de divertimento, se esconden otros valores, ya que estos espectáculos reflejaron y sacaron a la luz frustraciones y deseos profundos de una gran parte de la población.

Las comedias burlescas de Quebec adquieren un gran auge en torno a los años 30, Jean Grimaldi, Gilles Latulippe, Rose Ouellette, Juliette Petrie y Paul Thériault son algunos nombres importantes, con cifras record de asistencia. Aunque no están subvencionadas, el público fue fiel durante más de una generación. Siguiendo el modelo burlesco americano, poseen una estructura heterogénea con dos partes de alrededor una hora, separadas por un entreacto. El espectáculo empezaba con la proyección de una película, que inicialmente era muda, acompañada por un pianista y un presentador que iba explicando la intriga. A continuación se levantaba el telón para ver bailar y cantar a un grupo de chicas. Le sucedían varios números de variedades. Luego un breve drama y algunos *sketches* cómicos con bastante improvisación. A continuación más canciones y bailes, para terminar con una comedia con final elaborado, que era propiamente la comedia burlesca.

La representación espontánea del actor, su personalidad, los vestuarios y decorados, los accesorios, las expresiones y giros, las entonaciones, los gestos... todo eso era lo que provocaba la risa. Estas comedias burlescas se adaptaban a la mentalidad del público que asistía a este tipo de espectáculos. De hecho los actores, que debían ser ingeniosos, incluían espontáneamente un tipo u otro de réplicas, historias, chistes o monólogos, en función del auditorio, y cambiaban en cada representación su discurso o exageraban sus gestos, multiplicando por ejemplo los apartes, para provocar a un público inerte o pasivo. Buena parte del humor burlesco procedía de los efectos visuales. El teatro burlesco era un trabajo no sólo de improvisación sino también de trabajo colectivo.

Para el estudio de las comedias burlescas, sólo disponemos de la lectura de sus bocetos, es decir, una estructura de base concebida para permitir que el artista desarrollara todas sus artes. Había un planteamiento inicial y otro final, el resto se improvisaba. Estas obras burlescas de Quebec poseían siempre una especie de fórmula a partir de la cual podían desarrollarse multitud de variantes sorprendentes. Por ejemplo un hombre sorprendido con la mujer de otro, situación esta que puede dar lugar a todo tipo de desenlaces: el segundo hombre mata al primero, los tres se suicidan, o se crea un episodio final divertido e incluso absurdo. Su temática es recurrente: bodas, engaños, padres autoritarios, hijas traviesas, suegras inoportunas, madres casamenteras, criados astutos... En definitiva responden a problemas primitivos, cotidianos y universales, como el deseo, el miedo, el instinto, la avaricia, el dolor, la hipocresía o los celos. Las historias se transforman en relatos de engaños y falsas apariencias, donde siempre vence aquel que sabe suplir el estatus por su gran habilidad. Se impone el parecer sobre el ser.

Por lo tanto es preciso leer estos bocetos que, con frecuencia, no resultan ni siquiera divertidos, imaginando sus posibilidades visuales y auditivas, porque fueron creados para servir de pretexto a todo un juego interpretativo actorial que, en cada representación, se adecuaba al gusto del espectador. El boceto de una comedia burlesca no coincide lógicamente con la obra representada y contemplada y nunca podrá revelar ciertos instantes únicos e imprevistos del actor que son siempre perecederos. Por lo tanto si la experiencia de la lectura y la de la representación teatral son siempre distintas, aquí lo son mucho más. Sin embargo, tal y como señala Anne Ubersfeld, aunque admitamos que el teatro no se puede leer, a pesar de todo es preciso leerlo. Y en este caso no hay otra documentación, es decir, no hay otro camino para abordar el género burlesco de Canadá durante este periodo.

Uno de los temas frecuentes en este teatro burlesco de Quebec era la pedida de mano de una chica. La historia tipo puede resumirse de la siguiente manera: Un joven o una joven quiere casarse y su progenitor, que también puede ser hombre o mujer, se opone. Esta oposición se solía basar en el hecho de que el candidato elegido no era suficientemente rico o de clase social apropiada para responder a las exigencias del tutor. Entonces uno de los aspirantes al matrimonio decide resistir frente a estas presiones. A menudo se recurre a la astucia para conducir esta resistencia, pero ocasionalmente también a la fuerza. En la mayoría de los casos, al caer el telón, el o la protagonista consigue superar la negativa de la autoridad. Obtiene la aprobación porque sabe demostrar que se puede compensar con la picardía o la inteligencia, la clase social o el dinero que no posee. Por tanto se le acepta no como un «buen partido» sino como una persona que puede desafiar a la autoridad. Al final de la obra el dominado vence al dominante que termina reconociendo su capacidad para el matrimonio, no por ser rico y noble, sino por ser astuto, pícaro e inteligente. El feliz desenlace de estas historias demuestra la superioridad real de los súbditos frente a la autoridad, la supremacía de lo falso frente a lo evidente, el triunfo del instinto sobre la razón y el de la picardía sobre la rectitud. ¿Cómo no recordar aquí la tradición de la *commedia dell arte* en la que lo burlesco está presente tanto en el trabajo de los actores como en la propia dramaturgia? Podemos mencionar a título de ejemplo la abundancia de malentendidos, de relaciones amorosas contrariadas por viejos, maniobras de criados astutos, disfraces, *qui pro quos*, engaños, desafíos a la autoridad,... Temas, todos estos, que ya en la Edad Media formaban parte de la temática favorita de la farsa, un género popular en todos los sentidos del término y que sin duda está estrechamente emparentado con lo burlesco. Temática asimismo relacionada con una materia cómica grotesca y bufona, una risa poco refinada, carcajada pura, con frecuentes alusiones escatológicas, eróticas o ilógicas. Para ello resulta fundamental la dimensión corporal del actor que busca provocar una risa franca y popular mediante gestos, muecas sugerentes, mimo, palabras cómicas, chistes y todo tipo de provocaciones...

Cabe destacarse que, mientras que en el burlesco de los Estados Unidos se aludía únicamente al sexo, las comedias burlescas quebequenses hablaban de

matrimonio, adaptándose así a los preceptos de la Iglesia católica, que mantiene un enorme poder e influencia en Quebec, durante el periodo previo a la denominada *Revolución tranquila*². Muchas alusiones picantes, sobre todo al final de las obras, recordaban que la unión sexual que prometía llevarse a cabo, debía realizarse, como no podía ser de otro modo, en el seno del matrimonio y además con la finalidad de procrear. El género burlesco de Quebec permanecía fiel a los preceptos de la Iglesia, uno de los pilares de la sociedad canadiense francófona.

Los sentimientos expuestos son siempre elementales, la intriga está construida con cierta rapidez y superficialidad, los tópicos recorren el espectáculo. Ritmo, movimiento y diversión son los ejes en los que se sustenta el trabajo colectivo burlesco. Y aquí surge de inmediato, inevitablemente la subversión. Porque es evidente que una preocupación fundamental del teatro burlesco de Quebec es la oposición a cualquier forma de dominación y a la tradición: subversión contra los poderes morales, los tabúes sexuales, la lógica aristotélica, las autoridades institucionales, el peso de la tradición, la reacción psicológica. Gracias a la farsa y a lo burlesco el espectador puede sublevarse y vengarse de las imposiciones de la vida y de la razón. Todos engañan a todos. Se miente para obtener poder, amor, dinero, autonomía, para corregir los errores de la naturaleza, para vencer los engaños del otro. Todas las comedias burlescas quieren desafiar al destino, a las convenciones, a las ambiciones de los demás, a muchas prohibiciones y dominaciones. Y sobre todo a la autoridad: jueces, gobernantes, abogados, médicos, curas, maestros, suegras, padres, señores. Se produce una revancha alegórica contra los «superiores», contra la disciplina y el orden. Los papeles quedarán invertidos y la jerarquía alterada. De ahí surgen una serie de actuaciones alteradas, pervertidas, subvertidas. Un mundo al revés. Tal y como señala Pavis, «más que un género literario, el burlesco es un estilo y un principio estético de composición que consiste en invertir los signos del universo representado, en tratar noblemente lo trivial y trivialmente lo noble, siguiendo en esto el principio barroco del mundo al revés» (p. 59).

El género burlesco está estrechamente relacionado con lo popular, se dirige a un espectador no iniciado, y ofrece, como he señalado, respuestas a sus deseos y frustraciones. El teatro burlesco no difundió obras destacables ni en cuanto a

² Se conoce como *Revolución tranquila* a la etapa de modernización de Quebec, durante los años 60, en todos los ámbitos, ideológico, político, económico, social y cultural. Se produce una ruptura con respecto a los valores tradicionales.

la calidad de su escritura o de su lengua, ni por la profundidad de sus ideas o por su carácter estético. Se trata de liberar ciertas emociones y pulsiones reprimidas en la vida cotidiana, que el público que asiste al espectáculo va a compartir siempre. Sin embargo, y más allá de la risa que inevitablemente provocan estos espectáculos, puede afirmarse que las comedias burlescas poseían un contenido más grave y trascendente. Resultaban inquietantes no por la vulgaridad de algunas expresiones o la trivialidad de algunas bromas, tal y como acusaban los portavoces de la «gran cultura», sino por ciertos motivos inconscientes y valores ideológicos o antropológicos que eran el pretexto para su creación y que eran la razón de su éxito.

Destaca sin duda la utilización de una lengua popular, quebequense, absolutamente distinta de la lengua culta francesa. El uso de esta lengua en la escena burlesca posee una dimensión no sólo estética, sino también ideológica, política, polémica. Por primera vez se produce un fenómeno que será clave en la trayectoria y evolución del teatro de Quebec. En el escenario los actores hablan con una lengua espontánea, que reproducía la forma de hablar de las calles de Montreal y Quebec, es decir, no con una lengua importada de Francia, de modo que el espectador se encontraba cómodo y próximo al espectáculo. En este sentido el género burlesco estaría en el origen del posterior teatro revolucionario de Michel Tremblay que, con su obra *Les Belles-Soeurs*, en 1968, provoca una enorme polémica en el mundo teatral, sobre todo por la utilización en el escenario del *joual*, es decir, de la lengua de un barrio popular del este Montreal. Se trata de una lengua familiar, con expresiones vulgares, un francés alterado por el inglés, símbolo tradicional de la inferioridad de los quebequenses, pero que produce un efecto realista muy eficaz. El *joual* se convierte en el instrumento de la afirmación de un pueblo y de su realidad. Porque, como señala Laurent Girouard, «el *joual* no es una jerga ni un dialecto. Se trata más bien de una forma lingüística procedente de la ausencia de una lengua nacional y de la proximidad de una lengua extranjera dominante» (p. 64).

El teatro de Quebec, cuando su objetivo es el reconocimiento de una cultura autónoma, sólo puede expresarse en la lengua que sirve de vehículo a esa misma cultura. Únicamente el *joual* reflejará la situación de la mayoría de los habitantes de Quebec. El *joual* se convierte así en el medio de afirmación de una *quebecidad*. Aglutina y resume las señas de identidad de un pueblo. Y es sin duda el vehículo para que el teatro, y en general la literatura canadiense francófona, sea definitivamente *quebequense*, alejándose tanto del imperialismo francés como del

americano. Por lo tanto la utilización de una lengua popular, que años más tarde será bautizada como *joual*, ya era, durante los años del burlesco, una licencia no sólo lingüística, algo que hubiera podido ser tolerable, sino sobre todo ideológica y, por tanto, amenazadora para las instituciones.

En la actualidad ya nadie puede afirmar, como se ha sostenido durante mucho tiempo, que estas comedias burlescas, estos textos en «lengua hablada escrita», carecen de interés y de calidad. Resulta evidente que existe un tipo de cultura divergente con respecto a la cultura oficial, que será transcendente para la evolución de las letras de Quebec, para su ruptura con respecto a la tradición y a la herencia francesas.

El teatro burlesco de Quebec anuncia ya, aunque sea de modo tímido, la gran era de transformaciones que se producirá con la denominada *Revolución tranquila*. No sólo por el empleo de una lengua oral, hablada, próxima al pueblo. No sólo por la utilización de ciertos temas que desean liberarse de normas y tradiciones. También conviene señalar en este sentido un elemento más: la presencia de la oposición entre el campo y la ciudad.

Recordemos que entre 1890 y 1930, la sociedad de Quebec es testigo de una de las transformaciones más complejas y transcendentales. La población del Bajo Canadá, el Canadá francófono, es decir el actual Quebec, era esencialmente rural. Los estudios señalan que en 1870 un 75% de los habitantes vivían en el campo, aunque a finales de siglo se reduce a un 65%. Sin embargo la crisis económica agraria, la industrialización y sus consecuencias de urbanización, provocan un paulatino pero masivo éxodo hacia las ciudades. Y finalmente en torno a 1920, la población del Canadá francófono abandona los pueblos y es sobre todo urbana. Este éxodo acarrea otras transformaciones importantes, como nuevas relaciones sociales y diferentes gustos culturales que, poco a poco, tendrán que ser explotados.

Se trata de un periodo de fuerte ideología tradicional representada por la tierra que adquiere un valor mítico e idealista. Hay un movimiento de resistencia frente al progreso tal y como queda patente en la denominada *novela del terruño*³. En estos textos aparece una antítesis irreconciliable entre los excesos negativos de la vida ciudadana y los placeres paradisíacos de la naturaleza. Como si se quisiera

³ Léase el capítulo 2.5. «La novela del terruño» (González Salvador, Diego y Segarra 2002 296-301).

negar radicalmente la evidencia de la gran transformación socioeconómica que se está produciendo en el país, ignorando las dos realidades antagónicas y absolutamente separadas durante este periodo, la urbana y la rural e, incluso, su fácil comunicación gracias al desarrollo de los medios de transporte.

Sin embargo en las comedias burlescas los personajes no defienden en absoluto el tema de la mitificación de la tierra, hecho que seguramente no podía ser de otro modo, ya que las salas de teatro estaban en grandes ciudades como Quebec y Montreal y los espectadores eran, por tanto, urbanos. Eran precisamente en las ciudades donde se organizaban fiestas, ferias comerciales y espectáculos polivalentes como el teatro burlesco. La tradición burlesca de estos años está sin duda en el origen del teatro realista popular en los años 40 y 50, representado por un autor como Gratien Gélinas, con sus monólogos en clave satírica, los *Fridolinons*, y su obra *Tit Coq* (González Salvador, de Diego y Segarra, 315-317).

Y en este sentido, destaca sin duda el papel de la mujer, de la madre, que, frente al parecer de su marido, animaba siempre a su hija «a casarse con un chico de la ciudad, guapo, elegante, con dinero y con coche». La mujer es la defensora de los valores nuevos, de la ruptura con respecto a la tradición, y de la llegada de nuevos modelos de vida gracias a la urbanización y a la industrialización. Los hombres de cierta edad, los maridos y padres, son los enemigos del progreso.

PAMELA (*madre*): Tú le quieres... la juventud de hoy... pobre pequeña inocente, ya veo que no conoces a los hombres todavía. Se les quiere, nos rompen el corazón, pisotean nuestro amor, aplastan nuestros sentimientos y nos destrozan el alma... me casé con tu padre por su dinero y no daría ni 50.000 dólares al primer jovencito del que pretendas estar enamorada si carece de fortuna⁴.

La madre de las comedias burlescas de Quebec no está en absoluto identificada con la imagen tradicional de la mujer. No es ya aquella ayudante benévola sometida a los deseos del marido, una mujer altruista y generosa que permanece en la sombra de aquel a quien ha jurado fidelidad y sumisión, el fiel ángel del hogar que mantiene una tradición puritana. No. La representación que se efectúa de ella en estas comedias de Quebec es una figura moderna, contagiada por los modelos importados de América. El papel de ama de casa y madre sigue siendo asumido por mujeres, pero se percibe de otro modo. La imagen de la mujer ya no está relacionada con la representación ideal de una madre de familia, guardiana de la tierra ancestral, de los orígenes, de costumbres heredadas de la tradición,

⁴ Jean Grimaldi, *50,000 dollars pour un mar*. Colección Grimaldi, 2 (Chantal Hébert 1989, p. 265).

preservadora de una cultura y de una religión que eran armas de defensa frente a los peligros de la modernidad y el capitalismo americanos. Muy al contrario, la mujer y la madre se convierten en los agentes de transmisión de lo nuevo, de valores contemporáneos que más tarde terminarán con los modelos tradicionales ya caducos. Sin embargo, y a pesar de esto, estos textos mantienen sistemáticamente la necesidad del matrimonio y de la familia, a pesar de sus constricciones. Las mujeres más jóvenes, las hijas, no suelen preocuparse por cuestiones económicas, y desean por encima de todo casarse. El matrimonio representa para estas jóvenes de Quebec un camino hacia la libertad ansiada, para vivir en la ciudad moderna y sin tener que depender de su familia. La mujer aspira a un cambio de dependencia, no reivindica aún, como su vecina la americana, libertad sexual e independencia económica⁵.

Al estudiar los bocetos de las comedias burlescas de Quebec se puede deducir que algo está en plena agitación: el cambio de una sociedad tradicional, provinciana, rural, católica, que utiliza una lengua perfecta, importada de Francia, frente a otra sociedad industrial capitalista, urbana, liberal, que habla una lengua propia de Quebec. La industrialización es el eje fundamental, porque implica modificaciones sociológicas, cambios de mentalidad y del imaginario. Mucha gente emigra del campo a la ciudad y no pocas mujeres recién llegadas a la ciudad reflexionan sobre los nuevos modelos de vida. Son ellas las que más sienten las diferencias en sus roles entre la vida en el campo, entre tradiciones y autoritarismos, y las primeras también que alaban las nuevas costumbres urbanas, sin tantos tabúes y con valores más materiales que espirituales.

Indiscutiblemente, la principal función de las comedias burlescas de Quebec era el entretenimiento y la diversión. Sin embargo, se produjo un efecto colateral: ofrecieron a la sociedad un espejo en el que mirarse. El espectador se veía reflejado y comenzó a tambalearse. A través de lo cómico, el público del teatro burlesco empezó a comprender su pasado, su presente, y también a desear su futuro. Porque si estos actores, estos espectáculos provocaron durante muchos años risas y carcajadas, en realidad estaban representando carencias, represiones y deseos. Había motivos para no reír, porque se contemplaba en el escenario un modelo caduco y viejo de la sociedad de Quebec. Frente a la cultura como san-

⁵ Según Chantal Hébert, la mayoría de los espectadores asiduos al teatro burlesco en Quebec eran mujeres. Esta puede ser la explicación del tipo de mujer representada en estos escenarios y del predominio de papeles femeninos.

ción elitista, como afirmación de un poder establecido, los artistas de lo burlesco ofrecieron una visión de la cultura como un acto vivo, como una auténtica fiesta, donde de manera desinhibida el espectador podría resarcirse contra su realidad existencial. La risa es el garante de un discurso y de una mutación revolucionaria. En el género burlesco la risa es el elemento esencial que denuncia los problemas de la sociedad y así, resulta catártica.

Las comedias burlescas no tienen como punto de partida, tal y como sucede en las obras de Ionesco o de Jarry, una situación absurda. Sin embargo su final sí es absurdo: bajo una aparente alegría y desenfado se esconde una falta de ilusiones y esperanzas. Lo cómico responde a un mero instinto del hombre; un instinto de supervivencia a través del juego, la risa y la diversión. Lo burlesco es en primer lugar lúdico, pues lo que el espectador ve es exageración, subversión, pero es también mucho más, algo simbólico, donde los juegos de palabras, las situaciones absurdas, las insinuaciones, aluden a todo lo que el hombre y la sociedad no se atreven a decir. La risa y la fantasía enseguida bordean un mundo trágico. La risa exorciza la muerte. Crea distancias, es decir, teatralidad. El público puede así «morir de risa». Y la risa, sobre todo, libera, transforma, renueva.

BIBLIOGRAFÍA

- Ade teatro* n° 76, julio/septiembre, 1999. Dossier sobre «El Teatro en Quebec»
- Ade teatro* n° 86, julio/septiembre, 2001.
- Archives des Lettres canadiennes françaises, *Le théâtre canadien-français: évolution, témoignages, bibliographie*. Montréal: Fides, 1976.
- Bednarski, Betty y Oore, Irène. *Nouveaux regards sur le théâtre québécois*. Montréal: XYZ, 1997.
- Beaucage, Christiane. *Le théâtre au Québec au début du XXème siècle*. Québec: Nuit Blanche éditeur, 1996.
- Diego, Rosa de. *Teatro de Quebec*. Bilbao: Servicio de Publicaciones de la Universidad del País Vasco, 2002.
- Girouard, L. «En lisant le Cassé», *Parti Pris*, vol. 11, n° 4.
- Godin, Jean Cléo y Mailhot, Laurent. *Théâtre Québécois I*. Montréal: Bibliothèque Québécoise, 1988.
- González Salvador, Ana, Rosa de Diego y Marta Segarra. *Historia de las Literaturas Francófonas. Bélgica, Canadá, Magreb*. Madrid: Cátedra, 2002.
- Greffard, M. y Sabourin, Jean-Guy. *Le Théâtre québécois*. Québec: Boréal, 1997.
- Hébert, Chantal. *Le burlesque au Québec Un divertissement populaire*. La Salle: Hurtubise HMH, 1981.
- «Le Burlesque québécois et américain. Textes inédits», *Vie des lettres québécoises* n° 27 (1989).
- Hébert, C. y Perelli-Contos, I. (dirs.), *Théâtre. Multidisciplinarité et Multiculturalisme*; Québec: Nuit Blanche, 1997
- Pavis, Patrice. *Dictionnaire du théâtre*. Paris: Dunod, 1996. 1ª edición en 1980.
- Rémi, Tourangeau. *Fêtes et spectacles du Québec*. Québec: Nuit Blanche, 1993.
- Tremblay, Michel. *Théâtre I. Les Belles-Sœurs*. Montréal: Leméac/Actes Sud, 1991.
- Übersfeld, Anne. *Lire le théâtre I, II, III*. Paris: Belin, 1996.



FRANCISCO ESTÉVEZ¹

Università degli studi di Torino - *faestevez@gmail.com*

Artículo recibido: 31/12/2010 - aceptado: 17/01/2011

EL POETA COLOMBIANO GERMÁN PARDO GARCÍA A LA LUZ DE SU EPISTOLARIO CON LEOPOLDO DE LUIS

RESUMEN

La colaboración de Leopoldo de Luis en la gaceta literaria *Nivel* dirigida por Germán Pardo García dio lugar a una amistad reflejada en el carteo que se cruzaron durante casi 30 años ambos poetas. En los archivos del poeta y crítico cordobés se conservan buena parte de las misivas del colombiano candidato al Nobel. Leídas hoy se convierten en un valioso testimonio de la vida y obra de Pardo García así como de las fatigas de una de las revistas culturales notables de Latinoamérica.

PALABRAS CLAVE: Germán Pardo García, poesía, epistolario, Leopoldo de Luis

ABSTRACT

«The colombian poet Germán Pardo García in light of his collection of correspondence with Leopoldo de Luis». The collaboration of Leopoldo de Luis with the literary gazette *Nivel* edited by Germán Pardo García leads to a friendship between the two poets which is reflected in a correspondence of almost 30 years. In the archives of the poet and critic of Cordoba are conserved most of the missives of the Colombian nominated for the Nobel. Reading them today, they become a substantial witness of Pardo García's life and work and, in the same way, witness of the efforts of one of the remarkable cultural Latin American review.

KEY WORDS: Germán Pardo García, poetry, epistolary, Leopoldo de Luis

¹ Francisco Estévez ha sido Lector en la Universidad de Torino, profesor asociado en la Universidad de Roma «La Sapienza» y ha impartido cursos en la Universidad de Palermo en Sicilia y en la Universidad Carlos III de Madrid. Sus principales líneas de investigación abarcan la narrativa del siglo XIX, con especial detenimiento en la figura de Benito Pérez Galdós y la poesía contemporánea española de todo el siglo XX, sobre la que ha coordinado y editado dos libros *Poetas por sí mismos* (con prólogo de Cesare Segre) y *El mar de la palabra*.

El cambio de paradigma cultural que supone Internet con el imparable avance de sus redes sociales, blogs y el afianzamiento del correo electrónico como medio de comunicación arrumbó definitivamente el género epistolar, ya en ruinas desde hace tiempo, por el teléfono móvil y las constantes prisas modernas –más psicológicas que necesarias–. Y, sin embargo, «Papeles son papeles, Y / cartas son cartas», dice una copla popular, señalando la diferencia sustantiva de valor que hay entre ambos. En efecto, al calor del sosiego de la escritura depositamos en las misivas buena parte de nuestra tierna intimidad, difícilmente confesable con tanta introspección y regodeo por otros canales de comunicación. Pareciera como si el blanco de la hoja se convirtiera en mullido colchón que suavizara el desplome de nuestras opiniones y sentimientos ante el otro y permitiera campar tan a sus anchas sobre el papel. Más probablemente sea el diferimiento comunicativo y el espaciamento entre interlocutores lo que permite tal relajamiento proclive a confidencias. Bien acertó a expresar Antonio Machado como «Lo mejor de la historia se pierde/ en el secreto de nuestras vidas». Ese secreto a veces cifrado en una carta y encerrado en un sobre, como mensaje en una botella que surca los océanos.

Tal introducción resulta oportuna como sucinta reflexión para el caso del poeta colombiano Germán Pardo García, otrora candidato al Nobel pero actualmente desatendido en los manuales pertinentes donde apenas unas pocas líneas dan cuenta de su huidiza personalidad². Pardo García se adscribe generacionalmente al heterogéneo grupo de *Los Nuevos* que toma su nombre de la revista que fundaran los hermanos Felipe y Alberto Lleras Camargo hacia 1925 como salida y real superación del modernismo rampante al uso en la Colombia de aquellos años. En torno a aquella publicación se arremolinaron Luis Tejada, Rafael Maya, León y Otto de Greiff, Jorge Zalamea, Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay, Silvio Villagas, Luis Vidales, José Mar, entre otros más. Pero tal adscripción generacional nos proporciona escasa información para nuestros intereses debido a la pluralidad de voces del grupo, aunque en los turbulentos años 20 surgiera en Colombia, como

² En carta de 23 de septiembre de 1962 declaraba: «No he permitido jamás que mi oscuro nombre alcance en sus hojas exaltación alguna. Créame que me causa desasosiego y sensación negativa ver con frecuencia revistas, a veces notables, en las que sus directores se erigen pedestal por su propia voluntad, y se rodean de colaboradores excelentes con el único propósito de que ellos ayuden a sostener la estatua así erigida. *Nivel*, como proyección mía hacia ustedes, los grandes poetas de España y de América y de mi país nativo, sería para mí mismo un escándalo y ejemplo de vulgaridad (he ahí lo grave, la vulgaridad-), si así procediere. Tengo que entregarlo a ustedes puro, limpio, sin sombra mía de índole alguna; pues si me encuentro falto ante los grandes valores humanos, si por mi subfondo corren energías brutas y sordas, al menos que al recibir en mí en mi casa de espíritu a mis superiores compañeros y amigos, yo tenga dignidad para hacerlo. Y que ellos, sentados a mi mesa de espíritu la puedan compartir sin ver en ella los bajos alimentos del egoísmo».

ráfaga de aire nuevo, la necesidad de renovación, ni siquiera el vanguardismo consigue ser denominador común para aquel grupo.

Pardo García nació en Colombia en 1902. Su padre ocupó el cargo de Presidente de la Corte Suprema de Justicia de Colombia y tras la muerte de su mujer, traslada a los hijos a la cordillera oriental andina. En las soledades de aquellos páramos el joven Germán será criado por un ama y al arrimo de los agricultores. El amor a la tierra potencia el cultivo de sus primeras letras bajo la atención del crítico y poeta Antonio Gómez Restrepo, discípulo de Menéndez Pelayo, de quién aprende los secretos de la retórica. Una profunda huella marcará en el poeta aquellos paisajes abruptos. No en vano admitió «detrás de toda mi obra está la fuerza de esta naturaleza brava, hostil para el hombre que le es extraño, pero hospitalaria, amante para sus hijos desamparados» (Pardo García 2002a 120). Con sus dos primeros libros, *Voluntad* de 1930 y *Los júbilos ilesos* en 1933, despierta la atención de Gabriela Mistral quien afirma su superioridad espiritual frente a la poesía de Amado Nervo al ser «más genuina que la otra que encallaba con frecuencia en unos bancos falaces de sentimentalidad femenina y por allí debilucha». De tal modo que la poeta subraya como sigue el valor excepcional del genio pardiiano: «Muchos le apuntarán que hay en su poesía una naturaleza constante de claridad –no de fulgor, no de brillantez– de la equitativa claridad a secas» (Mistral 1933)³.

La amistad con Carlos Pellicer le conduce hasta México y, tras varias estancias, en 1951 se afinca definitivamente en aquella capital. Residirá ya de por vida allí, salvo por sus viajes europeos y visitas a Colombia. En México funda y dirige la revista *Nivel*, con más de trescientos números en su haber. Las circunstancias biográficas condicionan el tono y la anécdota de algunos poemarios, como *Poderíos* de 1937. Aunque la década de los años 50 supone un giro humanista, con posterior deriva política, quizá lo más valioso de su obra por sorpresivo son aquellos poemarios donde se vuelca un lenguaje científico irritado, con patente reflejo en *Poemas contemporáneos* de 1949, baste leer el poema «Atómica Flor», o pocos años después con un libro de título revelador *U. Z. llama al espacio o Apolo Thermidor* (1971). El poeta pensaba que «Al corazón se llega a través de Einstein» (Pardo García 2002a 126). Los poemarios se irán sucediendo y con ellos la angustia se sublima, como en *Los sueños corpóreos*. Poco posterior resulta

³ La carta fue reproducida con algunos poemas a los que hace referencia de Germán Pardo García, en una columna que lleva por título *Los grandes poetas de América por Gabriela Mistral* y que encontramos fotocopiada, sin más seña ni detalle, entre las cartas que remitiera Pardo García a Leopoldo de Luis.

30 años de labor del poeta colombiano Germán Pardo García y El cosmonauta que, como bien presagia su título, ahonda en esa línea científica y astronómica. Por otro lado, mantiene una veta clasicista, bien escenificada en poemas como *Akróteras*, de 1968, escrito con ocasión de los Juegos Olímpicos de México. Por donde transita la originalidad y profundidad de Pardo García es por debajo de la poderosa sugestión de la técnica y la ciencia, poemas como «El Poeta-El Hombre, Ruiseñor, Secuestro» son sintomáticos. Así, admitirá con vehemencia «Voy tras las huellas del más grande poeta de todos los siglos Albert Einstein. Algunas de sus ecuaciones, la nuclear, la primera, es todo un inmenso poema lleno de magia, de poder, de asombro, de pavor» (Pardo García 2002a, p. 126).

La querencia por la ciencia y las matemáticas⁴ queda compensada por una factura clásica, un gusto refinado y la placidez que le ofrecen los «poetas cósmicos alemanes», como llama a Holderlin, Schiller, Novalis, en los que encuentra esa musicalidad lejana que ofrece el «cosmos». Éste, junto a la «soledad», constituyen sus dos grandes temas (Trendall p. 4). Son sus últimos poemarios *Las voces del abismo*, con claro subtítulo *Poema sinfónico de Germán pardo García a través de la belleza contra toda injusticia*, y *Últimas odas*, en 1984, con las que cierra una dilatada obra de treinta y seis libros. En 1977 recoge una muestra de su producción en la copiosa antología *Apolo Pankrátor*, de 1364 páginas, que reúne más de setecientos poemas. Con motivo de su centenario, se publicó una edición conmemorativa de *Himnos de Orfeo* (2002).

En otra antología de resonante título, *Antología del soneto tanático, homosexual y cósmico de Germán Pardo García*, se transcribe una carta dirigida al poeta chileno Alfonso Larrahona Kasten de 1981 donde se declara «jugador de cartas desde los 18 años [...], perito en física nuclear y cuántica y casi un astrónomo perfecto, fundador y director de *Nivel* y de otras 14 revistas. Eso de día. De noche... un catedrático en burdeles y garitos y drogas.... Así fue mi vida y así será hasta el instante postrero. Amo las sombras y el peligro como Santa ama su infierno. He recibido, durante mi larga vida, más de catorce puñaladas, y he dado otras tantas». En su «atormentada y triste vida» también presumía de haber sido agrícola, atleta, amansador de caballos, agente de anuncios, físico, matemático, astrónomo, agente de publicidad, boxeador, editor, tahúr profesional, candidato en distintas ocasiones al Premio Nobel por Colombia, pero ante todo poeta. «No

⁴ De su última época es el poema *Separación* «Adiós, cifras abstractas, simbolismos,/ Cuantías y raíces divergentes/ Que alimentasteis mi soñar trifonte./ [...] ¡Adiós, ficciones que apoyasteis/ Vuestra sien de cristal en mi vigilia,/ Que giró sobre esferas enlutadas y un astro catalítico en el centro! [...] ¡Me voy hacia la Curva Imaginaria [...]!» (*Escándalo*, 89-90).

imagino qué otra cosa hubiera podido ser yo, fuera de poeta [...] para mí ser poeta es sintomático de acción arrulladora [...] Eso es para mí la poesía: la acción sin tregua». No debiera pues quedar difuminada entre tanta versatilidad profesional la patente creación del personaje poético, «último poeta maldito» (Pardo García 2002a p. 120), como a veces se le ha denominado (Ramiro Lagos p. 232) con recia plasmación en el autorretrato incluido en *Escándalo* (pp-67-72), del año 1972, que lleva por título «Un dandy en el suburbio».

Fui el huésped vertical de la calleja,
del suburbio que huele por las noches
a pescado podrido y a frituras
de las que el ciego vagabundo traga.
Pudiera conducirlos a rincones
que sólo el haragán ama y habita;
al figón de los guisos sazonados
con hiel de pulga y purulenta grasa.
La Taberna del Bubo fue mi asilo.
Allá aprendí procacidad y el goce
de saber que en la mugre hay un decoro.
Preguntadme por cosas mortecinas:
por el tahúr, por el lenón y el tuerto
capataz del garito y la alcahueta.
Fui el inquilino de tamaña angustia;
el jardinero del rosal de trapo
donde macollan cactus de bismuto
y un girasol de palidez cutánea.
No te puedo olvidar, mundo de nigua
donde el ácido fénico no logra
neutralizar mefíticos vapores.
¡Aquí conmigo, entraña del tugurio
más andrajoso, el hospital y el niño
que la indigencia cría en sus mazmorras!
Lastre sin redención: aquí te guardo
bajo mis trajes de azucena y luna.
Con sombrero de Londres te saludo;
con camisas de Holanda te fascino,
y mis zapatos alemanes graban
sobre tus vías de excremento y vómito,
la invalidez de mi dandismo pobre.

No parece pose en quien se describiera en carta privada como sigue: «Yo me he pegado a la poesía para poder existir con algo de grandeza» y, años más tarde en Roma, «Un perro vive con más altura que yo, que vivo casi como un hijo de la gran puta». No faltan además, intercalados entre las cartas los recortes de prensa de sus reyertas que atestiguan la veracidad en parte de esa vida calamitosa.

En definitiva, Pardo García se convierte en un poeta que en la actualidad parece atraer poco a los críticos, menos de lo que merece su obra. No es justa la esquiua suerte que le ha deparado hasta ahora el destino. Las posibles causas de esta desatención han sido bien apuntadas ya por Carter (p. 502): «la falta de ediciones destinadas al gran público, selectos grupos de lectores; libros de difícil adquisición». Paradójico que quien fuera editor de bellos libros con amplios tirajes, no se preocupara de realizar ediciones venales de cara al público general.

Podríamos perfilar con mayor exactitud la imagen trazada del poeta colombiano si seguimos con atención las cartas que redactó y que permiten a día de hoy un sustancial aprovechamiento al inferir sus actitudes, pensamientos literarios, y otra información biográfica pertinente al caso. Con motivo del registro del archivo del poeta y crítico Leopoldo de Luis, fallecido en 2005, entre manuscritos, ensayos, cartas, estudios, recortes de prensa, algunas decenas de poemas inéditos (incluso el proyecto final de un poemario totalmente nuevo ordenado con índice que solicita edición rigurosa al atesorar los últimos versos de su obra) descubrimos la correspondencia expedida por Germán Pardo García al poeta cordobés. A falta de que pudieran surgir otras cartas perdidas o consiguiéramos aquellas enviadas por de Luis, se conservan en la actualidad un total de cincuenta y seis misivas. Recorren éstas casi un cuarto de siglo, desde principios del año 1957 hasta las postrimerías de 1982. Siempre mecanografiadas y con firma final de puño y letra. Unas pocas de ellas con membrete de la gaceta literaria *Nivel* y sólo un par de veces en papel de hotel.

El carteo por parte del colombiano se inicia el 26 de enero de 1957 como respuesta a una carta anterior remitida por Leopoldo de Luis. Anuncia el envío del libro recién publicado *Hay piedras como lágrimas*, y dos anteriores, *Acto poético* y *U. Z. llama al espacio*. Así nace un intercambio de libros, artículos, colaboraciones y poemas que afianzan la amistad entre ambos como atestigua la siguiente carta de diciembre de aquel año donde se afirma recepción del poemario *Teatro real* que enviara Leopoldo de Luis. El poeta colombiano observa en el poema *Naufragio en la tierra* «la angustia de nuestros días en esas palabras de sencillez sorprendente...», en un libro por otro lado «claro, de austeridad suprema». Año y

medio después Germán Pardo recoge delante del director de la revista *Estaciones*, Elias Nandino, nueva carta de Leopoldo que incluye poema. Decide publicárselo en esta última revista, y no en la suya, *Nivel*, ya que le parece de mayor adecuación. No obstante, Germán Pardo le invita a colaborar en las páginas «grandes al menos por la presentación de sus formatos» próximas de su gaceta y cierra carta con la noticia de su próximo libro *Centauro al Sol* y su inminente viaje a España, con visita a Vicente Aleixandre inclusive⁵. Aparte da noticia de un encuentro fugaz con Gerardo Diego en México unas semanas atrás, «más no tan breve que no pudiera ver de un solo golpe de alma, cuánto vale ese estupendo poeta y hombre de vida que adiviné tan profunda».

Con nueva carta a mediados de septiembre de 1959 sugiere a Leopoldo de Luis el pergeñar un breve ensayo sobre la situación de la actual poesía española. Pocos días después insiste con nueva carta en el ensayo de marras: «quién podría hacer un estudio sobre esa poesía, o si lo hay no importa que no sea inédito. Lo fundamental es informar, informar, informar, servir al espíritu, que está entre nosotros tan lejos de sus semejanzas». La insistencia pone de relieve la urgencia de divulgación literaria en la Latinoamérica de aquellos años. Además adelanta la idea de hacer un número antológico para diciembre con poemas de «entre ellos usted, de Vicente Aleixandre, de Gerardo Diego, de José Luis Cano, de Blas de Otero... que pudieran no ser conocidos en América», más adelante deseará incluir también a Cernuda, Alberti y Morales. Concluye la misiva con el resumen de anteriores números de 1959 de la gaceta: el de octubre dedicado a *Los trofeos* de José María de Heredia, el de noviembre a los sonetos de *Tierra de promisión* de José Eustasio Rivera (el novelista de *La vorágine*). Por carta posterior se desprende que pocas semanas después, ya en noviembre, Leopoldo de Luis remite un estudio inicial y una vasta y firme selección, además del «deseo de no aparecer en dicho número» aunque Germán Pardo le suplica con insistencia que en números posteriores honre con su colaboración. Finalmente, no se incluirá todo el material aportado para el número, por cuestiones de espacio.

En junio de 1960 le remite diez ejemplares de *La cruz del sur*, le anuncia envío de su *Osiris preludial* y le comenta un futuro viaje a Europa (Inglaterra, Italia y España «tierra de maravilla»), en abril del año siguiente, donde conocerá en persona a Leopoldo de Luis. Éste proseguirá la colaboración en la revista, esta vez a cuenta de una «Carta a Miguel Hernández». Agradado por la agudeza crítica

⁵ Son varios los poemas con referencias a poetas españoles, por ejemplo «Signo de España» donde recuerda su estancia en Miraflores de la Sierra junto a Vicente Aleixandre «Tengo en mi itinerario su camino/ que lleva siempre al corazón de España» (*Osiris preludial* p. 101-102).

del cordobés, Germán Pardo solicita un estudio de poesía, novela y teatro de lo más relevante del año en curso. Avisa además de un número dedicado a Vicente Aleixandre que incluirá entrevista a cargo de Leopoldo y selección de poemas realizada por el propio autor, y otro número dedicado a José Luis Gallego, amigo primero y después pariente de Leopoldo de Luis al haberse casado con la hermana de éste, con ensayos y poemas escogidos.

En noviembre de 1961 y por indicación de Rafael Melero (al año siguiente el propio Melero ocupará algunas páginas con poemas y notas en *Nivel*) dedica una página central de la revista a Ramón de Garciasol. Por estas fechas envía a Madrid varios ejemplares para distribuir de *30 años de labor del poeta colombiano Germán Pardo García*. Pocos meses después, el 22 de enero 1962 declara

Nivel me tiene casi agotado de trabajo y de paciencia. Me llegan de todo el mundo impertinencias y más impertinencias y he pensado seriamente en terminarlo, para poder volver con mil últimos bríos a terminar mi trabajo de poeta ya sexagenario pero aún con mucha fuerza en las espaldas, que es donde va el peso del mundo.

Respecto a los ejemplares que el poeta colombiano va mandando a España pide a Leopoldo de Luis colocarlos en librería y regalar lo obtenido a algún

poeta que sea más pobre que yo... Yo no toco jamás dinero de mis libros, ni de la gaceta. Mantengo a mi espíritu fuera del contacto crematicio. Es cosa de tradición. Para eso he hecho todas las cosas increíbles que usted sabe: colgarme de las patas en trapecios, trepar a un ring, trotar calles detrás de anuncios, y mil locuras más.

Los problemas económicos de la revista se agravan y, antes de cerrar la gaceta, piensa en dedicar siquiera unas páginas a José Hierro y a José Luis Cano. El trabajo se desborda: «ya no son dos países los que reclaman mi cariño intenso, sino cuatro: México España, la amadísimas España, e Italia. Y antes, el solar colombiano [...]. Y quiero entregarles todo mi afecto y mi admiración, antes que la revista se vaya».

Por otro lado, para el número de febrero de 1962 anuncia la recensión de un crítico guatemalteco del libro reciente de Leopoldo de Luis, «el artículo es bello y merecido, pero terrible. Ojalá no dañe mi nuevo regreso a España. Yo no puedo poner trabas a los escritores que colaboran en *Nivel*, pero el artículo, usted lo verá... me huele a sotana que se chamusca...» Durante ese año la revista planea

artículos sobre ciudades españolas como Segovia, Toledo y Ávila. Ya anteriormente había realizado algo similar con un monográfico dedicado a Roma. «No es necesario que el artículo sea inédito. En América todo es inédito y para que las cosas se conozcan, es necesario publicarlas muchas veces... y siguen inéditas.» El 13 de septiembre de aquel año anuncia de forma concisa y misteriosa la imposibilidad «definitiva» de regresar más a España país de «poetas y de hidalgos que llevan en su sangre tanta tradición, siglos de nobleza y de sabiduría y de hermosura, fue algo solemne y que me apasiona... Amar a España y honrarlos a ustedes, es delicia íntima de mis sentidos».

Una clara visión de justicia poética que deseábamos más frecuente en estos lares le empuja a dedicar el número de diciembre a Gerardo Diego:

Traje de allá la impresión de que algunos no le quieren. Pero la poesía no es amistad ni amor ni desafecto hacia nuestros compañeros. El que diga que un poeta es grande porque es su amigo, debe comprar una soga y ahorcarse. Y si dice que es malo por falta de cariño hacia él, debe comprar dos sogas y colgarse dos veces, si se lo permite la salud... Si la poesía, Leopoldo de Luis, no nos gana el camino de la Belleza y nos hace dignos de la Vida, no habrá entonces nada que nos redima, a mí, al menos, que estoy en pugna en la existencia con tantas cosas engrandecedoras, pero que la fuerza de gravedad me hace arrastras hacia abajo. Yo me he pegado a la poesía para poder existir con algo de grandeza. (9 de octubre de 1962).

La noticia de la muerte de Rafael Melero le resulta una «tremenda estocada en plena entraña mía cordial, si es que es corazón esto que uno lleva y pulsa y sigue» y recuerda como el soneto «Ángeles sobre Salamanca», del libro *Los ángeles de vidrio*, estaba primariamente dedicado a Melero. Pero comunicó al poeta que el soneto no estaba a la altura del afecto que le tenía por lo cual borraba la dedicatoria en espera de poder dedicarle algo menos precario

Eso le dije. El creyó, quizá, que yo cometía un acto indigno de él, y se resintió. No quiso que le diese mi colaboración económica ofrecida discreta y puramente, para editar el ensayo que sobre mí se dignó hacer. Y con toda justicia me escribió como yo lo merecía. Pero él ignoraba que mi deseo era leal y que únicamente aguardaba yo a escribir algo más alto para dedicárselo. Y como yo cumplo en la vida y en la muerte, usted habrá recibido ya mi poema *El cosmonauta*, a Rafael Melero dedicado, sin saber que él sufría y que a la hora en que yo depositaba para

él el paquete en los correos, su cuerpo se hundía en esto que llamamos la Madre Tierra. (25 de octubre de 1962)

De este período es el recorte de prensa que adjunta Germán Pardo donde se le anuncia el ofrecimiento por parte del Presidente de la República de Colombia de la embajada en México. Sin embargo, el poeta declinó el ofrecimiento diplomático a favor de su colega el poeta Carlos López Narváez. Los hechos ocurren con motivo de un homenaje que se le brinda al poeta cuando visita Colombia. Más importante aún es la noticia complementaria de dicho artículo (*El Espectador* 27 de marzo de 1965) donde se menciona como el doctor Chalela, quien se encargó del discurso de bienvenida, postuló el nombre de Pardo García como candidato al premio Nobel de Literatura. Pardo García por su parte evoca al poeta Guillermo Valencia (no confundir con el presidente de la República de aquellos momentos, el doctor Guillermo León Valencia)».

En junio de este mismo año Leopoldo de Luis tendrá una sección, alternándose con Carlos Murciano, de unas tres cuartillas a doble espacio llamada *Los hechos y la cultura en España*. La revista constaba de igual sección para Colombia, Ecuador y Venezuela. Tal alternancia quizá fue la que produjo algún recelo en el ánimo de Carlos Murciano, quien se distancia de Leopoldo de Luis (el epistolario contiene una copia girada a Leopoldo de Luis de carta escrita a Carlos Murciano el 25 de noviembre de 1965). Pocos días más tarde, pedirá al poeta andaluz «el favor de abrazar sin dolor a Murciano, Ese es un buen muchacho. La vida se va y sólo queda tras de nosotros la ternura que dejemos».

Además pide transmitir su cariño a José Luis Gallego⁶, quien fuera amigo íntimo de Leopoldo de Luis y, posteriormente, ya en prisión casara –como dije– con su hermana, María Teresa Urrutia. En 1960, al salir del penal de Burgos José Luis Gallego tras una condena de diez y seis años, insinúa la posibilidad de irse de España. Germán Pardo García toma la noticia más en serio de lo debido y organiza las espinosas gestiones correspondientes. En la época y para un comunista como Gallego comprendían la salida de España a pie por los Pirineos, desde allí viaje a París donde cogería un vuelo para México, incluso gestiona un pasaporte mexicano. José Luis Gallego no emprenderá jamás dicha aventura y Pardo García displicente lo toma como ofensa. Pasado el tiempo y el enojo suavizado, tiende la mano al viejo amigo «Y te suplico decir a tu pariente José Luis Gallego, que quiero siempre, siempre, y que pasado el dolor que me causó su extraña actitud,

⁶ José Luis Gallego fue fundador en 1935, junto al entonces Leopoldo Urrutia, Germán Bleiberg y otros jóvenes, de la revista literaria *Pregón Literario*. Su obra de mayor relieve es *Prometeo XX*.

le siento de nuevo en el alma, de donde nunca ha salido [...] Ya a José Luis no es posible ayudarle como quise. El Ministro quedó resentido. Pero yo no.» Años después, las vicisitudes políticas de España en 1975 hacen recordar a Pardo García: «Nunca olvido tampoco a José Luis y he pensado mucho en él en estos momentos solemnes en que España grande y bellísima se transforma una vez más en el águila de las cimas».

En 1969 adjunta en carta un artículo del periódico *El Tiempo* de 5 de febrero, que reseña la nueva candidatura del poeta colombiano al premio Nobel de Literatura presentada por el doctor James Wills Robb, quien daba apoyo universitario a la moción inicial del doctor Chalela. La academia universitaria americana se sumará a la candidatura en buena medida por composiciones como «Never thy last farewell» o «Colinas de Arlington» (tributo al presidente Kennedy de quien se decía amigo) y otros por donde planea la sombra de Walt Whitman.

En carta desde Roma el 7 de abril de 1967 adjunta una «PEQUEÑA BIOGRAFÍA DE UN HOMBRE de fines del siglo XX», indicando que pertenece a su próximo libro, *gavilán al destierro*, e incluye el siguiente poema:

Al gran poeta español Leopoldo de Luis

Entre dos guerras transcurrió mi vida.
Entre dos apogeos del estrago.
Dos guerras grandes. Más que el mundo mismo.
Antes de la primera yo fui blanco.
Después de la segunda ya tenía
el color de la pólvora tatuado.
Antes de la primera iba desnudo
a orillas de los ríos, por los llanos
frumentales . Después de la segunda,
cota de malla y corazón blindado.
Olía el musgo a jeta de leona.
Los arroyos a orines de caballo.
Antes de la primera no tenía
temor del fuego, del rescoldo humano.
Durante la segunda, intensamente
los tuétanos salidos me quemaron.
Pude sobrevivir arrebatándole
a un muerto su sepulcro. Y empujándolo

Como a un costal de pútrida materia,
lo eché del foso y me escondí en su espacio.
Después clamaban o millar de voces
que yo era resurrecto. ¡Y me apedrearón!
Antes de la primera, sin recelo,
como se ofrece un pan, daba la mano.
Después de la segunda la escondía.
Antes de la primera, noble el paso,
cual de un hombre sencillo que confiara.
Después de la segunda, un brinco largo
de tigre hambriento. Vida bifurcada.
¡Ni siquiera me duele recordarlo
Carezco de dolor. No tengo triunfos
ni dignidad y soy uno de tantos
delincuentes de que hablan las noticias
cotidianas, un nadie, un ser tarado.
Lo demás que pudiera referiros,
es aún más torpe, sórdido y extraño.
¡Intimidad inverecunda y ruina!
Mi rostro no es auténtico. Es el falso
que ya todos tenemos. Y conmigo
llevo un papel. En uno de sus ángulos,
mi única dirección. ¡No es verdadera!
Teléfono ficticio y un retrato
que más bien es la máscara de un hombre
deliberadamente equivocado.
¡Alama y figura, nombre y domicilio,
todo simulación, todo bastardo
¡Lo que sé y lo que ignoro y lo que nunca
podrá saber, y el sueño y lo insoñado!
La sucia cabellera hasta la espalda.
¡Un infeliz andrógino barbado
Mas pudieran servirme estas señales,
si algún día vulgar, un día amargo,
sin fecha, como hay otros en la vida,
sin deshonor ni gloria, un día opaco,
yo me muero en la calle como muere
sobre el gris callejón un perro anciano.

MADRID, 5 de mayo de 1969

Las dificultades de publicación y los giros de su vena poética también son descritos con pormenor en alguna carta, como la de 28 de noviembre de 1970 donde, refiriéndose a su libro *Apolo Thermidor*, confiesa:

500 ejemplares, que cuestan justamente US 10 750 00000. Como carezco de tal cantidad de dinero, estoy trabajando rápida y velozmente en mi vieja profesión de agente de anuncios, para ver la manera de que el libro empiece a imprimirse en mayo de 71. Los editores, en vista de la presentación extraordinaria del libro, han solicitado cuatro meses para imprimirlo. Tengo que ganar el dinero de tal modo porque me niego a seguir por el humillante camino de los premios en certámenes literario. Con este libro, como podrás verlo en el breve poema *Un árbol inclinándose*, mi espíritu se inclinó definitivamente hacia la izquierda, y así se dice, sin miedo al burgués rico y bien alimentado y alojado. Esta obra quizá sea la de mayor aliento que haya escrito. Llegué a odiar la quejumbre del burgués, de su dolor pequeño y puse mi espíritu a los pies de los pobres, del Mal, contra toda injusticia

El cambio de orientación ideológica del «Viejo ruseñor colombiano con garras de gavilán», señalado en el anterior fragmento citado, venía ya de largo, desde la década de los años 50, va ahora escorándose políticamente y las consecuencias de tales decisiones tendrán reflejo no sólo en la temática, sino en la cosmovisión misma del poeta, que abre su *Apolo Thermidor* con los siguientes versos: «Yo soy la gota de agua de la izquierda./ La que cayó sobre terreno pobre». Así confesará en carta de 28 de noviembre de 1970 «Con este libro, como podrás verlo en el breve poema ‘Un árbol inclinándose’ mi espíritu se inclinó definitivamente hacia la izquierda». También los títulos serán indicativos: *Desnudez*, «en parte, la desnudez metafísica de las ideas», o *Escándalo*⁷, donde el poeta se presenta como artesano humilde: «Utensilios de trabajo» Mirad mis utensilios de trabajo./

⁷ Este libro presenta el curioso poema: «Un hombre cambia», donde reflexiona sobre el extraño carácter que posee la comunicación epistolar y las consecuencias de su peculiaridad: «Devolví al mensajero aquella carta./ No estaba transmutado el domicilio/ ni mi nombre. Era el mismo con que a diario/ me saludaban el can y el panadero./ Pero algo que en mi vida ha sido erróneo/ desde una eternidad, puso en mis labios/ Tres sílabas vacías: «No soy éste! Y ahora asordinado me pregunto:/ ¿Desde cuándo no soy el que antes era?/ ¿En qué día sonámbulo mis ojos/ cambiaron de color, y la epidermis?/ Y por dentro ¿desde hace cuántos siglos/ dejé de ser el hombre rutinario/ que sin cesar silbaba en las veredas?/ ¿Cómo perdí mi calidad exigua/ de hombre común y me alejé en las brumas/ de mí mismos y estoy aquí aguardándome,/ con mi reloj exacto sobre el pulso,/ a la hora en que suelo concentrarme/ sin temor, sin sufrir, sin penitencia?/ ¿Morí frente a un corral de árboles falsos,/ En la calzada al sur donde un letrero/ castiga la pared con su lujuria?/ ¡Ah, no lo sé! Y si acaso lo supiera/ tampoco lo diría. Algunos hombres/ preguntamos por cosas dislocadas:/ por el sol que se brinca el meridiano/ y galopa sin freno hacia la tarde;/ por esa golondrina que circula/ con crines de león en nuestros seños,/ y por una mujer que bien pudiera/ ser la madre olvidada que perdimos,/ o aquella suripanta de la boca/ pintada contra luz de un falsilunio,/ que siempre nos sonríe y nos escupe/ desde una primavera desteñida» (p. 71-74).

Son humildes, cualquier cosa del suelo./ Carbón para escribir, húmedo velo/ De retamas y un poco de cascajo» (p. 41).

En carta de 19 de marzo de 1971 agradece la generosa intervención de Leopoldo en el «noble proyecto de Dámaso relativo a una posible antología de mis trabajos en su acreditada colección *Gredos*». Años más tarde, en carta de 3 de diciembre 1975, se afirma la relativa inspiración que produjo en dos composiciones de Leopoldo de Luis «tus bellísimos sonetos, injustamente motivados por mis libros *Himnos a la noche* y *El héroe*, son una corona un laude conmovedor sobre esas páginas que lancé al viento como un alarido y como una admonición contra los que intentan olvidar a la materia y anteponerle sus frías supersticiones»⁸. A partir de 1979 se suceden una serie de cartas donde se comunica un par de tentativas de suicidio derivadas de crisis amorosas que merman su salud, motivo por el cual pide información relativa al costo de la vida en España con el deseo íntimo de vivir sus últimos días allá. Su adicción al juego clandestino y los tugurios nocturnos le provoca situaciones sumamente comprometidas:

Ahora he tenido que convertirme, a la fuerza, en una fortaleza bélica ambulante: cargo puñal y pistola a todas horas. No será fácil que me vuelvan a sorprender, pero estoy expuesto a cada instante a una nueva agresión que sería definitiva. En los bajos fondos no me perdonan mis maneras de jugar. Dicen que hago trampas. No es cierto. Lo que ocurre es que sé manejar bien las cartas. Hoy te envíe *Nivel* de abril con otro extenso poema mío: *Trincherad en el otoño*. En ese poema, como lo verás en una breve explicación que doy, tuve la rara premonición, desde dos meses antes, del feroz ataque que soporté al parecer sin desplomarme, ¡a los casi 80 años!

Estas penosas andanzas le provocan arrestos, reyertas, en suma, graves puñaladas. La narración de tales venturas resulta a veces aderezada con la hipérbole («Perdí cuatro litros de sangre», cuando la pérdida de poco más de un litro provoca la muerte instantánea) pero aparece confirmada con recortes de prensa donde se da noticia de los ataques (*Excelsior* 24 de marzo de 1980). En cualquier caso, tal torrente de amargura parece ser el origen de las trece odas que aparecen en el libro *Tempestad*, definido como «el testamento de un ser agónico y casiicamente, al borde de las tinieblas» (carta de 29 de septiembre de 1981). Sea como

⁸ Son dos hermosos poemas inéditos. Uno de ellos estaba ya numerado para un futuro libro. Pardo García no puede menos que agradecerse con un golpe de capa sumamente caballero «Gracias, entonces, por esos sonetos de oro. Es duelo para mí que yo no pueda presentarlos en *Nivel*, pues como un proceso de honda ética, al fundar esa gaceta cerré de modo implacable sus hojas para mí».

fuere, resulta insostenible la situación de juego, drogas, amoríos y peleas: «Desde luego he tomado ya la determinación severa de retirarme de los garitos. Mi edad, aproximándose a los 80 años, no propicia una vida tan bestial como la que llevo». En 1981 reconocía Pardo García en carta al chileno Alfonso Lararahona la otra cara de la moneda «Gracias por lo que me dice de España. Allá, cosa conmovedora para mí, se ha levantado un clamor unánime para que me den un célebre premio... No creo en esas cosas pero quién sabe...» (Pardo García 2002 XI). En carta a Leopoldo de Luis advierte como «comenzó a llegarme de todo el mundo un clamor que me asustó. Me llamaron ‘el poeta vivo más grande del mundo’, un genio atormentado». Leopoldo se suma con una carta de apoyo a la candidatura al Nobel⁹ dirigida a Lars Gillerstern. Cuando es anunciada la atención del amigo español enseguida responde el poeta agradecido

Gracias por tu oferta de dirigirte a la Academia Sueca. Estás en libertad plena. Si lo haces, debes dirigirte en francés, a la dirección que te apunto al pie, en máquina, y... necesariamente diciendo qué motivos tienes para pensar que el afamado premio sea concedido a mi trágico nombre, en este año. Cada cinco años el premio citado debe ser para un poeta de habla española. En octubre se cumplen los cinco años. Después, habría que aguardar otros cinco años... y ya no estaré vivo para entonces. En Barcelona, treinta poetas presididos por el maestro José Jurado Morales se comunicaron ya con la academia sueca, en una maravillosa manifesta-

⁹ «Distinguido señor secretario:/ Soy miembro de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles y asimismo de la Asociación de Críticos Literarios, y Premio Nacional de Literatura. Si me permito exponerle estas circunstancias, es con el único objeto de dirigirme a usted y tener el honor de expresarle mi sincero sentimiento de lo justificado que sería, a mi juicio, conceder el Premio Nobel de Literatura al gran poeta colombiano GERMÁN PARDO GARCÍA, uno de los más altos valores de la lírica hispanoamericana y también de los poetas del mundo que, en este momento, alzan su verso con acento humanista./ Después de medio siglo de incesante labor, la obra de GERMÁN PARDO muestra un amplio e impresionante panorama que se inicia con la comprensión de las vastedades telúricas, como inequívoca voz de América; que clama luego por la solidaridad entre los hombres y pro la defensa de la paz como valor supremo y más adelante ha asumido en su poesía las grandes conquistas de la ciencia, desde la física cuántica a la navegación espacial, sin dejar de percibir también el peligro del terror atómico que se cierne sobre la humanidad. Se ha asomado asimismo el poeta a la belleza y clasicidad del mundo griego y, recientemente, ha tenido su palabra, casi apocalíptica, en los conflictos morales y los abatimientos del corazón cercado de pasiones y defecciones./ Si según se lee en el testamento de Alfredo Nobel, merecen el premio más alto que se concede en el mundo aquellos que realicen servicios en pro de la Humanidad o hayan creado una obra literaria de altos ideales, creo que pocos escritores reúnen hoy como GERMÁN PARDO esos méritos, ya que su poesía encierra un profundo humanismo, y de su lectura salimos mejores y más libres. La lengua castellana, una de las más importantes en la cultura universal, se vería así también distinguida en uno de sus mejores cultivadores actuales./ Deseo fervientemente que mi proposición –modesta por ser mía, una que no por su objetivo- pueda acaso unirse a otras de firmas más prestigiosas y llegar a alcanzar la atención de ese Alto Organismo, para el que va mi más profundo respeto, señor secretario, con mis personales consideraciones para usted.»

ción. Me llaman otra vez «genio», el más grande del mundo, etc. Si pertenecieras a alguna academia, debes mencionarlo a los suecos. Piden que las postulaciones sean hechas por grandes poetas, académicos, universitarios. Y que los proponentes declaren los centros de cultura a que pertenecen, sus cátedras, para que ellos, los suecos, les den más crédito. (6 de abril de 1981)

Y más tarde, al recibir copia de la carta de Leopoldo de Luis a la Academia, vuelve a redactar otra misiva de agradecimiento en la que hace hincapié en su vida atormentada:



Editor: MANUEL SORIANO

Reg. Fed. de Causantes SOOM-390326
Céd. Empadronamiento 828717
Reg. Cámara No. 2-C
Ave. Coyacán, No. 1033
Tel. 575-03-11

Director: GERMAN PARDO GARCIA

México, D. F.
30 abril de 1981 .

Maestro Leopoldo de Luis.
Madrid, España.

Grande amigo de mi alma, de mi corazón y de mi mente:

Vuestro mensaje a la ilustre Academia Sueca ha desbordado de mis ojos, me vuelven lentamente a la luz después del nefando ataque padecido por mí a golpes de puñal, una onda incontenible de llanto.

No hay gratitud, no hay idioma de los hombres con los cuales pueda responder dignamente a vuestra majestad de poeta, a vuestro amor hacia un hombre, hacia un anciano tahir que por extraños complejos de la vida, siente que sobre su dolor llega, ¡de España, sí, de mi amadísima España!, de vos, señor! un relámpago de gloria.

La Honorable Academia Sueca no os dará respuesta. Esto figura entre el sistema de esa augusta asamblea. Si determinaren positivamente, esa será la mejor respuesta en el Espacio y en la Tierra.

Quedo a las puertas de vuestro dulce, entrañable hogar, descubierta, reverente y exclamando:

¡Gratitud, gratitud, gratitud!

Y os añado:

"un relámpago enciende mi alma negra."

Germán Pardo García

El 16 de enero de 1982 ingresa en una clínica para procurarse alivio y, ya en carta, quien fue un «triste jugador y habitante de los fondos bajos», realiza algunas breves declaraciones sobre su poesía:

Mi oda *Never thy last farewell*, es el reflejo de mi vida tortuosa en Londres entre bastardos pobladores de Soho y de White Chapel. Mi amargo poema *Los vagabundos*, el relato fiel de toda mi existencia. Entonces, *Tempestad* no es sino el testamento de un ser agónico y casi demente, al borde de las tinieblas. Así ha sido mi existencia y me causa vergüenza y dolor, pero más me lo causa la virtud de los burgueses y millonarios.

En poema de 1999 Leopoldo de Luis recuerda a «Germán / Pardo García la emoción telúrica/ de la imponente noche americana». El poema resulta complementario en buena medida a otro anterior «[Yo soy aquel que ayer no más quería]» recogido en el libro *Poesía de Postguerra*, (Luis p. 395) donde el poeta rememora todo el legado poético recibido en su *Querida y vieja lengua* («Yo soy aquél que ayer no más leía/ cantos de vida y esperanza, era/ un aire suave. Hoy, en lo fatal/ encuentra hecho de piedra su destino»). Pero no queda ahí la atención que prestará Leopoldo de Luis ya que en 1966 compuso una *Carta al poeta colombiano Germán Pardo García*¹⁰

(Por sus poemas)

GERMÁN Pardo García, voz al rojo
vivo de América, te escucho
cual si escuchara al viento lóbrego
sobre los páramos desnudos,

como si oyera desgarrarse
la entraña ciega, lo profundo
de los montes y de las rocas
clamando un grito ronco y último,

como si oyese despeñarse
la catarata de un diluvio
porque quien oye llover sabe
que el agua puede ahogar el mundo.

¹⁰ Además del poema «Con Germán Pardo García» del poemario *Aquí se está llamando* (Luis p. 335).

Tu voz es última y profética
como ardida en viejos chamuscos,
voz de la tierra, tierra misma
que rezuma remotos jugos,

germinales substancias, agrias
maceradas raíces, grumos
vegetales, como estallidos
hacia la patria de los frutos.

Voz de la tierra. Tierra misma
que se hace lengua, ardiente surco
por donde suenan sangre y vida
irguiéndose contra lo injusto.

Entre tus versos el calcáreo
indio atraviesa ardiendo, oscuro,
con su irredenta pesadumbre
y las llagas del escorbuto.

Por tus versos el pan fermenta
amantes féculas, regustos
sufridos. Pasan silenciosos
obreros a un compacto grupo
de esfuerzo diario. Abre homicida
la flor atómica su luto.
La americana noche extiende
su salvaje aliento telúrico.
Tú, Germán Pardo, eres con todo
lo que cantas, fraterno, uno
mismo, materia solidaria,
trozo vivido, grito único.

Tus poemas son como rocas
calcinadas. Riscos abruptos.
Minerales versos, de piedra
en planetarios yermos mudos.

O como tallos vegetales
que en los légamos alzan húmedos
su cereal astronomía,
sus largos brazos de bejucos.



Uno de los grandes poetas de Latinoamérica, al decir del poeta mexicano Enrique González, en el sentido de que «su obra constituye uno de los más altos ejemplos de América» (1953). Quedémonos con la precisión de Leopoldo de Luis: «Germán Pardo García, voz al rojo vivo de América».

BIBLIOGRAFÍA

- Bernal Jiménez, Rafael: «Pardo García, poeta parnasiano» *El Tiempo*. Sin fecha.
- Carter, Boyd G.: «Rodeando a Germán Pardo García y su obra enfoques y juicios». *Thesaurus*, Tomo XXXIII, 3 (1978) : 495-507.
- C.C.E. «Presencia de Germán Pardo García». *Revista de las Indias*, tomo I, (1938): 332.
- Irizarry, Estelle: «Germán Pardo García: clásico, cósmico y americano». *Cuadernos Americanos*, año XXXIII, CXCH, 1 (1974): 245-253.
- Lagos, Ramiro: *Ensayos surgentes e insurgentes: intravisión literaria de temas hispánicos*. Madrid, Verbum, 1999.
- Luis, Leopoldo de: *Obra poética (1946-2003)*. Madrid: Visor, 2003.
- Pardo García, Germán: *Voluntad*. Colombia, 1930.
- *Acto poético de Germán Pardo García*. México, Ediciones Cuadernos Americanos, 1953.
 - *Osiris Preludial*. México: Cultura, 1960.
 - *30 años de labor del poeta colombiano Germán Pardo García*. México: Cultura, 1961.
 - *El cosmonauta*. México: Cultura, 1962.
 - *Valencia ofrece al poeta Germán Pardo García embajada en México* artículo del periódico *El Espectador* de 27 de marzo de 1965.
 - *Habla Germán Pardo García*. por Leonor Carrasquilla Casstelló. *El Tiempo*. Colombia. Hacia 1966.
 - *Escándalo*. México: Libros de México, 1972.
 - «Asaltaron ayer al poeta colombiano Pardo García». *Excelsior*, 24 de marzo de 1980.
 - *Entrevista con Germán Pardo García, Norte, Revista Hispanoamericana*, 245, Enero-febrero, 1972, reproducida en *Antología del soneto tanático, homosexual y cósmico de Germán Pardo García*, México, Frente de Afirmación Hispánica, (2002): 117-128.
 - *Las voces del abismo con revelados subtítulo (Poema sinfónico de Germán pardo García A través de la belleza contra toda injusticia)*. México: Libros de México, 1983.
 - *Himnos de Orfeo*. México: Frente de Afirmación Hispanista-Casa Maya de la Poesía, 2002.

- *Antología del soneto Tanático, homosexual y cósmico de Germán Pardo García*. Prólogo y análisis arquetípico de Fredo Arias de la Canal y una entrevista final. México: Frente de Afirmación Hispanista, 2002.
- Trendall, Alfredo: «El pensamiento científico en la obra de Germán Pardo García». *Revista Mexicana de Cultura*, VI época, nº 259 (13 de enero de 1974), 4.



RESEÑAS

UN AIRE ONEROSO. IDEOLOGÍAS LITERARIAS
DE LA MODERNIDAD EN ESPAÑA (SIGLOS XIX-XX),
GARCÍA, MIGUEL ÁNGEL.
Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

Coincide, en mi caso, la lectura de este nuevo libro de Miguel Ángel García con la de otro bastante más antiguo, *El oficio del pensamiento* de Julián Marías, publicado allá por 1958, que aguardaba pacientemente su turno entre otros acumulados y las habituales ocupaciones de la vida diaria, de modo que, como suele ocurrir en tales ocasiones, he acabado por compaginar ambos textos sin demasiado concierto, hasta encontrarme estableciendo mentalmente entre ellos, casi por cerebración inconsciente, analogías y divergencias de otro modo inusitadas. Es así que, saltando de uno a otro, mientras confirmaba una vez más el buen hacer del joven profesor de la Universidad de Granada, cuya bibliografía va constituyendo un referente sobre todo en el campo de la poesía moderna y contemporánea, he terminado por preguntarme, como hacía el filósofo madrileño en aquel lejano ensayo suyo, si no será que

otros intelectuales más mediáticos de nuestro tiempo, tan conocidos y reconocidos como fagocitados y consabidos, están más limitados porque hacen (hoy como ayer) *demasiadas cosas*, es decir, si entre cargos públicos, vida social, comisiones y asociaciones, declaraciones a la prensa y charlas de radio, apariciones televisivas e intervenciones políticas, no será que les está faltando –y son todas palabras de Marías– el tiempo y la calma para *pensar*.

Si traigo aquí estas viejas reflexiones, cuya actualidad por otro lado resulta sorprendente, no es sólo porque hoy como siempre sea demasiado infrecuente encontrar en las novedades de las librerías (o por entre las revistas literarias de mayor difusión y los *blogs* más visitados) profesionales de la crítica literaria que realmente hagan *crítica* literaria –problema que, en realidad, parece inherente a

la disciplina, entre otras cosas por la manutención que reciben de los medios y las editoriales, y por el círculo vicioso de favores que supone el mundillo literario—, sino porque entre esa supuesta *crítica*, más o menos oficial y/o universitaria, empieza a echarse en falta últimamente (pero ya vemos que al menos desde finales de los años cincuenta) ese movimiento esencial que Julián Marías define en su libro como «hacia atrás y hacia adentro», el cual parece ser hasta hoy el único garante del pensamiento, «un repliegue, un retraimiento hacia el retiro de las soledades» que es consustancial al propio oficio y que, al cabo, no está reñido con la acción sino todo lo contrario, la promueve, la facilita y la mejora. No es más sabio, desde luego, quien se aleja del mundanal ruido para dedicarse a su sola contemplación, pero tampoco el que, atascado en demasiados bullicios cotidianos, demanda algo de tiempo para pensar en ellos.

Por fortuna, frente a los trabajos de algunos de esos (pseudo)intelectuales en cuyo pespunte literario hay mucho más ruido que nueces y que han acabado, a la postre, convertidos en tan activos gestores de su propia vida literaria como blandos escribidos al servicio del poder, existen otros libros sugerentes como el que tenemos entre manos, cuya pausada escritura —que abarca, según los créditos, artículos escritos en un haz

temporal de unos diez años, entre 1999 y 2009— se construye sobre una sólida cimentación intelectual y se inclina hacia el sano ejercicio del pensar, con la duda y el ataque frontal a las verdades (literarias) preestablecidas como condición de ser de un verdadero criticismo, apoyado en el bisturí de la sospecha. Es por eso que, al contrario de lo habitual en el mercado literario, aquí sí que se cumple el viejo silogismo que acredita que lo bien pensado hace a su vez pensar a los demás, iluminando las sombras por entre las que se introduce.

Que aparezca, además, este nuevo trabajo recopilatorio en una editorial puntera, alimenta paradójicamente las esperanzas de quienes, de entrada, deseamos que se oiga a más volumen un discurso en tantos sentidos *discordante*, tanto por su propósito como por sus resultados, pues no es sólo que el impulso que lo mueve sea a todas luces el opuesto al de la lógica del mercado que lo distribuye, sino que, para mayor gloria del lector, Miguel Ángel García sortea como pocos en su ámbito todas las dificultades que se impone al hablar de autores de gran rango, de Bécquer a Juan Ramón pasando por Darío, Valle-Inclán o Antonio Machado, figuras todas ellas que copan por su propio valor los puestos más relevantes de la literatura española contemporánea. Y si Marías denunciaba, de otro lado, que «la información y la erudición son las

grandes simuladoras, porque fingen vida intelectual donde sólo hay manejo de inertes objetos intelectuales», aquí no hay lugar a lo huero, pues cada cita apuntala los cimientos del edificio que se construye, revelando el trabajo de investigación que hay en el subsuelo sin descuidar por ello el estilo de la prosa.

Por otra parte, creo que hay mucho de honestidad intelectual en no ocultar sus discordancias al lector, pues ya el capítulo introductorio, de muy sugestiva lectura, encarrila el que va a ser el hilo conductor de todo el libro: la legitimidad de un cambio de mirada que arroje luz, como decíamos, sobre las sombras con que la crítica dominante oculta sin saberlo la realidad histórica e ideológica del proyecto literario de los grandes autores, poniendo un velo aséptico e inofensivo sobre el ámbito concreto en que trabajan: «La interpretación marxista de la Historia, incluida la historia de la literatura, puede ayudar a que seamos conscientes del peso que acarreamos y, siquiera fugazmente, intentemos librarnos de él», en tanto que la literatura «puede servir para hacer visible lo invisible, para poner de manifiesto lo latente, para tomar consciencia de que vivimos inconscientemente como si fuera ésta la única realidad válida y posible» (p. 15). Se pone aquí en juego, como vemos, algo más que la sola literatura, alertando de que tras ella hay siempre en refrendo una

particular visión de la realidad, que debe ser atendida más en su recóndita pero evidente equivocidad que en su univocidad aparente.

El punto de partida del libro, como se indica ya desde la portada, es rastrear la absoluta modernidad que reluce en los grandes nombres del periodo histórico que va del Posromanticismo al Modernismo/98 y aun a la tradicionalmente llamada Generación del 14, para tratar de discernir y poner en claro cómo bajo esas viejas etiquetas asignadas por la crítica tradicional –cuyo estigma, por cierto, jamás se borrará de los manuales de enseñanza secundaria y bachillerato–, refulge en realidad, tal y como vio tempranamente Juan Ramón Jiménez, una única modernidad escrita de muchas maneras, que aquí se dibuja para nada estática y siempre en radical correlato histórico e ideológico con la polémica modernidad burguesa que vivió España entre finales de siglo XIX y principios del XX. Lo que trata de demostrarse, veladamente, es que la habitual sucesión *epocal* y *generacional* con que nos habían contado la historia de la literatura, no sirvió más que para ocultar –o al menos simplificar un tanto demasiado– la verdadera y objetiva historia de contradicciones, discontinuidades y rupturas que atravesó de parte a parte el conjunto de ideologías literarias de la modernidad española (p. 36), tal y como volverá a repetirse más tarde cuando se trate

de historizar el devenir de las Vanguardias, el 27 y el Compromiso.

No es extraño, en este sentido, que el profesor Miguel Ángel García ponga su primer punto de mira en Gustavo Adolfo Bécquer, ya que tanto en su práctica poética como en sus disquisiciones teóricas, el poeta sevillano demuestra ser con creces el introductor de la modernidad literaria en la poesía española, según advirtieron en su día sucesores tan dispares como Machado, Unamuno, Juan Ramón, Alberti, Guillén o Cernuda. Pero en ese reconocimiento quizás faltaba el análisis profundo de su *humus* ideológico (p. 53), el cual vemos traslucir ahora sin duda en su identificación poesía-mujer, en su preferencia por la serenidad de la inteligencia frente a la inspiración romántica, o en su inclinación hacia la desnudez de estilo para hablar de las «prosas de la vida moderna», cuestiones todas que se analizan aquí a propósito de las relaciones entre la modernidad y la moda.

No obstante, como explica seguidamente el autor, las preguntas estéticas e ideológicas que recoge y a su vez proyecta hacia el futuro Bécquer, desde su particular modelación de la mentalidad burguesa y pequeñoburguesa y desde su inteligente visión del artificio que supone la escritura, fueron posibles indudablemente gracias a la herencia de una coyuntura

anterior, la del Romanticismo, en la que se pusieron «patas arriba» los paradigmas de la razón ilustrada, y en la que bregaron por *decir poéticamente* una serie de nombres no siempre conocidos, valorados ni explicados como el de Ramón de Campoamor, cuya larga vida jalona el paso hacia la modernidad de una manera también insólita y compleja, adelantando en más de un punto las propuestas becquerianas (p. 91) y fluctuando –ya en sus últimos años y de manera anómala respecto a Valera o Clarín– con las propuestas de la nueva estética que trae Rubén Darío (p. 76-77), lo cual da pie a una aguda reflexión en torno a la historicidad del cambio literario y poético que destierra la visión evolucionista y homogénea de la historia (pp. 78-85).

El libro va así avanzando por entre los fundadores de la moderna literatura española, para aclarar de un lado la multiforme (más bien bifronte o paradójica) concepción de modernidad que diseñaron escritores finiseculares como el granadino Ángel Ganivet o el bilbaíno Miguel de Unamuno, pues ambos cierran sus puertas a la modernidad material para centrarse en la renovación del espíritu, en contraposición a un Ortega. Ambos, pretendidos restauradores de la vida espiritual (p. 115), buscan interceder desde el idealismo en el porvenir de España, para convocar su *regeneración*, tal y como luego sucederá con

los llamados noventayochistas y sus sucesores de la «generación de los intelectuales», siempre con Castilla y Don Quijote al fondo. De Machado a Azorín, de Ortega a Azaña, se rastrean así como *leitmotiv* en varios capítulos del libro los aciertos del proyecto intelectual de modernización del Estado en que se sumergieron algunos de los nombres principales de aquella coyuntura, dejando al aire también las grietas ideológicas que lo condenaron al fracaso. Entremedias, se pormenorizan con notable resultado las excelsas preocupaciones estéticas de Darío y Valle-Inclán y la religión del arte por el arte de Juan Ramón Jiménez, además de cerrarse el volumen con sendos excursos sobre el trasfondo burgués de la bohemia y la atracción exótica por Oriente de los modernistas.

En la gran alegoría sobre la lectura y la interpretación que es *El nombre de la rosa*, Umberto Eco explicaba a través de su protagonista, Guillermo de Baskerville, que los libros «no se han hecho para que creamos lo que dicen, sino para que los analicemos»,

es decir, que «cuando cogemos un libro no debemos preguntarnos qué dice, sino qué quiere decir», y esta premisa parece conciliar muy bien con la labor que el autor de este libro lleva a cabo al preguntarse incessantemente qué dicen los escritores y poetas que estudia. Como explicaba también Eco al final de su novela, habría que aprender a liberarnos de la «insana pasión por la verdad», para admitir que la realidad se dice de muchas maneras, y que los textos admiten muchas lecturas distintas. Miguel Ángel García ofrece aquí muy bien templada la suya, a sabiendas de que si bien, como dice el famoso poema de José Agustín Goytisolo, las palabras no son suficientes para hacernos más libres, en ocasiones sí que descienden de su lugar en las nubes para precipitarse sobre la tierra y cambiar el mundo, o al menos para oxigenarlo frente a ese aire oneroso que denuncia el título, el cual de otro modo acabaría algún día por asfixiarnos.

JAIRO GARCÍA JARAMILLO

CALDERÓN. ICONO CULTURAL E IDENTITARIO
DEL CONSERVADURISMO POLÍTICO.

JESÚS PÉREZ-MAGALLÓN.

Madrid. Cátedra (colección Crítica y Estudios Literarios).

2010, pp. 372.

Desde la revisión de Juan Nicolás Böhl de Faber, con sus *Vindicaciones de Calderón y del Teatro Antiguo Español contra los afrancesados en literatura* (1820), la figura del poeta y dramaturgo Pedro Calderón de la Barca siempre ha estado envuelta en un halo de conservadurismo e integrista patriótico y religioso difícilmente de contrarrestar por parte de la crítica: ese Calderón, máximo exponente del casticismo hispano frente a los intereses ilustrados extranjeros se convertía, en verdad, en arma arrojada frente al pensamiento liberal. Sombra que, incluso, aceleró y determinó la aceptación de un *corpus* ortodoxo de toda su producción dramática, excluyendo —quizá por la incomodidad que suponía aceptar tal desviación— todo su teatro breve, de corte heterodoxo, por ejemplo. Tal consideración tuvo, finalmente, su punto culminante en el segundo centenario de su muer-

te, en 1881: una dura polémica que enfrentó a quienes lo consideraban una gloria literaria nacional y quienes, además, de eso, lo encumbraron a la categoría de emblema del catolicismo conservador. En la memoria de todos queda aquel famoso brindis de Marcelino Menéndez Pelayo: «por la nación española, amazona de la raza latina, de la cual fue escudo y valla-dar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregación y herejía que separó de nosotros a las razas septentrionales». Un brindis, pues, que marcó la lectura posterior de uno de nuestros más admirados clásicos literarios.

Justamente el libro *Calderón. Icono cultural e identitario del conservadurismo político* (publicado en la siempre rigurosa editorial Cátedra) cuyo autor es Jesús Pérez-Magallón nos muestra el cómo, el por qué y el

quiénes de todo ese proceso de mitificación y desmitificación postrera: es decir, analiza, con buena y ajustada precisión, las primeras valoraciones neoclásicas (que oscilan desde la admiración por el gran dramaturgo, hasta la más ideológicamente encontradas frente a la impronta francesa), pasando por el integrismo romántico y el concepto de raza, hasta llegar, precisamente, a ese último eslabón del Centenario y su utilización político-cultural por parte del franquismo tras la guerra. Altibajos que señalan la incómoda labor de querer trazar un mapa sobre la aceptación, lectura e ideologización del teatro calderoniano desde la perspectiva contemporánea: por ello el libro parte de una visión actual del propio Calderón, que debate y problematiza desde un planteamiento crítico-metodológico marxista.

Ciertamente, el lector encontrará interesantes aportaciones al estudio de Calderón, pero no de sus obras: nada nos lleva hacia una hermenéutica del texto, sino hacia un debate con la tradición crítica calderoniana. Quizá resulte incomprensible la ausencia de una figura determinante en dicho debate: Ángel Valbuena Prat, quien, con su tesis sobre los Autos

Sacramentales de Calderón, en 1924 (*Revue Hispanique*) abrió una nueva perspectiva en torno al autor barroco. Tal vez aquella que más llamó la atención a los jóvenes dramaturgos de la época de preguerra. Sintomática ausencia que no desmerece, sin embargo, el excelente trabajo de documentación, reflexión y problematización que lleva a cabo Pérez-Magallón, pero sí que lo merma en su capítulo final.

No obstante este libro debe considerarse ya como obligatorio referente para aquellos que quieran adentrarse en el estudio del teatro de Calderón de la Barca, básicamente porque busca hacernos testigos de cómo su figura se ha ido llenando de lecturas ideologizadas, cuyo fin no solo ha sido el de ubicar a un autor y su obra dentro de un panorama cultural y literario nacional, sino también el de guiar un acercamiento a su obra: juzgar sus intenciones, su tramoya intelectual y su lenguaje. En verdad, el libro de Pérez-Magallón clama por hacerle justicia al dramaturgo universal, no al emblema nacional.

SERGIO ARLANDIS
University of Virginia -HSP

DE ESTO Y AQUELLO EN LAS OBRAS DE CERVANTES.

ZIMIC, STANISLAV,

Colección Documentación cervantina, 35. Newark, Delaware:

Juan de la Cuesta, 2010. 369 páginas.

De esto y aquello en las obras de Cervantes reúne un total de trece trabajos de Stanislav Zimic, publicados antes en revistas científicas, actas de congresos y volúmenes colectivos. En su conjunto, esta colección ofrece al lector una panorámica crítica amplia de la obra de Cervantes, en la que se toca una serie de temas clave para el conocimiento de la misma, cuales son la influencia de la novela bizantina, la interpretación del *Quijote* o el arte dramático de Cervantes, por señalar apenas tres de los más interesantes. Apunta Zimic en su Prólogo que «Se reúnen aquí [estos estudios] principalmente por el deseo de que resulten de conveniente, fácil acceso al lector interesado en los temas cervantinos en ellos tratados» (11). Aunados en un mismo volumen, éste adquiere una sólida consistencia y, merced a su amplitud de temas y a la alta calidad de los mismos, presenta una obra de referencia para el cer-

vantista y para quien desee conocer mejor la obra de Cervantes.

Luego del «Prólogo», comienza el volumen con los capítulos «La literatura bizantina de Cervantes» y «El bizantinismo de *La Galatea*», en los cuales se esmera Zimic en llamar la atención sobre la influencia que en el conjunto de la obra de Cervantes ejerció la novela bizantina de los siglos I al III, principalmente de autores como Heliodoro y Aquiles Tacio. Zimic señala cómo los motivos bizantinos que Cervantes tomó prestados no se limitan a las tramas de fondo filigráfico y a la variedad de la materia episódica, sino que inspiró la trepidante técnica narrativa de muchas de las obras del genio complutense, desde *La Galatea* al *Persiles*. En el segundo capítulo se centra Zimic en *La Galatea* para defender la tesis de que el propósito de esta novela no se redujo a la mera imitación de las anteriores novelas

pastoriles, sino que Cervantes la concibió como un experimento narrativo en el cual se sirviese de los artificios narrativos bizantinos de modo que superase el valor literario de los ejemplos pastoriles anteriores.

El ánimo innovador de Cervantes se percibe especialmente en el *Quijote*. En el capítulo «Los poemas preliminares del *Quijote* de 1605» Zimic repara en cómo Cervantes procuró trascender la moda de los preliminares panegíricos que, en forma de epígrafes, poemas y elogios, llegaron a convertirse en añadidos carentes de sentido y sospechosos de favoritismo. Por ello, explica Zimic, nuestro autor comenzó su parodia de las novelas de caballerías por medio de una batería de poemas que atribuyó a personajes ficticios notorios en el género caballeresco tales que Amadís, Gandalfín y Oriana. Zimic concluye que al atribuir los poemas laudatorios a estos personajes, Cervantes habría tratado de parodiar la vanidad y egolatría de los autores de las novelas de caballerías.

En «Algunas consideraciones sobre los viajes y peregrinajes en las obras cervantinas» se reflexiona acerca del valor cultural y también ontológico de los viajes en las obras cervantinas. Zimic no deja de destacar la hermosura narrativa de los viajes cervantinos, pero propone que se entiendan como procesos de enseñanza para el lector, a quien Cervantes lleva de

la mano por mares y países remotos que le ampliarán la visión del mundo, lo cual debiera redundar en el aprendizaje humanístico y en el desarrollo ontológico de los lectores.

Prestando especial atención a *Los tratos de Argel* y la *Numancia*, «Apuntes sobre los ‘pensamientos escondidos’ en las obras de Cervantes» trata de contemplar el hipotético conjunto de obras teatrales, entre veinte y treinta, redactadas por Cervantes. Zimic reflexiona en torno a los deseos de Cervantes por triunfar en el teatro. Cree Zimic que Cervantes quizá se dedicó al teatro durante toda su vida y que su poco éxito (o su fracaso) en este género pudiera haberse debido a la fama incontestable de Lope y a la ineficacia de Cervantes para alejarse de los manidos clichés que otros dramaturgos ya habían superado. En el capítulo «Las *Ocho comedias ... nunca representadas* (1615) de Cervantes» se continúa el debate sobre el teatro cervantino. En las *Ocho comedias y ocho entremeses* de 1615 percibe Zimic un evidente esfuerzo innovador, merced al cual se habrían concebido con la intención renovadora que plasmó en el *Quijote* y las *Novelas ejemplares* y con el propósito ejemplar de las novelas de 1613. Se continúa el tema del teatro con el capítulo «Sobre el arte dramático de Cervantes en *El rufián dichoso*», también desde el punto de vista de la técnica compositiva. A entender de Zimic, Cervantes propendió un tanto al

concepto lopesco del teatro al tiempo que concibió una suerte de «comedia de santos» complementaria con el teatro de la Contrarreforma. Esta temática lleva al siguiente capítulo, de título «La ejemplaridad de los *Entremeses cervantinos*», donde se defiende la tesis de la ejemplaridad de toda la obra cervantina. Los *Entremeses* resultan literatura ejemplar desde dos puntos de vista: ejemplares moralmente, de la misma ejemplaridad que Cervantes defendió en sus *Novelas ejemplares*; y ejemplares como modelos literarios.

La «Introducción a las *Novelas ejemplares*» recurre a los comentarios de Torres Naharro en el proemio de la *Propalladia* sobre la realidad y la fantasía de las doce novelas cervantinas. Zimic coincide con otros muchos estudiosos en que las *Novelas ejemplares* constituyen el paso decisivo que va de lo realista histórico a lo realista literario, es decir, que combinan el realismo (siempre debe advertirse de la complejidad del término *realismo*) con la fantasía. Zimic explica pormenorizada y elegantemente el equilibrio entre ejemplaridad moral y ejemplaridad estética y resalta el mucho esmero con el cual Cervantes trató cada una de sus novelas como una suerte de experimento literario único. Prosiguiendo en materia novelesca, el capítulo «Sobre algunos personajes ‘inverosímiles’ del *Quijote* de 1605» vuelve a la cuestión del realismo. Zimic explica la presencia de personajes «inverosímiles» en aras

de la nomenclatura realismo-fantasía observada antes en las *Novelas ejemplares*. Y el caso de los personajes del *Quijote* que se resisten a avenirse al principio de verosimilitud tiene su análogo en el *Persiles*, como se explica en el capítulo «Algunos ‘adorables personajes femeninos’ del *Persiles*».

En «Don Quijote ridículo, Don Quijote sublime» se retoma uno de los litigios más controvertidos del cervantismo: la cuestión de la comicidad y la nobleza del protagonista del *Quijote*. Zimic distingue entre el personaje ridículo de la primera parte y el personaje ennoblecido de la segunda. Aun cuando dicha dicotomía se patentiza en una primera lectura, no entrañaría grandes dificultades hallarle al caballero de la parte primera ciertos destellos de nobleza. El volumen se cierra con el capítulo «Entremés de la amante endemoniada (*Los trabajos de Persiles y Segismunda*, Libro III, caps. 20 y 21)» donde se toma la historia de Isabela y Andrea en el *Persiles* como ejemplo del uso que Cervantes hizo de aspectos varios de dramaturgia en su prosa.

De esto y aquello en las obras de Cervantes merece recomendarse como lectura importante. Zimic ha recopilado una serie de estudios que, en su conjunto, ofrecen una panorámica amplia, detallada y profunda de la producción literaria cervantina. Es importante resaltar asimismo que en este libro encontrará el lector teorías

después desarrolladas por otros eminentes críticos. Por ejemplo: en su estudio de la novela bizantina como inspiración para la teoría cervantina de la novela (publicado por primera vez en 2005) se adelanta Zimic a las teorías expuestas por Antonio Garrido en *Aspectos de la novela en Cervantes* (2007); su análisis del realismo

en las *Novelas ejemplares* (salido en 1994) fue pormenorizado después por Antonio Rey y Florencio Sevilla en la edición de Austral (2004).

J. A. G. ARDILA
University of Edinburgh

NERUDA. NATURALEZA, HISTORIA Y POÉTICA

EDUARDO CAMACHO GUIZADO

Uniandes, Bogotá, Colombia, 2010

Se trata este libro de una oportuna reedición del estudio publicado en 1973, con muy pocas modificaciones, como nos informa el «Prólogo de 2009» que lo antecede. Y realmente, lo mejor que puede decirse es que esta reedición resulta extremadamente oportuna, porque el texto no ha perdido vigencia. Sin duda va a convertirse en una herramienta muy útil, especialmente para los estudiantes universitarios, pero también para un público general interesado en conocer de manera abarcadora toda la obra del poeta chileno.

Éste es precisamente uno de los aspectos que me gustaría destacar. Eduardo Camacho acomete de manera muy ambiciosa un recorrido por toda la obra de Neruda, desde el *Crepusculario*, hasta los libros póstumos, pasando por poemarios menores, y a menudo desatendidos como *CanCIÓN de gesta*, o *Las piedras de Chile*. Y es capaz de trazar continuidades, y en-

contrar las líneas de sentido –diversas, contradictorias en ocasiones pero distinguibles transversalmente– que la recorren. Una de las aportaciones más destacadas es la manera tan aguda como establece la línea subterránea que lleva de las *Residencias* al *Canto General*, sin recurrir al manido tópico de la conversión repentina, tan fomentado por el propio poeta, pero también cómo encuentra ecos de telurismo, y, en ocasiones, de designado individualismo, en la poesía posterior.

También hay que destacar el utilísimo capítulo final, «La poética», en el que recorre las diversas imágenes del poeta y de la creación poética que Pablo Neruda incluye en sus poemas y en sus prólogos: la poesía como emanación de la subjetividad, el poeta como sujeto fundido en el cosmos, el poeta como portavoz de la colectividad, en la que se funde, o a la que sirve desde una afirmación subjetiva

fuerte, como poeta «realista» o como poeta «épico», el desengañado moralista, el «bardo de utilidad pública»... Es decir, en resumen, ese «cronista de todas las cosas» que parece ser en resumen.

Camacho suele evitar en su texto la hagiografía, o, mejor dicho, porque los avatares biográficos no son importantes en la lectura de los textos que se propone, el canto monótono de las grandezas estilísticas y las honduras metafísicas, algo sin duda contraproducente en un escritor tan diverso y tan prolífico, no exento de contradicciones y altibajos. Sin embargo, casi

siempre los reparos vienen contrapeados por una afirmación atenuante.

Los únicos reparos que cabría poner son un cierto exceso de glosa en algunos momentos, y la repetida y confusa utilización del término «naturalista» en un sentido meramente temático –poeta que habla de la naturaleza– y acaso trivial. Pocos reparos, sin duda, para una obra en general tan interesante, necesaria, útil y ambiciosa.

Jesús Peris Llorca
UVA Hispanic Studies Program /
Universitat de València

REVISTAS

REVISTA INTERNACIONAL DE LINGÜÍSTICA IBEROAMERICANA (RILI)
www.bero-america.net/de/rili1.htm

LETRAS PENINSULARES / DAVIDSON COLLEGE
www3.davidson.edu/cms/x6120.xml

DECIMONÓNICA, REVISTA DE PRODUCCIÓN CULTURAL HISPÁNICA DECIMONÓNICA
www.decimononica.org

REVISTA ESPÉCULO. REVISTA DE ESTUDIOS LITERARIOS. UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
www.ucm.es/info/especulo/numero44/index.html

REVISTA ESPAÑOLA DE LINGÜÍSTICA APLICADA. UNIVERSIDAD DE LA RIOJA
www.aesla.uji.es/resla

REVISTA MONTEAGUDO. REVISTA DE LITERATURA ESPAÑOLA, HISPANOAMERICANA Y TEORÍA DE LA LITERATURA. UNIVERSIDAD DE MURCIA.
www.um.es/dp-liter-esp/revista.php



OTROS ENLACES DE LA MIRÍADA:

revistas
y congresos
de interés

REVISTA DIECIOCHO. HISPANIC ENLIGHTENMENT. UNIVERSITY OF VIRGINIA (EE.UU)
<http://faculty.virginia.edu/dieciocho>

REVISTA HISPANIC POETRY REVIEW
<http://hisp.tamu.edu/hpr>

REVISTA PARNASEO. CIBER-PASEO POR LA LITERATURA. UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
<http://parnaseo.uv.es>

ACADEMIA EDITORIAL DEL HISPANISMO
www.academiaeditorial.com

452Fº - REVISTA DE TEORÍA DE LA LITERATURA Y LITERATURA COMPARADA
www.452f.com

HISPANIC REVIEW - REVISTA DE LA UNIVERSITY OF PENNSYLVANIA
http://br.pennpress.org

LECTURA Y SIGNO - REVISTA DE LITERATURA. UNIVERSIDAD DE LEÓN

CONGRESOS

VIII CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN ALEPH: FUENTES, HISTORIA Y TRADICIÓN EN LA LITERATURA HISPÁNICA
desde el 27/04/2011 hasta el 29/04/2011
en Universitat de Girona (Girona)

ALFAL 2011 - CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN DE LINGÜÍSTICA Y FILOLOGÍA DE LA AMÉRICA LATINA
desde el 06/06/2011 hasta el 09/06/2011
en Colegio San José de Caracciolo (Alcalá de Henares)

ADHILAC 2011 - X CONGRESO INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN DE HISTORIADORES LATINOAMERICANOS Y DEL CARIBE
desde el 14/06/2011 hasta el 17/06/2011
en Santo Domingo.

CONGRESO 2011 INTERNACIONAL REALISMO Y DECADENTISMOS EN LA LITERATURA HISPÁNICA
desde el 27/06/2011 hasta el 29/06/2011
en Universitas Castellae (Valladolid)

AISO 2011 - IX CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL SIGLO DE ORO
desde el 11/07/2011 hasta el 15/07/2011
en Université de Poitiers (Poitiers)

XIV CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL
desde el 06/09/2011 hasta el 10/09/2011
en Universidad de Murcia (Murcia)

XVI CONGRESO INTERNACIONAL DE AHILA
desde el 06/09/2011 hasta el 09/09/2011
en Universidad de Cádiz (Cádiz)

CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIA ORAL
desde el 10/11/2011 hasta el 12/11/2011
en Universidad de Guanajuato (México)



CONTENIDOS
DE
MIRIADA HISPÁNICA

La estructura de *Miríada Hispánica* está concebida en torno a tres ejes principales:

1. Sección monográfica de artículos relacionadas con un tema específico. En cada edición se elegirá a un «Editor invitado» o se realizará un «call for papers» animando a estudiantes de posgrado, profesores y especialistas a contribuir con sus ensayos.
2. Sección de artículos varios organizada en tres líneas académicas distintas:
a) literatura y cine. b) lingüística y didáctica de la lengua, y c) historia, cultura y arte.
3. Reseñas críticas de libros de reciente publicación

Los artículos, ensayos o reseñas que se remitan para la consideración de su publicación deberán estar relacionados con los siguientes campos generales:

- literatura española y latinoamericana (autores, géneros, épocas, estilos.)
- teoría y crítica literaria
- lingüística en cualquiera de sus vertientes (semántica, gramática, pragmática, etc.)
- didáctica de la lengua, la literatura y la cultura hispánica.
- enseñanza del español a través de las nuevas tecnologías
- estudios feministas, sociales, culturales y artísticos relacionados con las humanidades.
- podrán proponerse otros campos, aparte de los indicados, si se entiende que pueden tener relación con la línea general de la revista.
- reseñas de obras de reciente publicación así como de eventos (congresos, recitales o exposiciones) relacionados con el hispanismo.

EVALUACIÓN DE LOS ARTÍCULOS

Los trabajos serán remitidos a dos evaluadores anónimos propuestos por los miembros del comité editorial y/o el comité científico de *Miríada Hispánica*. Es requisito imprescindible para la publicación de los trabajos la obtención de dos evaluaciones positivas. La evaluación se efectuará en relación a los siguientes criterios:

- originalidad e interés en cuanto a tema, método, datos, resultados, etc.
- pertinencia en relación con las investigaciones actuales en el área.
- revisión de trabajos de otros autores sobre el mismo asunto.
- rigor en la argumentación y en el análisis.
- precisión en el uso de conceptos y métodos.
- discusión de implicaciones y aspectos teóricos del tema estudiado.
- utilización de bibliografía actualizada.

- corrección lingüística, organización y presentación formal del texto.
- claridad, elegancia y concisión expositivas.
- adecuación a la temática propia de mh.

La evaluación se realizará respetando el anonimato, tanto de los autores como de los evaluadores; posteriormente, en el plazo de tres meses desde la recepción del artículo, los autores recibirán los correspondientes informes sobre sus trabajos, junto con la decisión editorial sobre la valoración que se haga de los mismos.

Para cualquier consulta, pueden ponerse en contacto con:

miriada.hipanica@uvavalencia.org

Enrique Pélaez

enrique.pelaez@uvavalencia.org

Agustín Reyes-Torres

reyes.torres@uvavalencia.org

www.miriadahispanica.com

University of Virginia-Hispanic
Studies Program

Calle Ramón Gordillo, 4

46010 Valencia (España)

Telf: (34) 96 369 4977

Fax: (34) 96 369 1341



NORMAS DE
ESTILO
Y
PUBLICACIÓN

NORMAS DE ESTILO

NORMAS GENERALES

- Miríada Hispánica acepta contribuciones en castellano y en inglés que sean originales, que no hayan sido publicadas previamente o estén siendo consideradas en otra revista para su publicación
- Los artículos serán sometido a revisión por pares de forma anónima.
- Se entregará el texto definitivo en formato electrónico a la dirección miriada.hispanica@uvavalencia.org antes de la fecha establecida (30 de Noviembre de 2010).
- Publicación: El comité científico publicará los artículos seleccionados en la revista siempre que éstos tengan el nivel de calidad requerido, se adecúen a las normas de estilo, las referencias bibliográficas y sean entregados dentro de los plazos establecidos.
- El artículo deberá presentarse junto con un resumen de entre 80 a 100 palabras y cinco palabras clave tanto en inglés como en español.
- Los documentos deberán consignar los datos del autor, la institución a la que pertenece y la dirección de correo electrónico. Estos datos deberán ir tras el título del artículo.
- Derechos de autor. Los derechos de cada autor recaerán sobre su artículo. Hispanic Studies Program tendrá los derechos de la obra colectiva. Para proteger a los autores, el comité editorial registrará la revista con un Depósito Legal.
- El hecho de mandar un artículo implica que los autores acatarán las decisiones tomadas tanto por el comité científico como por el comité editorial.
- Ambos comités tendrán el poder de enmendar las normas que aquí se establecen.

FORMATO DEL ARTÍCULO

- Extensión: Incluyendo gráficos, notas, tablas, imágenes y bibliografía la extensión de los artículos será de un mínimo de 10 y un máximo de 20 páginas
- Utilización de imágenes y datos en los artículos. Toda la información utilizada para la elaboración del artículo debe estar libre de derechos de autor, el autor de cada artículo se hará responsable de las dirigencias que pudieran recibir al respecto.

- Procesador de textos: Microsoft Word para Windows (*.doc). El nombre del archivo ha de ser «APELLIDO_APELLIDO_Nombredelautor.doc»
- Formato del documento: DIN-A4.
- Márgenes:- Superior, inferior, izquierdo y derecho: 3 cm
- Fuente:Times New Roman. Para el cuerpo del texto el tamaño será de 12 puntos, en cambio para las notas a pie de página, citas fuera del cuerpo del texto y los ejemplos será 11 puntos.
- Interlineado: 1'5 líneas. Separación entre párrafos. No hay que dejar línea en blanco entre párrafos. Tampoco sangría en los párrafos. Deberán dejar un espaciado de seis puntos en el párrafo anterior.
- Alineación: Justificada.
- Negrita, cursiva y subrayado. Para destacar palabras utilizaremos la cursiva, si necesitáramos dos formatos diferentes para destacar, entonces negrita, pero nunca subrayado.
- Paginación: No aparecerá en ningún lugar la paginación (esto se dejará para cuando se maquete el total de artículos).
- Imágenes, gráficos y tablas: Estarán incluidos en el artículo y también se presentarán en soporte informático en formato *.JPG, *.TIFF o *.EPS (han de tener buena resolución y estar libres de derechos de autor)
- Título del artículo: Debe ir centrado al comienzo de página (en la primera línea), en mayúsculas, negrita, sin punto final. A continuación, se deja una línea en blanco entre el título de la comunicación y el nombre del autor.
- Nombre del autor: Debajo del título de la comunicación, alineación derecha. En la línea siguiente, y también a la derecha, se indica la Universidad o Centro de procedencia. En el caso de ser dos personas dejaremos un espacio entre los datos de cada persona.
- Dedicatoria del artículo: El artículo NO podrá ser dedicado.
- División en apartados: Los distintos apartados y subapartados se tienen que numerar, comenzando siempre por el número 1. La excepción la representa la bibliografía, que aparecerá sin numerar.

1. En negrita y sin sangrar, minúsculas. La frase no acaba en punto final.

1.1 En negrita y sin sangrar, minúsculas. No acaba en punto final (no se deja línea en blanco anterior si va justamente después de la línea del 1.). No se dejará una línea entre el subtítulo y el texto siguiente.

Ejemplo:

1. Introducción

1.1 Objetivos principales

1.2 Fundamentación pedagógica

CITAS TEXTUALES

- Citación en el pie de página de la bibliografía. No se debe citar a pie de página, sino que se hace una referencia a la bibliografía final. Tampoco se utilizarán los términos: sic., vid., véase...
- De tres o menos líneas: entre comillas (« ») e insertadas en el texto; el tamaño de la fuente sigue siendo 12.
- De cuatro o más líneas: sangradas a la izquierda 1'25 cm (una tabulación) tamaño de la fuente 11. No hay que sangrar en inicio de párrafo. Hay que dejar una línea en blanco entre el texto y la cita, o entre la cita y la siguiente línea. Si no se indicara la autoría antes de la cita aparte, se podría, igualmente, poner entre paréntesis al final de la misma:
...en trance de recomponerse anagramáticamente. (R. Rodríguez Ferrándiz 1998: 245)
(Para más información al respecto consultar las normas de publicación de la revista)

CORRECCIÓN ORTOGRÁFICA Y LINGÜÍSTICA

- Recomendamos que visiten el Diccionario panhispánico de dudas, el Diccionario de la Real Academia Española y el apartado «Consultas lingüísticas» de la RAE, así como también «El Museo de los horrores» del Instituto Cervantes

BIBLIOGRAFÍA

- SOLO se citará la bibliografía que ha aparecido durante el artículo, y no toda la que se conoce con respecto al tema. El apartado se llamará Bibliografía. Irá en negrita, sin punto final y sin numerar. Después una línea en blanco. Se seguirán las normas marcadas por MLA

NORMAS DE PUBLICACIÓN

Las contribuciones deberán respetar las normas de MLA (www.mla.org)
Modern Language Association of America

NORMAS PARA CORREGIR MANUSCRITOS

En líneas generales la revista intenta reducir al máximo las notas al pie de página, incluyéndolas dentro del texto y evitando así repeticiones de información. Los datos bibliográficos de los libros sólo deben ir desarrollados en la bibliografía que se encuentra al final de cada artículo. Se recomienda la concisión y brevedad en las citas intratextuales, y la información completa y precisa, sin escatimar dentro de la bibliografía datos que puedan servir al lector.

A. BIBLIOGRAFÍA AL FINAL DE LOS TEXTOS

Cada artículo debe ir acompañado por una bibliografía donde aparezcan todas las obras mencionadas y utilizadas por el autor. Debe estar organizada alfabéticamente por apellidos.

1) *Libros*

El orden en que deben aparecer los datos es el siguiente: apellido del autor, nombre.

Título del libro (cursivas). Lugar de publicación: Editorial, año:

Frye, Northrop. *Anatomy of Criticism: Four Essays*. Princeton: Princeton University Press, 1957.

Si el libro tiene un encargado de edición o un coordinador, debe incluirse después del título del libro:

Colón, Cristóbal. *Textos y documentos completos*, ed. Consuelo Varela. Madrid: Alianza Universidad, 1984.

Si se tiene el año de la primera edición del libro y se considera pertinente colocarlo, éste deberá ir después del título:

Martín Barbero, Jesús. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. 1987. México: Ediciones G. Gili, 1991.

Si el libro tiene 2 autores:

Magaña Esquivel, A. y Lamb, R. Breve historia del teatro colombiano. ...

3 autores:

Borges, Jorge Luis, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares. Antología de la literatura fantástica. ...

Más de 3 autores:

Müller Bergh, Klaus y otros. Asedios a Carpentier. ...

2) *Artículos de revistas*

El orden en que deben aparecer los datos es el siguiente: apellido del autor, nombre.

Título del artículo (entre comillas), Nombre de la revista (cursivas) volumen/número (año de publicación): páginas:

Adorno, Rolena. «El sujeto colonial y la construcción de la alteridad», Revista de Crítica Literaria Latinoamericana 28 (1988): 55-68.

Concha, Jaime. «La literatura colonial hispano-americana: Problemas e hipótesis», Neohelicon 4/1-2 (1976): 31-50.

3) *Capítulos de libros*

Debe citarse el título del artículo entre comillas, antecediendo al título del libro.

Citar utilizando el apellido del autor del artículo al que se hace referencia: Apellido del autor, nombre. Título del artículo (entre comillas). Nombre del libro (cursivas), ed. Nombre del editor. Lugar de publicación: Editorial, año. Páginas:

Goic, Cedomil. «La novela hispanoamericana colonial». Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I. Época Colonial, ed. Luis Iñigo-Madrigal. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982. 369-406.

Si se utilizan varios artículos de un mismo libro se deben incluir todos los datos bibliográficos en cada una de las referencias, y también incluir una referencia bibliográfica al libro completo, en la que aparezcan los editores o recopiladores al principio de la cita.

Esto facilita al lector encontrar con rapidez y claridad el lugar donde se encuentran editados los artículos y el libro:

Franco, Jean. «La cultura hispanoamericana en la época colonial». Historia de la literatura

hispanoamericana. Tomo I. Época colonial. Luis Iñigo-Madrigal, editor. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982. 35-56.

Mignolo, Walter. «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista». Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I. Época colonial. Luis Iñigo-Madrigal, editor. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982. 57-116.

Roggiano, Alfredo. «Bernardo de Balbuena». Historia de la hispanoamericana. Tomo I. Época colonial. Luis Iñigo-Madrigal, editor. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982. 215-224.

Iñigo Madrigal, Luis, editor. Historia de la literatura hispanoamericana. Tomo I. Época colonial. Madrid: Ediciones Cátedra, 1982.

NOTA: Cuando se cita en la bibliografía un autor que incluye un artículo o una preposición dentro del nombre, debe colocarse dentro de la bibliografía atendiendo a la primera letra del apellido y no a la preposición o artículo que lo antecede:

Cruz, Sor Juana Inés de la
Certaú, Michael de

4) *Periódicos*

El orden en que deben aparecer los datos es el siguiente: apellido del autor, nombre.

«Título del artículo». Nombre del periódico (cursivas). fecha (día, mes, año): sección:página: Cabrujas, José Ignacio. «Con real y medio». Nacional. 16 nov. 1990: C-7.

Algunos periódicos contienen diferente información en sus distintas ediciones. En este caso es importante especificar la edición después de la fecha y precedido por una coma:

Collins, Glen. «Single-Father Survey Finds Adjustment a Problem». New York Times. 21 Nov. 1983, late ed.: B-17.

B. CITAS INTRATEXTUALES

Las citas o referencias intratextuales deben marcarse entre paréntesis dentro del texto de la siguiente manera:

- 1) La información intratextual sólo requiere el apellido del autor y el número de la página. No se separan por ningún signo. Cuando son páginas no continuas, se separan con comas. No se utilizan las abreviaciones 'p.', 'pp.', 'pág.' o 'págs.':(Rorty 38) o (Heidegger 25, 42)
- 2) Cuando existen varias obras del mismo autor se le añade a la cita intratextual el año que corresponde en la bibliografía. El apellido del autor, el año de la edición y el número de la página no se separan por ningún signo:(Ricoeur 1969 33)
- 3) Cuando varias obras del mismo autor corresponden al mismo año, entonces se coloca una letra –en orden alfabético– al lado del año. Esta misma referencia debe mantenerse en la bibliografía al final del texto.

Ejemplo:

[En la Bibliografía]:

Davidson, D. (1997a) «Indeterminism and Antirealism». En: Subjective, Intersubjective, Objective. Oxford: Claredon Press, 2001. 69-84.

Davidson, D. (1997b) «The Emergence of Thought». En: Subjective, Intersubjective, Objective. Oxford: Claredon Press, 2001. 123-134.

[En el texto]: (Davidson 1997a 85) o (Davidson 1997b 42).

4) La abreviación 'cf.', usualmente empleada cuando la referencia no es textual, es opcional.

(cf. Rodríguez 54)

5) Cuando la referencia bibliográfica no remite a un conjunto de páginas del texto, sino a toda la obra, se introduce sólo el apellido del autor y el año correspondiente

(Lèvinas 1980)

5.1) Además, si el apellido del autor en cuestión se menciona explícitamente en la oración en la que aparece la referencia, sólo se escribe el año correspondiente, así:

Kripke (1972) esgrime una serie de argumentos en contra de la teoría descriptivista de la referencia de los nombres propios.

6) Cuando está claro el nombre del autor, puede incluirse únicamente el número de página (y si es necesario se incluye el año de la edición, si existen más obras del mismo autor; ver numeral 2).

7) Para enfatizar un subrayado, o cursivas resaltadas por el autor del artículo, debe escribirse dentro del paréntesis y después del número de la página: «énfasis mío»:

(Rama 1990 31, énfasis mío)

8) Cuando en el mismo párrafo se cita la misma obra y la misma página, entonces se coloca «Ibid.», entre paréntesis, en cursiva y sin tilde: (Ibid.)

9) Cuando en el mismo párrafo se cita la misma obra pero diferente página, entonces se coloca «Id.» en cursiva y el número de la página: (Id. 48).

10) Esto se aplica a todos los casos, con excepción de los textos clásicos. En éstos se utiliza la convención canónica relativa a la obra a la que se hace referencia. Por ejemplo:

Según señala Kant, «la unidad en la multiplicidad, criterio de la belleza pura, define las formas bellas» (KU 267, 291), y describe aquella relación en la que el objeto se muestra al sujeto en su apertura más originaria.

Aristóteles despliega algunos argumentos para demostrar «que hay un principio y que las causas de los seres no son infinitas» (Met. 994a1-2).

C. CITAS TEXTUALES

- 1) Las citas textuales de más de cuatro renglones deben realizarse en un párrafo aparte, sangrado a la izquierda.

Ejemplo:

Cabe señalar lo que, en su estudio sobre el mito de Antígona, nos dice George Steiner, refiriéndose precisamente a la interpretación que ofrece Hegel de esa figura trágica en la Fenomenología del Espíritu:

Todo el discurso de Hegel representa una negativa a prestarle un carácter fijo, una definición formal. Esta negativa es esencial a su método y hace engañosos los conceptos de «sistema» y de «totalidad» que habitualmente se atribuyen al hegelianismo. En Hegel la reflexión y la expresión se mueven constantemente en tres niveles: el metafísico, el lógico y el psicológico, el último de / los cuales abarca a los otros dos en la medida en que trata de hacer explícitos los procesos de conciencia que generan y estructuran operaciones metafísicas y lógicas (35-36).

- 2) Cuando la cita es de menos de cuatro renglones puede incluirse dentro del texto, marcándola con comillas:

Por un lado la rechaza al ver su vanidad, y por otro se deslumbra: «Era tal la impresión que Aureliana me había causado, que no podía apartar mi vista de su precioso rostro» (Acosta de Samper 1990 383).

- 3) Si existen comillas dentro del texto que se cita, las comillas generales de la cita deben ser dobles y las que están dentro de la cita deben cambiarse a simples:

Como lo señala Antonio González: «El núcleo social de la familia, a su vez, funciona como el modelo 'natural' de la comunidad nacional, con los mismos ideales de unión, y con las mismas jerarquías»

D. ALGUNAS NORMAS ESTILÍSTICAS

- 1) Las palabras extranjeras van en letra cursiva:

Fiestas, celebraciones, performances o representaciones artísticas...

- 2) Se utilizan corchetes [...] para intervenciones u omisiones.

«...para ellos [los italianos] fue siempre así», sostiene Pedro.

«Las letras equivocadas [...] se tachan con un signo o llamada, que se re

- 3) No deben tener notas al pie de página, ni los títulos, ni los epígrafes.

- 4) Las comillas siempre preceden a otra puntuación (la coma, el punto, Habla de la existencia de «montones de notas sobre una novela».

- 5) En inglés y en portugués las palabras de los títulos llevan mayúscula
As I Lay Dying - O Crime do Padre Amaro

En español solamente la primera palabra y los nombres propios:
Maldición eterna a quien lea estas páginas. Los terribles amores de Agl
En francés sólo las dos primeras palabras importantes del título:
Les Femmes savantes. - Les Liaisons dangereuses

- 6) Se debe utilizar la mayúscula cuando se nombra un período o una corriente:
Romanticismo, Modernismo, la Colonia, la Conquista, Edad Media.
No así cuando se utiliza la palabra como adjetivo o nombre de lugar:
«La poesía modernista de Darío». «Había estado en la India antes, y se resolvió volver a vivir en la colonia». «Los tapices medievales».
- 7) Utilícese «pos» en lugar de «post» en palabras compuestas:
Posmoderno - Pos-feminista
- 8) Palabras compuestas muy utilizadas, deben escribirse sin guión:
Sociopolítico - Sociohistórico
- 9) Los números deben ser escritos en letras, dentro del texto:
uno, dos, tres.
- 10) Las letras mayúsculas deben estar acentuadas.
AMÉRICA - Álbum - LA NACIÓN.
- 11) Se recomienda no usar abreviaturas y siglas en el cuerpo del texto. Si tuvieran que usarse (para uniformar criterios) nombramos algunas abreviaturas reconocidas y usadas por la revista:
Ant. (Antología) - Col. (Colección) - Comp. (Compilador) - Ed. (Editorial) - ed. (1ra ed.; 2da ed.) - ed. (editor) - O. C. (Obras Completas) - seud. (Seudónimo).

30 Años de
Excelencia
Académica



El Programa de Hispanic Studies de la Universidad de Virginia (UVA-HSP), fundado en 1983, proporciona una **experiencia educativa de alta calidad en Valencia**, una ciudad vanguardista ubicada en la costa del Mediterráneo.

Su departamento académico, en concordancia con el rigor y las expectativas del Departamento de Español en Charlottesville, ofrece las siguientes clases:

Accelerated Elementary Spanish	Translation from Spanish to English
Advanced Intermediate Spanish/Medical	Hispanic Sociolinguistics
Intermediate Spanish-Adv.Int.Sp. Phonetics	Don Quijote
Grammar Review	Modern Spanish Literature
Composition	Literature & Cinema
Cultural Conversations	Hispanic Women Writers
Business Spanish	Spanish Culture & Civilization
Spanish for Medical Professionals	Islamic Iberia
Introduction to Hispanic Linguistics	Spanish Mass Media
Texts and Interpretation	Spanish 20thC History
Survey of Spanish Literature I	Introduction to Spanish Art
(Middle Ages-1700)	Modern Spanish Art
Survey of Spanish Literature II (1700-present)	Latin American Culture & Civilization
Survey of Latin American	Spanish Economy
Literature II (1900-present)	Independent Study
Advanced Conversation/Cinema	Comparative Health Care Systems

Además, UVA-HSP ofrece una serie de **talleres** gratuitos (revista, fútbol, teatro, cine español, cortos cinematográficos) y la oportunidad de participar en el programa de **Service Learning** con diversas instituciones valencianas: arte fallero aplicado, derecho, docencia, logopedia, medicina, servicios sociales, traducción, turismo, etc.

A lo largo de casi 30 años de historia, más de 10.000 estudiantes procedentes de más de 200 universidades norteamericanas han pasado por sus aulas.

Para más información visita www.uvavalencia.org o www.virginia.edu/span-ital-port/valencia

